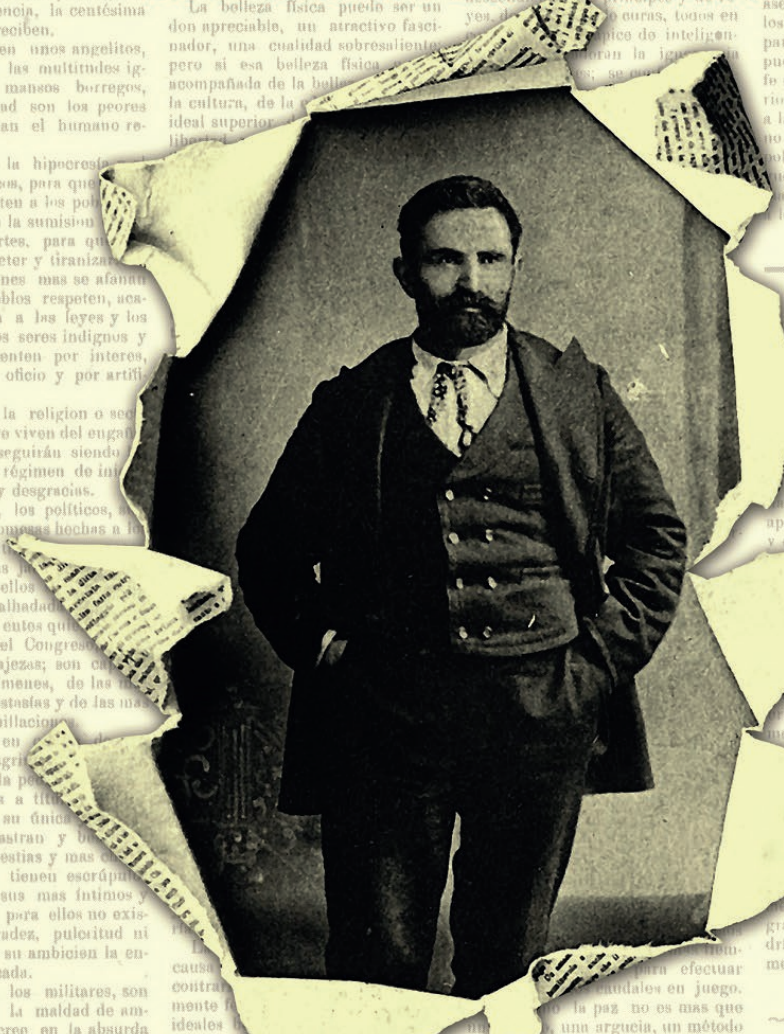
ERRICO MALATESTA

PÁGINAS DE LUCHA COTIDIANA



Editorial Eleuterio
de Grupo de Estudios Gómez Rojas

PÁGINAS DE LUCHA COTIDIANA

ERRICO MALATESTA

Malatesta, Errico
Páginas de lucha cotidiana – 1a ed. – Santiago de Chile:
Editorial Eleuterio, 2016.
176 pp.; 21x14 cms.

ISBN 978-956-9261-21-3

1. Anarquismo 2. Política 3. Italia I. Título II. Autor
III. Luigi Fabbri IV. Rudolf Rocker

Transcripción y edición
Rebeldeǎlegre

Proyecto gráfico
Artes Gráficas Cosmos

ISBN
978-956-9261-21-3

Editorial Eleuterio
Salvador 1319, Providencia
Santiago de Chile
http://eleuterio.grupogomezrojas.org/
eleuterio@grupogomezrojas.org

rebeldeǎlegre
http://rebeldealegre.blogspot.cl/
rebeldealegre@gmail.com

Copyleft. Este libro no tiene ningún derecho reservado. Se invita a su reproducción y difusión a través de todos los medios posibles.

Impreso en Chile

Errico Malatesta

PÁGINAS DE LUCHA COTIDIANA

Precedidas por un escrito de Luigi Fabbri sobre
Errico Malatesta:
Cincuenta años de agitaciones revolucionarias

Y seguidas por un escrito de Rudolf Rocker sobre
Una jornada en la vida de Malatesta

EDITORIAL ELEUTERIO

rebeldeαlegre

Nota a la presente edición

Dado a las características propias del ideal, la bibliografía anarquista se encuentra dispersa en distintos registros, soportes físicos y geografías. La multiplicidad de expresiones que es posible registrar en esta dispersión es prácticamente infinita, como la noción de libertad que se proyecta desde el ideario ácrata.

Para quienes, en el siglo XXI, nos identificamos con el imaginario y la ética anarquista, situarse ante esta incontable información reunida no es tarea fácil. La pesquisa de periódicos, la traducción de obras inéditas o la búsqueda de pensadores y luchadores cuyas ideas aún tienen mucho sentido, es una labor que si uno quisiera abarcar en su totalidad, sería prácticamente imposible, sobre todo porque el anarquismo es un ideal vivo que sigue creando nociones para la vida libre y el pensamiento crítico.

La relación de los y las anarquistas con la palabra escrita ha sido íntima ¿Será porque en la palabra se encuentra un modo no impositivo para expresar las ideas? Ante la fuerza bruta que se emana desde las leyes o frente al dictamen sagrado que instaura los conceptos del bien y del mal, la palabra anarquista es un sencillo y muy bien cuidado puente que busca unir a los hombres y mujeres a través de las ideas. Es lo que se llama *el libre acuerdo*, espíritus mancomunados que, como los astros que se unen a través de los puentes de luz, hayan los lazos de la comunidad en el ímpetu por la libertad y el trato igualitario entre toda la creación.

Es cierto que la fecundidad de la palabra que ha florecido en el seno del ideario ácrata es también el motivo por el cual, de un tiempo a esta parte, circulen personajes *expertos* en el pensamiento anarquista que, pese a leer a Bakunin en todos los idiomas, no representan ni un ápice a los principios anarquistas en

sus vidas, o de *jóvenes anarquistas* que han leído muchísimo y pueden terminar una discusión del modo en que los monjes citaban a Aristóteles durante el medioevo: "Magister dixit", es decir, el "El maestro lo dijo" y por ende, no se puede señalar lo contrario. Así es como algunos leen a Piotr Kropotkin, Emma Goldman o Errico Malatesta, el autor que ahora presentamos.

La intención de reeditar *Páginas de lucha cotidiana* no es buscar un mesías de la anarquía. Errico Malatesta, de hecho, lo expresa muy bien en este libro. Apologista de la libre voluntad, sostenía que "una vez conquistada la libertad y asegurado el derecho a disponer de los medios de producción, nosotros contamos, para el triunfo de la Anarquía, con la sola superioridad de nuestras ideas". Por eso las y los anarquistas expresaban que el anarquismo era *La Idea*, principio superior que habita en cada individuo y no fuera de ellos, por lo que no se transforma en mandato hacia el otro. No hay superioridad en ningún pensador y luchador anarquista. A todos y a todas hay que leerlos como compañeros y compañeras y, por ello, discutirlos y actualizarlos imaginando que compartimos en un café o en una manifestación.

Páginas de lucha cotidiana fue publicado originalmente por la editorial bonaerense Argonauta en 1921. Desde aquel entonces, estas páginas no habían vuelto a circular. Se comprenderá que, por esto, era casi imposible acceder a los contenidos de esta obra. Gracias al trabajo entre Editorial Eleuterio y rebeldeǎlegre, este título vuelve a estar a disposición de todas y todos los interesados. Su primer formato será electrónico para su distribución sin restricciones en las redes virtuales. Es la segunda obra que se edita bajo este formato por Editorial Eleuterio. Dentro de los próximos meses, se dispondrá del libro físico para ampliar sus posibilidades de circulación.

Las *Páginas* quedan abiertas al mundo y a la discusión, esperando no hacer de ellas un dogma y aspirando al despertar de ese prófugo deseo de libertad que deambula en nuestro espíritu.

Salud y anarquía.

Los editores.

Índice

Prólogo *de la edición de 1921* 11

Prefacio
Luigi Fabbri: *Errico Malatesta Cincuenta años de agitaciones revolucionarias* 17

Primera parte: Temas del comunismo anárquico
Anarquismo 27
Comunismo 31
"Tanto peor, tanto mejor" 35
¡Caras duras! 39
El momento de la acción 45
¡Disciplina! 49
Revueltas y revolución 53
Las leyes históricas y la revolución 57
Reformas y revolución 61
Mayorías y minorías 65

Segunda parte: La alianza revolucionaria
Los partidos de la revolución 71
Nosotros y los republicanos 77
Nosotros y los mazzinianos 83
Nosotros y los socialistas 89

Tercera parte: Los problemas de la tierra
La cuestión agraria 95
El porvenir de la pequeña propiedad 99
El Estado y el problema de la tierra 105
Necesidad del comunismo 109

Cuarta parte: Los problemas del trabajo
Frente único proletario 113
Los anarquistas y el movimiento obrero 115
Lucha económica y solidaridad 119
Libertad de prensa y producción consciente 125
Revolución y producción 127

Quinta parte: Por el camino de la libertad
Los dos caminos. ¿Reformas o revolución? 131
¿Libertad o dictadura?
Dictadura burguesa y "dictadura proletaria" 143
La psicosis autoritaria del Partido Socialista 147
¡Finalmente! ¿Qué es la "dictadura del proletariado"? 151
La dictadura de... Malatesta 155
Mirando el porvenir 159

Postfacio
Rudolf rocker: *Una jornada en la vida de Malatesta* 169

Prólogo de la edición de 1921

Constituye este libro una selección de los artículos escritos por Errico Malatesta en el diario anarquista de Milán *Umanitá Nova* entre el 26 de Febrero de 1920, en que apareció el primer número de la publicación, y el 18 de Octubre del mismo año, en que Malatesta fue arrojado a una cárcel por orden del gobierno italiano.

Escritos al correr de la pluma, entre las otras mil actividades del incansable agitador, quizás mientras recorría campiñas y ciudades haciendo propaganda subversiva, o mientras discutía entre el proletariado sobre las enseñanzas del nuevo verbo, que es verbo de solidaridad, o mientras asistía a reuniones o convenios para resolver alianzas revolucionarias, o mientras organizaba el diario colocado bajo su dirección, revelan sin embargo estos artículos, serenidad admirable de espíritu y cristalina claridad de conceptos. Es que tal ha sido siempre la vida misma de Malatesta, pese a las sinnúmeras contingencias de la lucha. Así se explica quizás que su diaria labor de propaganda esté simplemente hecha a base de amistoso diálogo; jamás en sus campañas agitadoras, en sus artículos o en sus discusiones se encontrará ni la pose del apóstol ni la acritud del polemista, sino tan solo... la conversación del amigo, la dialéctica ágil hecha con pasta de razonamientos imperturbables y de cálidas convicciones.

Y escritos estos artículos sobre simples temas circunstanciales, quizás contestando a las preguntas de un anónimo interlocutor, o rebatiendo las afirmaciones del periódico mal inspirado, o corrigiendo bondadosamente los errores del compañero o del amigo, hay sin embargo en ellos armazón tan compacta de ideas fundamentales que bien resisten los cambios de lugar y el correr del tiempo, conservando casi la misma oportunidad, la misma importancia, la misma frescura diríamos, que el primer día. Es que el secreto de la fuerte labor de pensador que hay en Malatesta reside en esa superior capacidad suya para glosar el hecho cotidiano, en una constante inquietud frente al correr de los acontecimientos, junto a una aguda penetración para extraer lo general, lo fundamental, lo eterno casi, de lo que sólo es efímero, circunstancial, pasajero.

Con estas líneas queremos explicar el carácter del material aquí reunido. Y también justificar nuestra actitud al creer que bien merecen ser conservadas en forma de libro éstas que sólo fueron y sólo tuvieron la intención de ser unas simples páginas de cotidiana lucha escritas para un periódico anarquista.

* * *

Extrañará quizás a esa gran parte del público de habla castellana que de anarquía o comunismo no conoce más que las doctrinas de un Kropotkin o de un Marx, de un Grave o de un Lorenzo, la interpretación que Malatesta da de algunos viejos postulados sociales, con mucha dosis de originalidad y aun mayor de agudeza.

Esa superación del concepto de anarquía como simple negación del Estado, esa sugestiva doctrina del libre acuerdo fundado en la voluntad libre, esa tan peculiar visión del comunismo, esa actitud tan severamente crítica hacia los medios y fines de la lucha sindical, esa displicencia por los ensueños finales para fijar en primer término el significado del anarquismo en su método propio de reconstrucción social, esa actitud al par tan amistosa y tan inflexible hacia los demás partidos de la Revolución y muchas

ideas más probarán ser — para el lector que con Malatesta se eleve de lo anecdótico del libro hacia los principios básicos que constituyen su estructura — una recia sacudida de espíritu y una fuente nueva de inspiración sobre repasadas concepciones sociales, quizás ya demasiado viejas, quizás ya superadas.

* * *

Pero malgrado todo el valor que queramos otorgar a estos artículos, forzoso es reconocer que la obra de Malatesta rebasa muy pronto los límites estrechos del pensar para fundirse en la acción. Tornaríase así empresa injusta o imposible querer condensar la labor de este hombre en una simple serie de páginas periodísticas.

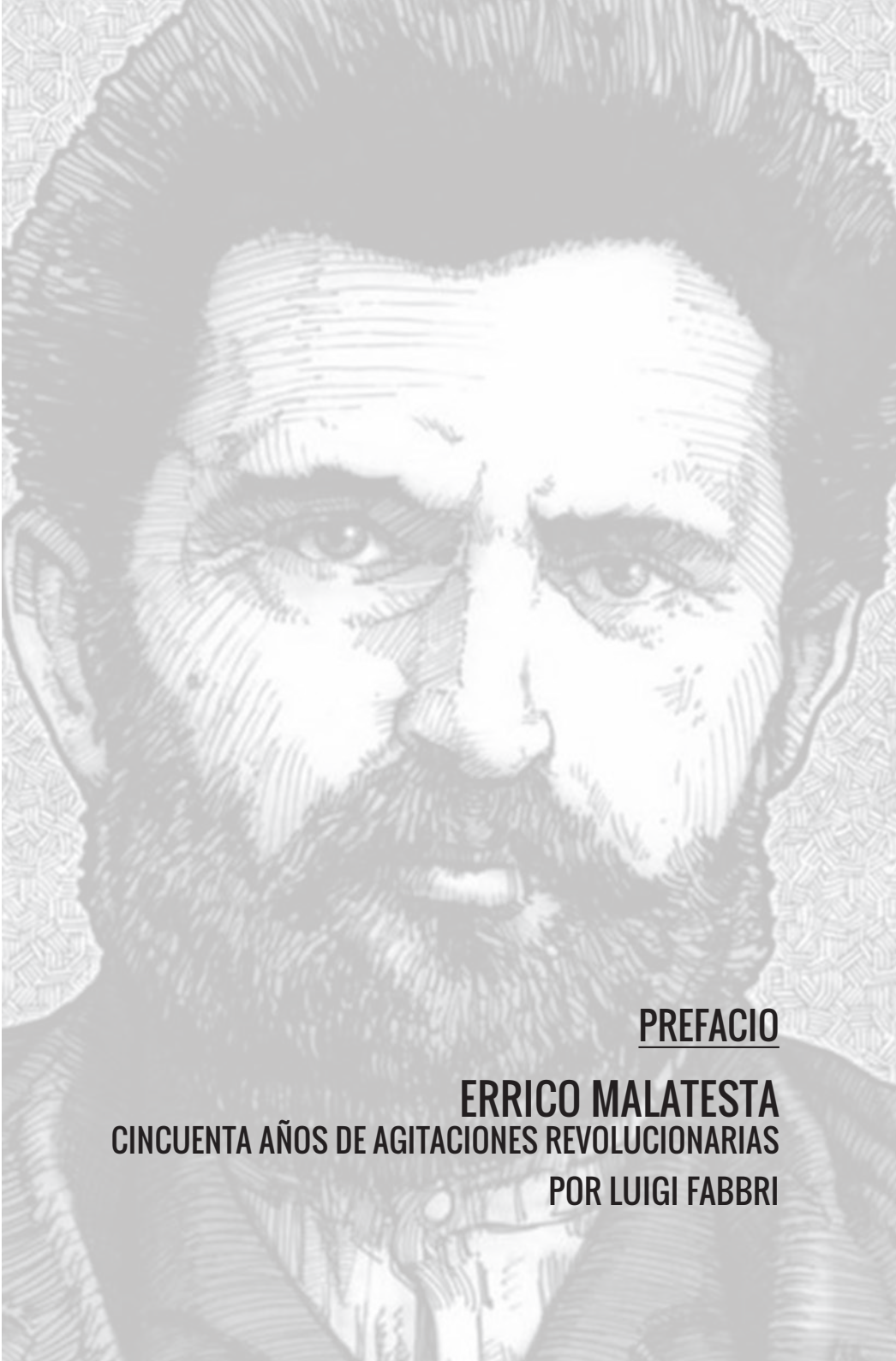
No; la obra de Malatesta es cosa mucho más vasta y compleja. Representa más de cincuenta años de agitaciones dedicados con todo corazón a la causa de la Revolución Social en el mundo entero. Aún la corta jornada (Febrero–Octubre de 1920) de ese largo y tumultuoso período que nos ha dado el material de este libro ha sido obra en mucho superior a sus artículos más eficaces o más agudos. Ha sido labor por la liberación del proletariado italiano; más aún: ha sido desesperado esfuerzo por encender la chispa que lleve el incendio de la rebelión a la Europa entera; y todavía más: ha sido gesta por la libertad, amenazada en todas partes de uno y de otro bando, lucha titánica por la Anarquía — contra actuales y contra futuros dominadores.

Pero en la imposibilidad de llevar a un libro toda esa labor, hemos de dejar que dos conocidos propagandistas, dos viejos compañeros de Malatesta — Luigi Fabbri y Rudolf Rocker — nos relaten, cerrando y aún completando las páginas extraídas del periódico, algunos fragmentos de la azarosa y bella vida de ese que es hoy, posiblemente, el más viejo y el más joven de los revolucionarios del mundo entero.

* * *

Tal es nuestro pensamiento al editar este libro. Ha de ser posiblemente el primero en idioma alguno, que aparezca bajo el nombre de Malatesta. Y grato será para él, como lo es para nosotros,

como lo tiene que ser para los compañeros todos, que en esta tarea haya llegado primero el entusiasmo de unos cuantos camaradas, la empresa movida por la voluntad del ideal, y no el interés material ávido en estos tiempos por comercializar todo — hasta la obra misma de los revolucionarios...



PREFACIO

ERRICO MALATESTA
CINCUENTA AÑOS DE AGITACIONES REVOLUCIONARIAS

POR LUIGI FABBRI

Errico Malatesta
Cincuenta años de agitaciones revolucionarias

Luigi Fabbri
Il Lavoratore de Trieste

13 de Febrero de 1920. Ardua tarea es hablar de Malatesta, por la sencilla razón de que el único que podría referirnos lo que le atañe — puesto que la mayoría de sus amigos otrora lo han abandonado o desaparecieron ya — jamás habla de sí mismo.

Poco antes de 1914 un gran diario inglés ofrecióle una cantidad suficiente como para vivir con desahogo por el resto de sus días si escribía su biografía y recuerdos para ser publicados. Rehusó. Estaba yo en Londres en Diciembre de 1906 cuando el vienés Max Nettlau — el ilustre biógrafo de Bakunin — le rogó que escribiese sus memorias, invocando el interés de la historia contemporánea. Malatesta respondió que no tenía tiempo y que le importaba más hacer propaganda y trabajar en pro de la revolución.

En su modestia no concibe los servicios que prestaría a la propaganda y a la revolución narrando los hechos en que intervino en sus cincuenta años de vida política, sin tener en cuenta el servicio que prestaría a la cultura histórica en general, puesto que sus memorias se referirían a los acontecimientos más variados e interesantes de la historia de medio siglo.

En la Universidad de Nápoles

Cuando estudiaba, allá por el año 1870, en la Universidad de Nápoles, inscripto en la Facultad de Medicina, era republicano, más bien de la fracción de Garibaldi que de la de Mazzini, y con tendencias socialistas. Bajo la impresión de la Comuna de París se hizo socialista y se afilió a la Internacional, juntamente con otros de su grupo republicano. En la Internacional tuvo en seguida una actuación importantísima. Trabó amistad con Bakunin, quien lo consideraba como su discípulo predilecto, y fue un poco de todo: conspirador, propagandista, periodista. Perseguido por la policía debió interrumpir sus estudios; pero no se desalentó. Consagrado a la causa proletaria quiso con los hechos "ir hacia el pueblo" — como entonces se decía empleando una expresión de los socialistas rusos y esto lo hizo renunciando a los privilegios de su clase noble y rica, renunciando a sus bienes y transformándose en obrero.

Saverio Merlino cuenta de Malatesta que habiendo heredado de su padre algunas casas no las aceptó y cedió la propiedad de las habitaciones a los inquilinos que las ocupaban.

Malatesta ingresó en la Internacional poco más o menos en la misma época que Andrea Costa, Carlos Cafiero y Emilio Covelli, cuando se constituyó la Federación Italiana en el congreso de Rimini (1872). Antes de esa época había en Italia asociaciones internacionalistas locales, una de ellas la de Nápoles, fundada por Miguel Bakunin en 1868, cuando éste dirigía el periódico "Libertad y Justicia". Deberíamos extendernos demasiado para hablar de la actividad desarrollada por la Internacional Italiana desde 1872 hasta 1882, fecha en que puede considerársela ya como desaparecida. Nos bastará decir que Malatesta juntamente con Costa y Cafiero, fueron sus ases principales.

Es sabido que, dadas las persecuciones policiales por una parte y las esperanzas reavivadas por el ejemplo de la Comuna y las tradiciones revolucionarias por la otra, la Internacional debió ser en aquellos años una sociedad pública para la propaganda, pero con carácter conspirador y secreto por el movimiento insurreccional

que sin tregua intentaba suscitar. Las ideas que lo guiaban eran las que hoy se llaman "anarquistas" pero que en aquel entonces se llamaban simplemente socialistas. Era el socialismo revolucionario y anárquico de Bakunin que la Federación Italiana enarbolaba alistándose en contra de Marx en el cisma que entonces dividía a la Internacional en dos ramas distintas y hostiles.

Tentativas de insurrección

Cuando en 1874 estallaron en toda Italia tentativas insurreccionales que culminaron en el famoso proceso de Costa en Bolonia, Errico Malatesta participó también en el movimiento capitaneando en las Apulias una banda armada que por algunos días conmovió las campiñas.

En esa ocasión se hicieron procesos por todas partes, en Lucerna, Roma, Florencia, etc., pero también en todas partes, como en Bolonia, terminaron con la absolución de los procesados. También Malatesta fue absuelto, pero la policía redobló las persecuciones contra él.

Tres años después, en 1877, él con Sergio Stepniak, con Cafiero y otros (aunque Costa no estaba de acuerdo) organizaron otra banda de insurrectos que entró en acción en la región del Matese cerca de Benevento, pero también esta vez no consiguieron más que hacerse arrestar y ser procesados. Al año siguiente, en virtud de una amnistía, fueron puestos en libertad. En ese entonces Malatesta se alistó con los insurrectos de Herzegovina, pero el gobierno húngaro lo arrestó y después de una prolongada estadía en las cárceles húngaras y en las austríacas, fue enviado a Italia.

En 1879, encontramos a Malatesta en Suiza, en Ginebra, entre los fundadores, con Kropotkin, Herzig y otros, del periódico *La Révolte*. En obsequio a la brevedad nada hemos dicho acerca de la participación de Malatesta en los congresos de la Internacional. Recordamos, entre los más característicos, aquel congreso clandestino que tuvo lugar el 21 y 22 de octubre de 1876 sobre las colinas de los alrededores de Florencia, en el cual comenzaron a definirse las ideas comunistas del anarquismo. Fue notable el

mensaje que Malatesta envió poco tiempo después al congreso internacional de Berna sobre la abolición del Estado.

Luego lo encontramos nuevamente en 1882 en el Congreso Internacional Socialista Revolucionario de Londres que puede ser considerado como el primer congreso anarquista, desde el momento que fueron de carácter anárquico todas las resoluciones y casi exclusivamente anarquistas todos los congresales.

Malatesta estaba entonces refugiado en Londres esquivando alguna condena cuya causa no recordamos y se había instalado un tallercito de mecánico-electricista. Desde entonces con este oficio obtuvo los recursos para vivir modestamente, exceptuando los períodos en que dejaba la capital británica para trasladarse a diversos países de todo el mundo por razones de propaganda y de agitación revolucionaria.

En 1883, estaba nuevamente en Florencia dirigiendo el periódico *La Questione Sociale* publicación interrumpida al año siguiente por haber sido procesado en Roma como "malhechor", juntamente con Merlino y otros obreros romanos. Fue condenado pero se refugió en el exterior.

Las polémicas de Malatesta

En el período comprendido entre 1880 y 1884 tuvieron lugar violentas polémicas entre él y Andrea Costa, quien entonces abandonó las ideas anarquistas y las sobrevivientes secciones de la Internacional Italiana para iniciar el movimiento socialista electoral, del cual surgió poco después el actual Partido Socialista. En estos años fue cuando Malatesta publicó su notable folleto *Entre campesinos*, juzgado por el mismo Camilo Prampolini como uno de los escritos más eficaces para la propaganda socialista.

Recordamos también que poco antes de ser condenado, en 1884, estuvo en Nápoles con un grupo de anarquistas para atender a las víctimas del cólera y que mereció un testimonio oficial de gratitud, que rehusó.

Para eludir la condena de tres años de reclusión que le fuera impuesta por el Tribunal de Roma, se fue a la Argentina, donde

publicó otro periódico; pero poco después volvió nuevamente a Londres, dedicándose a su oficio de mecánico. En 1889 estuvo en París y poco tiempo después fue expulsado por haber denunciado en una reunión pública a un agente provocador seudo-revolucionario al servicio de la policía italiana. En 1890 fue condenado en Suiza por haber ido allí a pesar de un decreto de expulsión dictado anteriormente a raíz del congreso anarquista de Capolago realizado ese mismo año y cuyo organizador y congresal más activo fuera él.

En 1894, durante las agitaciones de Sicilia y de Lunigiana, siempre bajo el peso de la condena dictada en 1884, se volvió de incógnito a Italia, "para pescar en río revuelto" como dijeron los diarios burgueses. La policía lo supo, lo buscó, pero no le fue posible ponerse sobre la pista y pudo volver a Londres. Dos años antes, por idénticos motivos, se había trasladado a España, en la misma época de la sublevación en Xerez y de ese mismo modo un año después, en 1895, fue a Bélgica durante la huelga general que se hizo en demanda del sufragio universal con esperanza de que las agitaciones pudiesen tomar una finalidad más radical y socialista. Todo esto le acarreó una más estricta vigilancia de parte de la policía internacional, tanto mayor cuando que ya por aquel entonces Malatesta estaba expulsado de casi todos los estados de Europa. En 1896 participó en el Congreso Internacional Socialista de Londres en representación de las asociaciones obreras de España. De aquel congreso, que terminó para siempre la exclusión de los anarquistas de los congresos internacionales socialistas, Malatesta se ocupó en algunos artículos publicados en *Italia del Popolo* de Milán.

En Marzo de 1897 volvió otra vez de incógnito a Italia, a Ancona, iniciando la publicación del periódico *L'Agitazione*. Allí estuvo nueve meses, reconocido por todos menos por la policía, hasta que fue descubierto y arrestado. Pero ya entonces la condena de 1884 estaba prescripta y fue puesto en libertad.

Pero poco después, en Enero de 1898, fue arrestado nuevamente con motivo de las agitaciones por el pan que estallaron en

Las Marcas y procesado por el delito de asociación con fines de delincuencia. Entonces fue cuando la Magistratura modificó su concepto jurídico acerca de las asociaciones anarquistas, las que desde entonces dejaron de ser consideradas como asociaciones de malhechores y fueron reputadas simplemente como asociaciones subversivas. Malatesta fue condenado a siete meses de reclusión, pasados los cuales fue impuesta la estadía forzosa primero en Ustica y luego en Lampedusa; de esta localidad se evadió en circunstancias novelescas en 1899. Poco después estaba en Paterson, en los Estados Unidos, donde dirigió por espacio de un año el diario *La Questione Sociale*. Luego volvió a Londres donde reanudó sus tareas de mecánico electricista, publicando también de vez en cuando algún periódico, hojas de propaganda, etc., etc.

El Congreso Anarquista de Amsterdam

En el Congreso Internacional Anarquista de Amsterdam, en 1907, desempeñó el papel más importante con notables discursos sobre organización y sobre sindicalismo, los cuales determinaron la hegemonía de la corriente anárquica que equidista de las exageraciones individualistas y de la unilateralidad del sindicalismo. En 1911, cuando estalló la guerra ítalo-turca, publicó una hoja de propaganda en contra de la campaña emprendida y por este motivo fue calumniado por un agente de la policía italiana y habiendo agitado la opinión en su contra fue condenado por los tribunales. Pero la clase obrera inglesa se levantó como un solo hombre en su defensa, impidiendo que siguiera su curso el decreto de expulsión pedido por el tribunal. Poco después Malatesta estaba en libertad.

En Agosto de 1913 volvió a Italia y fundó en Ancona el periódico *Volontà*, que aun se publica, desenvolviendo también una activa propaganda oral por toda la península. En Junio de 1914, después de la serie de episodios que constituyeron la "Semana Roja", Malatesta por su participación en ellos se vio obligado a huir puesto que amenazaba su libertad una orden de captura. Atravesó Suiza, Francia y fue a dar a Inglaterra, donde volvió a su oficio de mecánico que no abandonó hasta fines de Diciembre de 1919.

Cuando estalló la guerra europea Malatesta no perdió la brújula de sus ideas, como le sucedió a algunos de sus amigos. Permaneció fiel y se opuso enérgicamente con artículos periodísticos, manifiestos, etc., a la corriente intervencionista que se insinuaba en los partidos subversivos y especialmente a la exigua minoría de anarquistas llamados intelectuales (Kropotkin, Malato, Grave y algún otro más) que se hicieron partidarios de la guerra y a quienes dedicó el manifiesto titulado *Anarquistas estatales*, traducido a todos los idiomas.

Cuando también Italia intervino en la guerra, publicó en el *Freedom* de Londres un artículo que fue como un grito de indignación y de angustia. Inútil es decir que la censura secuestró toda traducción italiana.

Aun antes de que terminara la guerra, Malatesta pidió al consulado italiano de Londres el pasaporte para volver a Italia, declarando con esto que quería afrontar el proceso iniciado contra él por los sucesos de la "Semana Roja" y la consiguiente condena. Aunque reiteró el pedido repetidas veces obtuvo siempre el rechazo por respuesta. Consiguió el pasaporte sólo a mediados de Noviembre de 1919 después que dos amnistías habían anulado, hacía ya varios meses, la condena que sobre él pesaba. Pero como es sabido, ni aun con el pasaporte pudo volver sin poner en juego la astucia, ya que el gobierno francés de acuerdo con el de Italia, le prohibió atravesar su territorio y el gobierno inglés prohibía a los capitanes de buques embarcar al eterno proscripto rebelde.

Pero así y todo Malatesta ha vuelto a Italia.

El hombre de pensamiento

Apenas hemos hecho un resumen cronológico, tal vez no muy exacto, de la vida tumultuosa y agitada de este hombre de acción. Sería necesario ahora hablar de él como hombre de pensamiento, de su valor intelectual y moral; pero el espacio no alcanzaría para llenar esta necesidad.

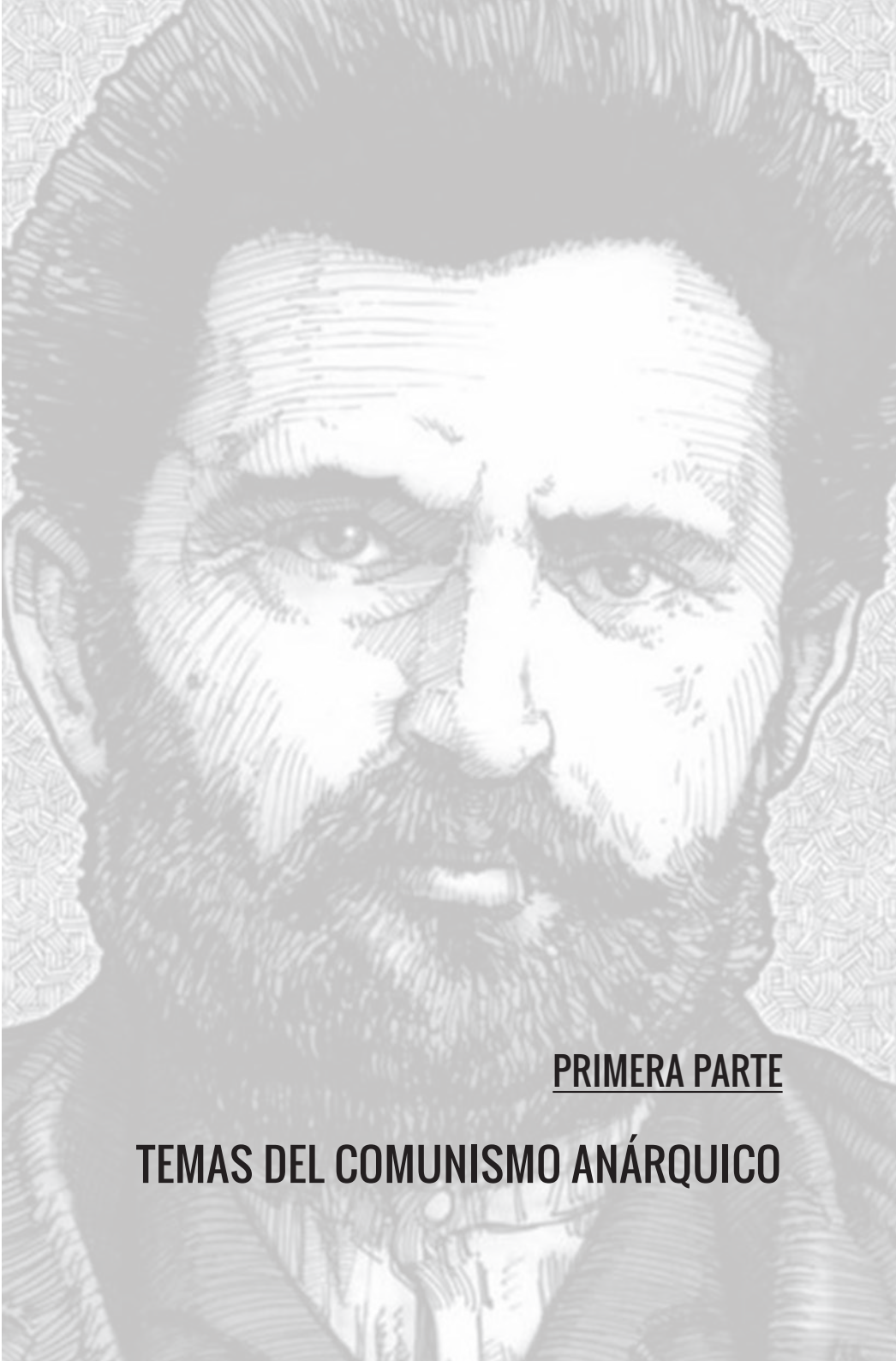
Malatesta es, ante todo, un pensador original que, si hubiese publicado en libros las ideas que diseminó en infinidad de folletos,

diarios, hojas de propaganda, artículos, etc., dejaría un surco bien profundo en el campo intelectual.

Su anarquismo difiere — no en las conclusiones ni en la táctica, sino en los motivos y argumentaciones — del anarquismo de Kropotkin, Gori, etc. Hombre de sentimiento, es a la vez un fuerte razonador; su dialéctica es bien conocida por los mejores oradores que intentaron controvertir con su elocuencia modesta, simple, formidable, que insensiblemente aferra los argumentos del contrario y poco a poco los pulveriza.

Hablando de él Saverio Merlino decía en 1898 (*Utopía colectivista*): "es uno de los más fuertes pensadores del socialismo, como lo han reconocido todos los que estuvieron en contacto con él, desde Lavaleye hasta Huret". Y al año siguiente, en la *Rivista crítica del Socialismo* decía: "Las revistas y periódicos ingleses y franceses están llenos de entrevistas que con él sostuvieron reputados periodistas y todos ellos lo han reconocido como al hombre de inteligencia superior, de no común doctrina y de carácter enérgico a la vez que afectuoso". La *Saint James Gazette*, periódico ultraconservador, decía en cierta ocasión que si todos los emigrados políticos fuesen como Malatesta se podría estar tranquilos.

Pedro Kropotkin en sus *Memorias* habla de él como de un hombre cuyo recuerdo conservarán en Italia muchas generaciones: "Lleno de entusiasmo e inteligencia Malatesta es también un idealista y en toda su vida no se preocupó jamás de saber si tenía un pedazo de pan para comer, ni una cama donde pasar la noche. Sin tener una habitación que pueda llamar propiamente suya, venderá — si es necesario — helados en las calles de Londres para ganarse el pan y de noche escribirá brillantes artículos en los diarios italianos... Él está siempre en lo más denso de la lucha, en Italia o doquier... Y cuando lo volvemos a ver, al salir de la prisión o al evadirse de una isla, lo encontramos siempre como lo habíamos visto la última vez; y siempre reanuda la lucha, con el mismo amor hacia los hombres, con la misma ausencia de odio hacia sus enemigos y carceleros, con la misma sonrisa cordial para el amigo y las mismas caricias para todos los chicos".



PRIMERA PARTE

TEMAS DEL COMUNISMO ANÁRQUICO

Anarquismo

A menudo solemos decir: el anarquismo *es la abolición del gendarme*, entendiendo por gendarme cualquier fuerza armada, cualquier fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para constreñir a los demás a efectuar aquello que no quieren hacer voluntariamente.

Esta fórmula no da, por cierto, una idea ni siquiera aproximada de lo que se entiende por anarquía, que es sociedad fundada sobre el libre acuerdo, en la cual cada individuo pueda alcanzar el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encuentre en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la constricción física no basta para que el individuo surja a la dignidad de hombre libre, aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos los derechos que quiere que se le respeten en él y se rehúse tanto a mandar como a ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de confianza en sí mismo, como se puede ser tirano por maldad o por inconsciencia cuando no se encuentra una resistencia adecuada. Pero esto no impide que la *abolición del gendarme*, es decir, la abolición de la violencia en las relaciones sociales, sea la base, la condición indispensable sin la cual la anarquía no puede florecer; más aún: no puede ni siquiera concebirse.

Es como cuando se dice: *el socialismo es el pan para todos* y los adversarios con intención aviesa replican "una cuestión de estómago".

El socialismo es, ciertamente, algo más vasto y mucho más elevado que la simple cuestión alimenticia, que la sola cuestión económica. Y se puede tener ampliamente satisfechas todas las necesidades materiales sin por esto ser transformado en socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en la estrechez de la miseria. Pero esto significa en cambio que no puede existir, que no puede concebirse siquiera, una sociedad socialista si la cuestión económica no se resuelve de modo que deje de ser ya posible la explotación del hombre por el hombre y que se asegure a todos una decente vida material.

Anarquía y Socialismo son dos concepciones sublimes (para nosotros se confunden en una sola) que abrazan toda la vida humana y la empujan hacia las más altas idealidades, pero ambas están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del sable y la abolición del hambre.

Es un error, y más frecuentemente una hipocresía de satisfechos, despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son, sin duda, necesidades inferiores, pero su satisfacción es indispensable para que broten y se desarrollen las necesidades superiores: morales, estéticas, intelectuales.

Nos valdremos de un ejemplo: Un cuadro de Ticiano es algo excelso, bien superior en el concepto humano a las tierras coloradas que han servido para hacerlo, pero sin esas humildes tierras Ticiano no hubiera podido hacer sus cuadros. Una bella estatua vale infinitamente más para el gusto estético que una tosca piedra; pero sin piedras no se hacen estatuas.

Por consiguiente es necesario ante todo abolir el gendarme, ya que solamente cuando queda excluida la posibilidad de la violencia es cuando los hombres llegan a ponerse de acuerdo con un mínimo de injusticia y con un máximo posible de satisfacción para todos.

Las necesidades, los gustos, los intereses y las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos: a menudo son opuestos y antagónicos. Y, por otra parte, la vida de cada uno

está de tal modo condicionada por la vida de los demás que sería imposible, aun si fuera conveniente, separarse de todos y vivir completamente por cuenta propia. La solidaridad social es un hecho al que ninguno logra sustraerse: ella puede ser consciente y libremente aceptada y, en consecuencia, obrar en provecho de todos, o impuesta por la fuerza a sabiendas o no, y entonces se explica por la sumisión del uno al otro y por la explotación de los unos por parte de los otros.

Mil problemas prácticos se presentan cada día en la vida social que pueden ser resueltos de diversos modos, pero no de muchos modos a un mismo tiempo: sin embargo, cada hombre puede preferir una u otra solución. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza de imponer a los otros la propia voluntad, escoge la solución que mejor conviene a sus intereses y a sus gustos y los otros la soportan y quedan sacrificados. Pero si ninguno tiene la posibilidad de obligar a los demás a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no sea posible o no se considere conveniente adoptar varias soluciones diversas, se llega necesariamente, por mutuas concesiones, al acuerdo que mejor conviene a todos y que menos lesiona los intereses, los gustos y los deseos de cada cual. Nos lo enseña la historia, nos lo muestra la observación cotidiana de los hechos contemporáneos: donde no ejerce función la violencia todo se acomoda del mejor modo posible, a mayor satisfacción de todos; donde interviene la violencia, triunfa la injusticia, la opresión y la explotación.

¿Pero es de creer que abatido el gobierno, destruido el Estado con todos sus instrumentos de violencia: ejército, policía, magistratura, cárceles, etc., los hombres dotados de ventajas físicas, intelectuales, morales u otras, no logren destacarse e imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, hecha la revolución en el sentido destructivo de la palabra, cada uno respetará los derechos de los demás y aprenderá de inmediato a considerar la violencia, ejercida o sufrida, como cosa inmoral y vergonzosa? ¿No es de temer más bien que muy pronto los más fuertes, los más astutos, los más afortunados, que pueden

ser también los más perversos, los más afectados por tendencias antisociales, han de imponer su voluntad por medio de la fuerza, haciendo renacer *el gendarme* bajo una forma u otra?

Nosotros no suponemos, no esperamos, que el solo hecho de haber abatido con la revolución las autoridades presentes, baste para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para destruir todo germen de autoritarismo.

Por largo tiempo todavía habrá ciertamente violencias y por ende injusticias y atropellos; pero si los violentos no logran contar más que con sus propias fuerzas pronto serán reducidos a entrar en razón por la resistencia de los demás y por su propio interés. El gran peligro, que podría anular todos los beneficios de la revolución y hacer retroceder la humanidad, existe cuando los violentos consiguen utilizar la fuerza de los demás, la fuerza social, en provecho propio, como instrumento de la propia voluntad, es decir, cuando logran constituirse en gobierno, organizar el Estado. El gendarme no es precisamente el violento, pero es el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan hoy por destruir todos los órganos de violencia, tendrán mañana la misión de impedir que éstos renazcan por obra y gracia de viejos y nuevos dominadores.

Comunismo

Luigi Fabbri protestaba días pasados contra el uso impropio hecho recientemente en Italia entre los socialistas no anarquistas o anti-anarquistas de servirse de las palabras *Comunismo y Anarquía* como términos antagónicos y recordaba cómo en Italia, desde hace casi cincuenta años (Congreso de la Federación Italiana de la Internacional, Florencia 1876), son los anarquistas quienes propagan el comunismo, mientras ellos (los llamados socialistas maximalistas) se decían colectivistas hasta hace poco y han adoptado después el calificativo de comunistas por imitación a los rusos, para distinguirse de los traidores de la social-democracia y para manifestar la nueva orientación antilegalitaria que triunfó, o aparentó triunfar, en su Congreso de Bolonia (1919).

En verdad, el nuevo nombre que habrían debido adoptar era el de revolucionarios, puesto que en Bolonia fue cuestión de métodos entre parlamentaristas e insurreccionistas y no ya cuestión de futuras formas institucionales entre colectivistas y comunistas; pero esto es asunto que interesa a ellos y nosotros no queremos disputarles el derecho de llamarse como quieran.

Solamente les encarecemos que no falseen la verdad, presentándonos a nosotros, a nuestras ideas y a nuestros propósitos bajo un aspecto falso.

El fenómeno no es nuevo. En Italia el socialismo nació anarquista y nosotros, durante muchos años, fuimos y nos dijimos

socialistas, entendiendo, como todavía entendemos, que no puede haber socialismo sin libertad, sin anarquía. Después prevaleció entre los socialistas la corriente parlamentarista y colaboracionista, y el socialismo, separándose del anarquismo, descendió a ciertas inteligencias con los gobiernos y con las clases dirigentes, hasta que nosotros acabamos por abandonar el calificativo de socialistas y pareció entonces que socialismo y anarquía (en el fondo dos expresiones diferentes de una misma cosa) fuesen dos cosas opuestas.

Ahora podría suceder fácilmente que, por la preferencia de las tendencias autoritarias entre los que se dicen comunistas, aparezca también el comunismo como cosa opuesta al anarquismo y que, en el lenguaje común, las palabras comunismo y anarquismo sirvan para indicar dos tendencias, dos programas, dos partidos opuestos; sin embargo, lo cierto es que el comunismo no puede ser sino anárquico, que sin la anarquía, sin la libertad, se puede concebir (en cuanto a realizarlo, especialmente en Italia, es otra cosa), se puede concebir, repetimos, el convento de los católicos, el régimen despótico-paternal de los jesuitas del Paraguay o cualquier despotismo al estilo asiático, pero no un comunismo de hombres conscientes, civilizados, evolutivos.

El comunismo es un ideal. Sería un régimen, un modo de convivencia social en el que la producción esté organizada en beneficio de todos, de tal manera que utilice mejor el trabajo humano para dar a todos el mayor bienestar y la mayor libertad posibles, y todas las relaciones sociales tiendan a garantizar a cada uno la máxima satisfacción, el máximo desarrollo posible material, moral e intelectual. En el comunismo, según la fórmula clásica, *cada uno da según su capacidad y cada uno recibe según sus necesidades*.

¡Probad un poco de aplicar esta fórmula autoritariamente, por medio de leyes y decretos emanados de un gobierno e impuestos a todos por la fuerza!

¿Cuál es la medida de la capacidad de un hombre y quién puede juzgarlo? ¿Cuál es el límite de las necesidades racionales y quién puede determinarlo e imponerlo?

Las facultades de los hombres varían en grado sumo y así también sus necesidades.

Varían de localidad a localidad, de profesión a profesión, de individuo a individuo, de momento a momento. ¿Cómo sería posible, imaginable, una regla aplicable a todos? ¿Y quién sería el genio, el dios, que podría dictar esa regla?

Es posible en un régimen de cuartel, en el cual el individuo es ahogado, en el cual ninguno está satisfecho, donde la igualdad es un formulismo, es aparente y donde en realidad rige la más execrable y estúpida desigualdad y aún así en el cuartel puede existir solamente porque los jefes, los que han conseguido imponerse, se substraen a la regla común y dominan y explotan la masa. Pero no es posible una sociedad comunista si ella no surge espontáneamente del libre acuerdo, si ella no es variable como quieren y lo determinan las circunstancias exteriores, los deseos y la voluntad de cada uno.

La fórmula clásica que hemos citado puede subsistir solamente si se funde con la otra: *cada uno da y toma lo que quiere*. Y esto presupone la abundancia y el amor.

La abundancia no aumenta, al contrario, disminuye, con el trabajo forzado que pone en oposición de intereses y de sentimientos al obrero que materializa la obra con el que la concibe o la dirige. El amor, el espíritu de fraternidad, la disposición a transigir y tolerarse, no nace, ciertamente, ni se desarrolla, por medio de leyes ni por obra de los gendarmes.

El comunismo, para ser posible, para ser en realidad la comunión de las almas y de las cosas y no ya la vuelta a la esclavitud, debe surgir localmente, entre grupos afines, por la experiencia de las ventajas materiales que reporta, por la seguridad que inspira, por la satisfacción de los sentimientos de sociabilidad, de cordialidad, que están en el alma de todo ser humano y que se manifiestan y se desarrollan inmediatamente después de cesar la necesidad de la lucha contra los demás tendiente a asegurar la existencia propia y la de las personas más queridas. El comunismo, en fin, debe estar en el sentimiento primero y después en las cosas. Es como en una

familia o en un grupo de compañeros que viven juntos. Se vive en comunismo si se ama y en proporción a cuanto se ama. Se da más al más débil, al que más necesidades tiene y cada uno está contento y orgulloso de concurrir al bienestar común solamente si existe la armonía, el amor entre los miembros del grupo.

Si se infiltra la fuerza, la autoridad, comienza en seguida la lucha de intereses y la familia se disuelve.

Los comunistas autoritarios suelen decir que la autoridad, el gobierno, la dictadura, es necesaria al comienzo, "provisoriamente", en seguida después de la insurrección triunfante, para organizar la sociedad; después estarían también dispuestos a aceptar el anarquismo. Es más bien lo contrario lo que sería justo. Cuando la sociedad comunista estuviese bien organizada y funcionara a satisfacción de todos en todo un país entonces la cuestión de la autoridad no existiría más y la administración de las cosas llevada en interés de todos y con el concurso de todos, no admitiría ningún dominio del hombre por el hombre.

Pero cuando, en cambio, se trata de hacer posible y de organizar el comunismo, entonces la autoridad es nefasta porque ahoga toda espontaneidad y todo cambio, porque somete los intereses de los individuos y de las colectividades a aquellos de la casta gobernante, porque, en la mejor de las hipótesis, tendería a imponer con la fuerza el bien que no puede subsistir si no es libremente deseado.

El comunismo debe desarrollarse gradualmente, según lo permitan las circunstancias externas y el desarrollo del sentimiento moral.

Para llegar a él, según nosotros, es necesario y suficiente que todos tengamos la libertad y los medios de producción, que ninguno pueda imponer a otros su propia voluntad y nadie pueda obligar a los demás a trabajar para él. Y es para realizar estas condiciones que nosotros creemos necesaria la revolución violenta. Una vez abatido el obstáculo material (el gobierno), que se opone a su realización, toda violencia sería inútil, dañosa y criminal.

“Tanto peor, tanto mejor”

Es cosa muy cómoda, y por lo mismo muy usada, cuando se quiere en las polémicas darse la apariencia de tener razón atribuir al adversario un despropósito y refutarlo tranquilamente después.

Ciertamente que si esto es cómodo, no por esto es honesto; pero los escrúpulos no turban a ciertos periodistas y oradores.

Así me ha sucedido varias veces sentir que se me atribuye la teoría del “tanto peor, tanto mejor”, y ahora cae bajo mis ojos el *Lavoro* de Génova en el que, reproduciendo un artículo mío, truncado con maldad para sacar consecuencias opuestas a mis intenciones, se afirma que el “tanto peor, tanto mejor” es teoría “netamente anarquista”.

Ahora bien, la verdad es que esta teoría es, si acaso, de origen marxista y que si algunos anarquistas han podido defenderla en alguna ocasión, ha sido por haberse dejado influenciar por las ideas marxistas y no ya porque ella tuviera nada que ver con el anarquismo propiamente dicho.

Los marxistas conciben, o al menos concebían, la evolución social como regida por leyes fatales e ineluctables, que esperan la transformación social de la supuesta automática concentración del capital en manos de un número siempre menor de capitalistas, que proclaman como una verdad general e inevitable la *miseria creciente*, pueden perfectamente alegrarse si las condiciones del proletariado empeoran cada vez más.

Nosotros no: porque para nosotros el factor principal que determina el sentido de la evolución social es la voluntad humana, y por este motivo apoyamos todo lo que desarrolla y fortifica la voluntad y tratamos de impedir todo lo que la deprime.

Si quisiéramos, cosa peligrosa, compendiar en una fórmula nuestras ideas sobre la cuestión de la influencia que las condiciones materiales tienen sobre el desarrollo moral de los individuos y, en consecuencia, sobre su voluntad, nosotros, antes que "tanto peor, tanto mejor", diremos más bien "el apetito viene comiendo".

La miseria deprime y embrutece y con ella no se hacen revoluciones: cuando más se podrá hacer con ella motines sin ulterioridad. Y es por esto que nosotros animamos a los trabajadores a pretender e imponer todos los mejoramientos posibles e imposibles y no quisiéramos que ellos se resignaran a estar mal hoy esperando el paraíso futuro. Y si estamos contra el reformismo no es ya porque seamos indiferentes a las mejoras parciales sino porque creemos que el reformismo es un obstáculo no sólo para la revolución sino también para las mismas reformas.

Quien se resigna al mal acaba por habituarse a él y a no sentir más su peso. Como prueba está el hecho de que, normalmente, las regiones más pobres y las categorías más míseras del proletariado son también las menos revolucionarias.

Una recrudescencia de la miseria, una gran crisis industrial y comercial, puede determinar un movimiento insurreccional y ser el punto de partida de una transformación social porque viene a herir a gentes que se habían habituado a un relativo bienestar y que mal soportan un empeoramiento de condiciones. Pero si el movimiento no es precipitado de inmediato y se deja en cambio pasar el tiempo necesario para que el pueblo se habitúe gradualmente a un modo inferior de vida, la miseria sobrevenida perderá todo su valor revolucionario y quedará como causa de depresión y embrutecimiento.

Y la situación en Italia es hoy tan eminentemente revolucionaria precisamente porque las condiciones del proletariado han mejorado, sus pretensiones en consecuencia han aumentado y

por el contrario, el estado actual de la economía nacional es tal que, perdurando el presente orden estatal y capitalista, un grande, inminente empeoramiento es inevitable.

Hoy el dilema es: la revolución y con ella un nuevo orden de la producción a beneficio de todos o la miseria abyecta. Y el proletariado encuentra que de miseria tiene ya demasiado.

¡Caras duras!

El *Lucífero* de Ancona, órgano republicano (¡cómo están mal servidos los republicanos!) no sabe contra quien emprenderla.

Nosotros atacamos, cuando llega la ocasión, a los "republicanos del rey" y no queremos entrar en relación con ellos. Nosotros atacamos y despreciamos a aquellos que, aunque continúen llamándose republicanos, se pusieron al servicio de la monarquía y predicaron la guerra e hicieron de todo para mandar a los demás a la matanza, mientras ellos mismos quedaban en casa o en la retaguardia haciendo de espías y acumulando dinero. Y quisiéramos que el partido republicano supiera desembarazarse de esos que han deshonrado su bandera para poder, una vez lavado de las pasadas vergüenzas, luchar en fraterno acuerdo, o sea también en honesta competencia, con los otros partidos subversivos.

Para los republicanos que fueron partidarios de la guerra por razones ideales propias de su partido y correspondientes a sus tradiciones y a su educación, para aquellos republicanos que en defensa de ellas fueron personalmente a la guerra y que se encuentran como siempre en la brecha combatiendo contra la monarquía, nosotros no tenemos más que simpatías y respeto, como por otra parte no tenemos más que respeto por cualquiera, aunque fuese sacerdote, que se sacrifica por una causa que cree justa y buena.

El *Lucífero* podría defender dignamente su punto de vista y afirmar todavía, si aún le queda estómago después de las experiencias hechas, que la guerra sostenida por la Entente era guerra de liberación, destinada a poner fin a la guerra misma, emancipar a los pueblos, matar al militarismo, etc., etc.

Pero en cambio, él, tal vez porque está ligado con los explotadores de la guerra y con algunos que mientras se dicen revolucionarios hacen obra de conservación monárquica y burguesa, recurre, como si fuese una defensa, al pueril y miserable argumento: "¡tú también pecaste!"

Y para poderlo hacer no vacila en falsear mi pensamiento, intentando hacer creer que también yo fui "guerrerista" y publica para sostén de su tesis una frase mía separada de su conjunto, la cual por lo demás, aun tomada así como está transcripta, no significa absolutamente que yo diese de la guerra un juicio diverso del que doy ahora.

Si yo hubiese sido, como quiera que fuese, favorable a la guerra, confesaría mi error y haría honrosa enmienda.

Pero no es éste el caso.

Yo había escrito un artículo publicado por el *Avanti!* en el que sostenía que la causa de la Entente era tan mala como la de Alemania, que la guerra era una contienda entre capitalistas que luchaban por el dominio del mercado mundial y que todos los discursos sobre la defensa de la civilización y de la justicia, hechos igualmente y casi con las mismas palabras desde las dos orillas del Rhin, no eran más que un artificio para engañar a los pueblos y empujarlos a la masacre. En aquel artículo (que algunos amigos me dicen querer volver a publicar juntamente con otros escritos míos sobre la guerra) yo afirmaba que el único escape contra el triunfo de la reacción en toda Europa era la revolución y que, como del examen de los acontecimientos, me parecía que la derrota de Alemania era en aquel momento la contingencia más favorable para el estallido de la revolución, por esa razón, y sólo por esa razón, me auguraba que Alemania fuese derrotada.

A dicho artículo respondió Mussolini diciendo: "Ya que Malatesta cree que la derrota de Alemania puede determinar la revolución debe convenir en que es menester ayudar a los gobiernos de la Entente a batir a Alemania".

Yo respondí con una carta, que Mussolini no publicó, pero de la cual ha sido tomada la frase citada por el *Lucífero*.

En esa carta explicaba las razones por las cuales, mientras me auguraba la derrota de Alemania, creía que los revolucionarios debían conservarse extraños a la guerra.

Ya que el *Lucífero*, por miedo de malbaratar su tesis, calla mis razones, yo me tomo la libertad de reproducirlas aquí:

> "Yo me auguro la derrota de Alemania. Pero no está dicho que sea siempre útil ayudar a que se produzca lo que uno se augura, ya que a menudo una cosa es útil solamente a condición de que no cueste nada, o, a lo más, que cueste material y moralmente menos de lo que vale.
>
> "En verdad nada es por completo equivalente en la naturaleza y en la historia y cada acontecimiento puede obrar en favor o en contra de los fines que uno se propone: por esto en cada circunstancia se puede hacer una selección, un augurio, sin que esto convenga siempre dejar la propia vía directa y ponerse a favorecer todo aquello que se juzga como aprovechable indirectamente.
>
> "Nosotros podemos, por ejemplo, desear que vaya al poder un ministro más bien que otro — un ministerio de imbéciles y de ciegos reaccionarios antes que uno compuesto por hombres inteligentes, que sabrían ilusionar y engañar mejor a los trabajadores. Pero, ¿en qué se aprovecharía la debilidad y la ceguera de un ministerio si para hacerlo ir y mantenerlo en el poder nos volviéramos nosotros mismos sostenedores del gobierno?
>
> "La brutalidad de la policía puede en ciertos casos determinar una insurrección liberadora, pero sólo si se educa el espíritu público para resistir las prepotencias de la autoridad.

"El desarrollo del sistema capitalista en una cierta dirección puede convenir a los fines de la emancipación del proletariado, pero si los proletarios se ponen a secundar los esfuerzos de los capitalistas terminan por perder la consciencia de su posición y de sus intereses y se vuelven incapaces de emanciparse, como nos lo demuestra la historia de ciertas organizaciones obreras en Inglaterra y en otras partes.

"Y los ejemplos podrían multiplicarse.

"Para hacer la revolución y sobre todo para hacer, sí, que ella no se reduzca a un estallido de violencia sin ulterioridad, se requieren los revolucionarios; y si éstos comienzan por hacer de lado sus ideas y los intereses específicos que representan y solidarizándose con la causa de las clases dominantes en su país desperdician sus fuerzas en ayudarlas a vencer, ellos renuncian no sólo a la posibilidad de aprovechar de las situaciones revolucionarias que se pueden producir durante y enseguida después de la guerra, sino que muestran tener ellos mismos por utópico y absurdo el programa que predicaban antes y por lo tanto se cierran el camino a toda eficaz acción posterior.

"Hay gente apegada todavía a los viejos prejuicios de raza y de nacionalidad que está dispuesta a sacrificar la más alta idealidad para tener el gusto de saber que una región está oprimida y explotada por hombres que hablan la misma lengua y no por hombres que hablan una lengua extranjera; y esa gente tiene razón de apoyar los intereses de uno u otro gobierno si cree que procediendo así ayuda a sus propias aspiraciones.

"Mas para aquellos que ponen por encima de todo la causa de la libertad, de la justicia, de la fraternidad humana, no puede haber duda alguna: en medio del desencadenamiento de las más feroces pasiones, cuando las masas inconscientes se dejan arrastrar por las malvadas sugestiones de las clases privilegiadas a degollarse entre

hermanos, ellos deben más que nunca invocar la paz entre los oprimidos y la guerra a los opresores y evitar toda transacción, toda rendición a los propios adversarios.

"Y esto es verdad para los republicanos, los cuales no debieran nunca y en ningún modo secundar a la monarquía e incitarla a realizar lo que ellos consideran bueno y a adquirir así nueva fuerza y nuevo prestigio. Es verdad, con mayor razón, para los socialistas, los cuales reconocen que en todo país conviven dos clases, dos "naciones", la una sobrepuesta a la otra, que son, o es necesario hacerlas, irreconciliablemente hostiles. Y es verdad aun más para los anarquistas, que quieren destruir todo régimen de autoridad o de prejuicio y realizar la fraternidad de todos los seres humanos en la libertad y la solidaridad.

"Por lo demás está mi esperanza de la revolución, en Alemania no es más que... una esperanza, tanto menos segura cuanto más los socialistas alemanes con la idea de salvar la civilización europea (¡siempre la misma quimera!) del despotismo ruso, se han puesto al servicio del despotismo nacional.

"¿Te parece que haya razón para querer arrastrar al proletariado italiano a la lucha fraticida y para renunciar a la posición afortunada en que se encuentran los revolucionarios italianos (entonces Italia no había entrado todavía en la guerra) de poder conservar intactas sus fuerzas morales y materiales y poder, juntamente con los revolucionarios de los países neutrales y aquellos revolucionarios de los países beligerantes que han quedado fieles a sí mismos, salvar la causa de la Internacional y de la revolución europea?"

Esto escribía yo en Diciembre de 1914. Ahora podría estudiar la cuestión después de producidos los hechos y demostrar que si los males causados por la guerra no han sido todos contrarios a nosotros y la causa revolucionaria puede aprovechar de ellos es porque en Rusia y en Italia los socialistas y los anarquistas han combatido la guerra.

El *Lucífero*, siempre para buscar cómplices al guerrerismo de los republicanos, publica otro *documento*, el famoso manifiesto de los *diez y seis* (aquel de Kropotkin, Malato, Grave, etc.) en el cual algunos anarquistas hacían adhesión a la guerra y se desposaban con la causa de la Entente. Pero naturalmente el *Lucífero* olvida decir que esos *diez y seis* fueron, malgrado la estima personal de que gozaban algunos de ellos, unánimemente descalificados por los anarquistas y considerados como renegados y traidores.

Y ya que el *Lucífero* se interesa por mis ideas sobre la guerra, aprenderá tal vez con... placer que yo escribí en seguida contra los *diez y seis*, aun teniendo entre ellos amigos a los cuales estaba ligado por cuarenta años de luchas comunes y firmé juntamente con los anarquistas de todos los países el manifiesto que negaba a los *diez y seis* y reafirmaba nuestra fe internacionalista.

El momento de la acción

La necesidad de la hora es la insurrección, la insurrección armada.

Lo decimos nosotros y lo dicen también los socialistas... Después nos reprochamos mutuamente el no hacer otra cosa que hablar.

Y hasta ahora es esto realmente cierto para los unos y para los otros.

Pero lo que importa no es el pasado, aunque sea cercano: lo que interesa es el mañana.

¿Seguiremos todavía charlando? Es necesario prepararse, es cierto: y nosotros no pretendemos que los nuestros hayan hecho todo lo que debían hacer. Pero nosotros incitamos a los compañeros y a los trabajadores a estar preparados y la mayor incitación es la de mostrarles que el único medio para substraerse a la opresión actual y a la reacción mayor que nos amenaza es el de abatir violentamente las actuales instituciones.

¿Qué hacen los socialistas? Nosotros no desconocemos el mérito grandísimo que ellos tuvieron durante la guerra, pero nos parece exagerado querer servirse de lo que hicieron contra la borrachera nacionalista como justificativo para todo lo que hacen y para todo lo que dejan de hacer.

Puesto que los partidos subversivos no son el Estado y no poseen arsenales, ni bancos, ni libertad de movilización militar

y no pueden por lo tanto accionar como se debe para movilizar y armar un ejército regular, es necesario que cuenten con lo que hacen los grupos y los individuos.

Y grupos e individuos accionan a medida que se desarrolla en ellos el estado de ánimo necesario para la acción, a medida que se desarrolla en ellos el espíritu de iniciativa y desaparece esa tendencia a esperar las órdenes y la obra de los jefes, que mal suele llamarse el espíritu de disciplina.

Hoy entre los trabajadores italianos existe indudablemente un deseo de revolución profunda, radical, expropiadora.

Este estado de ánimo de las masas, además de los hechos que, naturalmente, son siempre el factor principal, se debe a todo lo que los socialistas dijeron e hicieron durante la guerra. ¿Y después? Vinieron las elecciones y los socialistas comprendieron que el único medio para arrastrar a los electores proletarios hacia las urnas era el hacerles creer que se servirían del mandato parlamentario como medio para realizar la revolución inmediata; y así tuvimos discursos electorales que parecían llamados a las armas.

Fueron elegidos en cantidad extraordinariamente grande... ¡y advirtieron que no estaban preparados! ¿Y no lo sabían antes? ¿Y por qué prometían todo eso que bien sabían no poder cumplir?

Pero dejemos pasar. Nunca es demasiado tarde para proceder bien. ¿Qué hacen ahora?

Excomulgan todo movimiento *intempestivo*, sujetan todo arranque de indignación popular, piden disciplina a la consigna de... roncar. ¡Y todo esto porque es necesario prepararse!

Y para prepararse, para inducir a los trabajadores a armarse, el grupo parlamentario se esfuerza en valorizar la obra del Parlamento, haciendo creer al pueblo que si no paga el pan más caro es gracias al parlamentarismo.

Para inducir a los trabajadores a armarse, recomienda a los electores que se preparen... para las próximas luchas electorales por la conquista de las Comunas.

¿Les parece a aquellos de entre los socialistas que realmente quieren la Revolución, y son muchos, les parece que de verdad

y en serio pueda uno pensar en armarse cuando espera obtener quien sabe qué cosas mandando socialistas al Concejo Comunal? Y sobre todo, ¿les parece que puede pensar en predicar y preparar el armamento uno que sólo lucha por ser concejal?

Un poco de psicología no estorbaría aquí.

Pues bien: nosotros no reprochamos a los socialistas el no hacer; nosotros, les pedimos únicamente que no impidan a los otros el hacer.

Si sus dirigentes, sus organizadores, temen los *movimientos inconsultos*, si temen las responsabilidades, dejen hacer a los *irresponsables*, a los *desorganizados*, a la muchedumbre anónima, a la "chusma", que si triunfa se convertirá en la "santa canalla". Si sale bien dirán que el mérito es de ellos, y nosotros probablemente los dejaremos decir. Respecto al mérito, a nosotros nada nos importa.

¡Disciplina!

Disciplina: he ahí la gran palabra con la cual se paraliza la voluntad de los trabajadores conscientes.

Y disciplina pedimos también nosotros, porque sin acuerdo, sin coordinación de los esfuerzos aislados para una acción común y simultánea no hay posibilidad material de victoria.

Pero no debe ser disciplina aborregada, ciega devoción a los jefes, obediencia a quien ordena siempre no moverse.

La disciplina revolucionaria es la coherencia con las ideas aceptadas, la fidelidad con los compromisos contraídos, el deber sentido de compartir con los compañeros de lucha los trabajos y los riesgos.

Hablemos claro.

Vistas las fuerzas materiales con que cuenta el gobierno, hoy para vencer se necesita un movimiento general o que iniciado en un punto se propague rápidamente por toda Italia. Se necesita poseer armas. Se necesita la complicidad o la pasividad de una parte del ejército, se necesita el acuerdo para que los servicios públicos sean paralizados en su ayuda al gobierno y puestos en cambio a los fines de la revolución. Es necesario poner en imposibilidad de actuar a las autoridades y a aquellas personas consideradas como más aptas para organizar y cuidar la defensa del orden burgués. Es necesario interesar en seguida a la masa en la revolución haciéndole sentir con los hechos que ella es la dueña,

que la riqueza es de todos y que corresponde a todos custodiarla y usarla con inteligencia. Necesítase otras muchas cosas que los revolucionarios saben, o deben aprender, y sobre las cuales deben ponerse de acuerdo.

¿Pero cómo actuarlas?

Aquellos que quieren o dicen querer una revolución "disciplinada", la conciben como la concebiría un Jefe de Estado Mayor, como la concebían los viejos conspiradores mazzinianos y, ¿por qué no decirlo? un poco también como la concebíamos nosotros mismos en la vieja Internacional cuando organizábamos los movimientos de 1874 y 1878 y tantos otros que el público no conoce porque no llegaron a tener siquiera un principio de ejecución. Un comité central, que nombra sub-comités, etcétera, que recoge los fondos, procura y distribuye los medios, hace los planes, fija el día, manda las órdenes y... generalmente no se hace nada.

A última hora alguno ha traicionado, muchos han tenido miedo, algunos han sido arrestados, las órdenes no llegaron o fueron mal interpretadas, han surgido mil dificultades imprevistas y todo un plan fatigosamente elaborado termina en un *fiasco*, algunas veces heroico, pero *fiasco* siempre.

Y si el antiguo método conspirador no resultaba en aquellos tiempos, más difícilmente resultaría en los nuestros. Hoy el gobierno dispone de mayores medios para desbaratar cualquier conspiración: arresta a los jefes, moviliza la prensa mercenaria, manda falsos telegramas, etcétera.

Por otra parte, además de los espías y de aquellos que agarra el miedo, están también los indisciplinados por temperamento, que a menudo se cuentan entre los más ardorosos, quienes se rebelan si se les da una orden, pero que luego actúan con impulso propio, energía y verdadera disciplina si se les dice:

Haced como os parezca. Hoy la gente no quiere ya obedecer. Para nosotros es un bien, para otros será un mal, pero de cualquier modo es un hecho con el cual hay que contar.

Por lo tanto, para hacer ahora la revolución, si se la quiere hacer de veras, es necesario adoptar otro método.

Es necesario ponerse de acuerdo sobre lo que se debe hacer y en cuáles circunstancias; y cuando las circunstancias previstas se presentan, accionar en seguida sin esperar órdenes de nadie e ignorando aquellas órdenes que fueran contrarias a la acción convenida.

Esto si es el partido quien empieza. Pero si en cambio la acción comienza en la muchedumbre, tanto mejor: nosotros debemos seguir a la masa y empujarla hacia la conquista de nuestros fines.

Si en esta forma se hubiera procedido con motivo de los movimientos contra la carestía de la vida la situación sería ahora bien distinta.

Revueltas y revolución

El congreso anarquista de Bolonia, indignado de ver, en un momento en que los ánimos estaban agitados por las noticias que llegaban a Ancona, postergada por tiempo indeterminado una reunión entre los elementos subversivos que las circunstancias hacían urgente y necesaria para tomar los acuerdos factibles que la situación reclamaba, acusó a los organismos que habían causado ese aplazamiento de la aviesa intención de no querer crear obstáculos al gobierno.

El órgano de la Confederación General del Trabajo *Battaglie Sindacale* protesta... y se comprende. Por lo demás, podría también tener razón en cuanto a las intenciones, puesto que ninguno puede leer con seguridad en lo íntimo de las consciencias.

Pero intención o no, lo cierto es que la Confederación interviene siempre a tiempo para desvalorizar, frenar, extinguir todo movimiento que amenace volverse peligroso para el *orden* reinante, haciendo así al gobierno un señalado servicio que la prensa burguesa le paga con merecidos elogios.

Y también ahora la Confederación, fiel a su tradición, en lugar de explicar por qué se postergaba por *tiempo indeterminado* una reunión de la cual podía nacer un acuerdo práctico entre las fuerzas subversivas precisamente en el momento en que este acuerdo era más urgente, nos responde por medio de *Battaglie Sindacale*:

"Con igual mala fe podríamos acusarlos (a los anarquistas) de servir inconscientemente a la causa de la contrarrevolución burguesa por su incitación a revueltas aisladas que provocan, como ha acontecido precisamente en Ancona, las más horribles represiones de parte de la policía, contra la cual no tenemos posibilidad de oponernos eficazmente."

¡Nuestras incitaciones a revueltas aisladas!

Es una calumnia que podría parecer también una denuncia. Pero esos señores de la Confederación son siempre hábiles diplomáticos y en forma condicional dicen siempre las cosas, aun guardando la apariencia de no decirlas. Dejemos, pues, a *Battaglie Sindacale* y aprovechemos de su tonta, sino calculada, insinuación para repetir una vez más nuestro pensamiento sobre este palpitante argumento de las revueltas aisladas.

Nosotros queremos la revolución, la revolución victoriosa; en consecuencia, todas las revueltas que quedan aisladas, y por esto mismo impotentes, nos disgustan en cuanto son un desperdicio de fuerzas que podrían ser mejor utilizadas en el movimiento general definitivo que todo hace prever próximo. Y, si fuera posible, quisiéramos que todos quedaran tranquilos, que se hicieran los muertos, para resurgir después, de improviso, todos juntos, de un extremo a otro de Italia, por no decir del mundo, y abatir de un solo golpe gobierno y burguesía. La victoria sería segura y costaría poca o ninguna sangre de una y otra parte.

Pero nos plazca o no, las revueltas estallan lo mismo. Y sucede hoy en Italia lo que ha sucedido siempre en la víspera de todas las grandes revoluciones: una serie de protestas, de tentativas, de conflictos con la fuerza pública, de atentados contra la autoridad, de conmociones, de revueltas que se tornan siempre más frecuentes y más importantes y que culminarían en el movimiento general y definitivo.

Todo esto demuestra que en Italia, ahora mismo, la revolución no es ya la aspiración, más o menos utópica, de un grupo o de un partido que la desea, la predica y la prepara, convencido de que es ese el único medio de abatir un régimen detestado. Hoy

es la masa misma de la población que no se resigna más; hoy la tensión de ánimo del proletariado es tal que a cada momento, en toda ocasión, con cualquier pretexto y tal vez sin pretexto la impaciencia estalla en hechos.

¿Cuál es el deber de los revolucionarios conscientes y cuál el de los socialistas, de los anarquistas, de los republicanos en tal situación?

Nosotros recomendamos a los trabajadores prepararse, estar prontos. Pero mientras se gana algo en preparación, se pierde después otro tanto o más en cada fracaso parcial y se corre el riesgo de que la gente se canse o de que toda la tensión actual se agote en pequeños movimientos.

Nosotros no podemos, ningún partido puede obrar como obraría el comando supremo de un ejército que prepara en silencia sus fuerzas y después las pone todas juntas en acción, en el momento que juzga oportuno.

Aplazar el movimiento siempre para más tarde es, hoy, un error tal que en los resultados prácticos equivale a una traición.

Los movimientos estallan espontáneos: es necesario, de inmediato, valorizarlos, apoyarlos, extenderlos. A cada movimiento de una cierta importancia — Turón, Viareggio, Bari, Ancona — es necesario responder con la huelga general en toda Italia, huelga general que puede comenzar por razones tácticas como un tranquilo movimiento de protesta, pero que debe tender a transformarse rápidamente en un movimiento insurreccional.

Esto pedimos a los compañeros, a los socialistas, a los trabajadores todos. Y es en esta solidaridad activa con todos los rebeldes, con todas las víctimas, en este deber aceptado libremente de accionar de inmediato, a fin de obtener las ventajas de la simultaneidad, los beneficios del concierto sin peligros del previo acuerdo, que nosotros hacemos consistir la "disciplina".

Pues si se espera para moverse la orden de los "organismos centrales", la orden no vendrá jamás. Un poco porque las noticias llegan con retardo y el gobierno obstaculiza las comunicaciones, y un poco porque normalmente "los jefes" tienen miedo a las responsabilidades.

Las leyes históricas y la revolución

El apreciado camarada "Minin", publica en *Cronaca Sovversiva* del 10 de Julio, un artículo lleno de inquietudes y que intitula "Cuidado con los traspiés". Quizás a estas horas nuestro amigo esté persuadido de que ninguno de nosotros (anarquistas que creemos en la utilidad de la organización de partido) entiende atenuar para nada su anarquismo y confundir el movimiento sindicalista con el movimiento anárquico y menos aún someter éste a aquél. Ninguno, digo: tampoco aquellos anarquistas que despliegan su mayor actividad en la Unión Sindical y en otras organizaciones obreras, ya que ellos lo hacen simplemente para tener un más vasto campo de propaganda y para conquistar a la causa de la Anarquía la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras, simpatía y apoyo necesarios para hacer la revolución y más necesarios aún después de la revolución, para hacer así que esa revolución sea verdaderamente emancipadora y no remate en la organización de un nuevo Estado, de un nuevo gobierno que, naturalmente, sería opresivo como todos los gobiernos no pueden dejar de serlo a menos que dejen de existir.

De todas maneras es bueno que haya quien vigile todo imaginable peligro de desviación y asuma la tarea de vestal, empeñada en la conservación del fuego sagrado. Y yo, aún disintiendo en algún particular, pero apreciando el alto sentimiento inspirador, al grito de alarma de "Minin" no hubiera hecho otra cosa que

aplaudir si no fuera por el llamado que hace — en su conclusión — a ciertas pretendidas leyes históricas según las cuales nuestra misión sería la de... luchar para nuestros adversarios.

Dice "Minin": "Interpretada por los filósofos, por Juan Bautista Vico y por José Ferrari, la historia confía a cada generación su parte de tarea renovadora. ¿La generación crítica está superada? Entonces ha llegado la hora de la generación que debe iniciar la demolición de lo viejo, de lo irracional y de lo inicuo. Es la nuestra. No querrá, esperamos, eludirla hipotecando la función reconstructiva de nuestros herederos".

Ahora, por mi parte, confieso que yo tengo el máximo respeto por los filósofos en general y por aquellos de la historia en particular, pero estoy siempre en guardia cuando se trata de aplicar a la vida sus conclusiones (estaba por decir sus fantasmagorías, pero he temido faltar el respeto).

Vico y Ferrari eran, ciertamente, hombres llenos de doctrina, pero tenían también mucha fantasía y yo abrigo la vaga sospecha de que ellos, inconscientemente, hayan forzado un poco la historia para adaptarla a sus esquemas mentales. Es, por lo demás, lo que hacen más o menos inconscientemente todos los hombres, aun los menos filósofos, cuando relatan "objetivamente" los hechos. Doy aviso a los historiadores... y también a nuestros corresponsales.

En consecuencia, esto de dividir la sucesión de los hombres en el tiempo, en generaciones que tendrían ciertas y predestinadas misiones históricas, me parece del todo arbitrario. No existen "generaciones" que se suceden cada quince o treinta años, como pretenden ciertos filósofos de la historia; pero en todo momento hay en la humanidad hombres de todas las edades que luchan por diversos objetivos y según sea la preponderancia de ciertas fuerzas y de ciertas voluntades la sociedad avanza o retrocede riéndose de las "leyes históricas", que pueden explicar bien o mal (más bien mal que bien) los hechos producidos, pero que no sirven para preveer los hechos futuros. ¿Las generaciones? Pero, dígaseme, por ejemplo, ¿cuál es mi generación? ¿Aquella de los viejos

y jóvenes camaradas con los cuales luchaba cuando tenía veinte años, o esta de los camaradas, más bien jóvenes que viejos, con los cuales lucho ahora que tengo setenta? No es que una "generación" cumpla una dada misión histórica, sino que, cuando una cosa ha sido hecha, se da al conjunto de los hombres que vivían en la época en que esa se realizó el nombre de "generación". Y "la filosofía" relata, calcula y formula la ley. Ni más ni menos que, como observaba cierta vez Saverio Merlino, hacen "los matemáticos" que estudian las viejas extracciones de la lotería, descubren "las leyes" que la gobiernan, prevén los números que tendrán que salir en las próximas extracciones... y regularmente pierden o hacen perder a los simples que creen.

* * *

Pero todas estas son quizás inútiles divagaciones. Lo que me importaba decir es que para nosotros sería un error gravísimo, un error mortal, preocuparnos solamente de la destrucción, dejando la tarea de la reconstrucción a otros que necesariamente serían nuestros contemporáneos y no ya la "generación" que nos ha de seguir.

Nosotros no habremos vencido sino en cuanto acertemos a reconstruir y sólo hasta el punto al cual llegue nuestra capacidad reconstructiva.

La vida, especialmente la vida económica, no admite interrupciones. Es necesario comer todos los días y si no consiguiéramos con nuestros métodos y con nuestros hombres asegurar la alimentación y todo lo demás, lo harían los socialistas con sus métodos dictatoriales y centralizadores y la revolución sería ahogada al nacer.

O se organiza *rápido* la vida social anárquicamente o tendremos que reconocer la necesidad de un gobierno. Y con un gobierno estaríamos todavía en el comienzo: resurgiría la necesidad de una "generación" demoledora, con la subsiguiente "generación" reconstructora.

Y no es esto, ciertamente, lo que quiere el camarada "Minin".

Reformas y revolución

Un A. Ca. que escribe en el semanario socialista "*Brescia Nova*" se ocupa de mí y de los anarquistas pero lo hace de una manera tan ambigua, sin medida ni orden que yo no tentaré siquiera una refutación directa. Volveré, no obstante, sobre cuestiones que han confundido la mente de A. Ca. porque la repetición puede ser útil a la propaganda y también porque tengo la esperanza de que A. Ca. pueda, no ya convencerse, pero por lo menos comprender y luego discutir, si le place, de manera racional.

En el curso de la historia humana acontece generalmente que los descontentos, los oprimidos, los rebeldes, antes de concebir y de desear una transformación radical de las instituciones políticas y sociales se limitan a pedir algunas transformaciones parciales, algunas concesiones de parte de los dominadores, algunas mejoras. La esperanza en la posibilidad y en la eficacia de las reformas precede a la convicción de que para abatir el dominio de un gobierno o de una clase es necesario negar las razones de aquel dominio, esto es, hacer la revolución.

En el orden de los hechos las reformas se realizan o no se realizan, y realizadas consolidan el régimen existente o lo minan, ayudan al éxito de la revolución o lo obstaculizan, benefician o perjudican al progreso general, según su propia y específica naturaleza, según el espíritu con que han sido concedidas y, sobre todo, según el espíritu con que han sido pedidas, reclamadas, arrancadas.

Naturalmente los gobiernos y las clases privilegiadas están siempre guiadas por el instinto de conservación, de consolidación, de acrecentamiento de sus potencias y de sus privilegios y cuando consienten algunas reformas ello sucede, ya porque juzgan que aquellas les benefician en sus fines, ya porque no se sienten lo suficientemente fuertes como para resistir y ceden por miedo a algo peor.

Por otra parte, unas veces los oprimidos piden y acogen las mejoras como un beneficio graciosamente concedido, reconociendo la legitimidad del poder que pesa sobre ellos y entonces éstas hacen más daño que bien, sirviendo ya para retardar la marcha hacia la emancipación, ya también para detenerla o desviarla. Otras veces, en cambio, los oprimidos reclaman e imponen sus mejoras con su propia acción y las acogen como victorias parciales logradas sobre la clase enemiga y sirviéndose ellas como estímulo y acicate para lograr conquistas mayores, representan entonces una gran preparación y ayuda para el total derrumbe del privilegio, eso es, para la revolución. Ya que siempre llega el momento en que, aumentando las pretensiones de la clase dominada y no pudiendo los dominadores ceder más sin comprometer su dominio, estalla necesariamente el conflicto violento.

No es cierto, pues, que los revolucionarios sean sistemáticamente contrarios a las mejoras y a las reformas. Ellos están en oposición con los reformistas, por una parte, porque el método de éstos es el menos eficaz para arrancar reformas a los gobiernos y a los propietarios, los cuales no ceden sino por miedo, y por la otra, porque a menudo las reformas que ellos prefieren son aquellas que mientras aportan a los trabajadores una ventaja discutible e inmediata sirven luego para consolidar el régimen vigente y para interesar a los trabajadores mismos en la perpetuación del régimen. Así las pensiones, los seguros del Estado, la coparticipación en las utilidades de las industrias, etc., etc.

Excluidos los reformistas burgueses que reconocen la legitimidad del capitalismo y de los cuales no me ocuparé aquí por estar al margen de esta polémica; excluidos también los reformistas

de Estado que, en substancia, no harían más que transmitir el privilegio y la dirección de la sociedad de los propietarios privados a una clase de burócratas, quienes luego sólo pensarían en consolidar el poder en sus propias manos y tal vez en volverse ellos mismos los propietarios, existen una clase de reformistas, que podrían llamarse revolucionarios reformistas, de los cuales estamos separados simplemente por una diferente interpretación de los acontecimientos. Pero estos reformistas, intencionalmente más afines a nosotros, son en la práctica, en las actuales condiciones de Italia, los más dañinos y los más peligrosos; menos dañinos y menos peligrosos, no obstante, que aquellos que se dicen revolucionarios y que se oponen a la revolución toda vez que se presenta la ocasión propicia de hacerla. Hoy, más o menos en todas partes, pero tal vez en Italia más que en todo otro país, buscar y proponer reformas constituye un verdadero anacronismo. Hoy la burguesía no sabe y no puede regir más los destinos de la sociedad: no puede resolver los problemas que ella misma ha creado y que insensatamente ha reagravado con la guerra, no puede y no quiere satisfacer las necesidades de los trabajadores, cada vez más crecientes; y los trabajadores no quieren ser, por más tiempo, dirigidos por los patrones, no quieren trabajar más para los explotadores, no quieren obedecer más y no obedecen más ni a los patrones ni al gobierno.

El conflicto es inminente. El conflicto está en pie. Retardar su solución es algo que a nadie beneficia. O todos los hombres amantes de la libertad y del progreso se unen para hacer la revolución, o sea para ayudar al traspaso de la gestión de la producción y del cambio de las manos de los capitalistas a las de los trabajadores y la nueva sociedad nacería entonces, relativamente, en el orden y en la calma, o, en cambio, si aquellos que más podrían producir el desenlace final del movimiento expropiador, ya en embrión, lo quieren tergiversar, transigir y postergar, la revolución estallará lo mismo, un poco más tarde, pero entre mayores dificultades, con mayores dolores, entre el desorden y la sangre.

Elíjase lo uno o lo otro.

Mayorías y minorías

A. Ca. de *Brescia Nova*" (el cual resume a su manera el pensamiento ajeno y pone después entre comillas su resumen como si se tratase de una traducción literal) pierde completamente la brújula cuando quiere ocuparse de las ideas de los anarquistas sobre la cuestión relativa al derecho de las mayorías y las minorías.

Según él, no queriendo los anarquistas la dictadura (él nos hace decir *dictadura proletaria* mientras nosotros estamos protestando continuamente contra esta expresión que es tan mentirosa como aquella de *gobierno popular* usada por los demócratas) debe postergar la revolución hasta que todo el género humano haya concebido el ideal anarquista, o bien suponer que después de veinte y cuatro horas de revuelta todos se vuelvan inmediatamente anarquistas.

Tratemos de hacerle comprender.

Naturalmente la insurrección que debe abatir el poder gubernativo y hacer posible la expropiación de la burguesía y todo el trastrocamiento revolucionario se hará y vencerá... cuando haya fuerzas suficientes. Muchos o pocos, mayoría o minoría, favorecidos o no por las circunstancias se vence... cuando se vence. La lucha activa se desarrolla siempre entre minorías: de un lado el gobierno usa para su obra de represión la parte más inconsciente del proletariado y todos los medios que la posesión del poder social pone a su disposición y del otro los revolucionarios que

amalgamando los intereses y las pasiones de las masas, reforzándose poco a poco con la propaganda y con la organización, tratan de utilizar todas las circunstancias favorables para abatir el gobierno.

Pero, ¿y después?

Para los no anarquistas, para los autoritarios, socialistas o no socialistas, la cosa es simple: ellos entienden ponerse en el puesto de los gobernantes caídos y servirse, como hace cualquier gobierno, de la fuerza social, de la fuerza de todos, para imponer con la violencia el programa propio, lo que significa, en la práctica, los intereses propios y aquellos de los propios amigos y de la propia clientela.

Los anarquistas, en cambio, entienden conquistar la libertad para todos, la libertad efectiva, se entiende, lo cual supone los medios para ser libres, los medios para poder vivir sin ser obligados a ponerse bajo la dependencia de un explotador, individual o colectivo.

Nosotros no reconocemos el derecho de la mayoría para dictar la ley a la minoría, aun si la voluntad de la mayoría fuese, en cuestiones un poco complejas, realmente verdadera. El hecho de tener mayoría no demuestra absolutamente que uno tenga razón; antes bien la humanidad ha sido siempre impulsada adelante por la iniciativa y la obra de los individuos y de las minorías, mientras que las mayorías han sido y son, por propia naturaleza, lentas, conservadoras, obedientes a los más fuertes, a los que se encuentran en posiciones ventajosas precedentemente adquiridas.

Pero si no admitimos para nada el derecho de las mayorías de dominar a las minorías, rechazamos aún más el derecho de las minorías de dominar a las mayorías. Sería absurdo sostener que se tiene razón porque se es minoría. Si en todas las épocas ha habido minorías avanzadas y progresistas, han existido también minorías atrasadas y reaccionarias; si existen hombres geniales que se adelantan a los tiempos, hay también dementes, imbéciles y especialmente inertes que se dejan arrastrar inconscientemente por la corriente en que se encuentran.

Por lo demás no es cuestión de tener razón o no tenerla: es cuestión de libertad, libertad para todos, libertad para cada uno a condición de que no se viole la igual libertad de los demás.

Ninguno puede juzgar, de manera segura, quién tiene razón o sinrazón, quién está más cerca de la verdad y qué camino conduce mejor al mayor bien para cada uno y para todos. La libertad es el solo medio para llegar, mediante la experiencia, a lo verdadero y a lo mejor: y no existe libertad sino hay la libertad del error.

Para nosotros, pues, es necesario llegar a la pacífica y proficua convivencia, entre mayorías y minorías mediante el libre acuerdo, la mutua condescendencia, el reconocimiento inteligente de las necesidades prácticas de la vida colectiva y la utilidad de las transacciones que las circunstancias hacen necesarias.

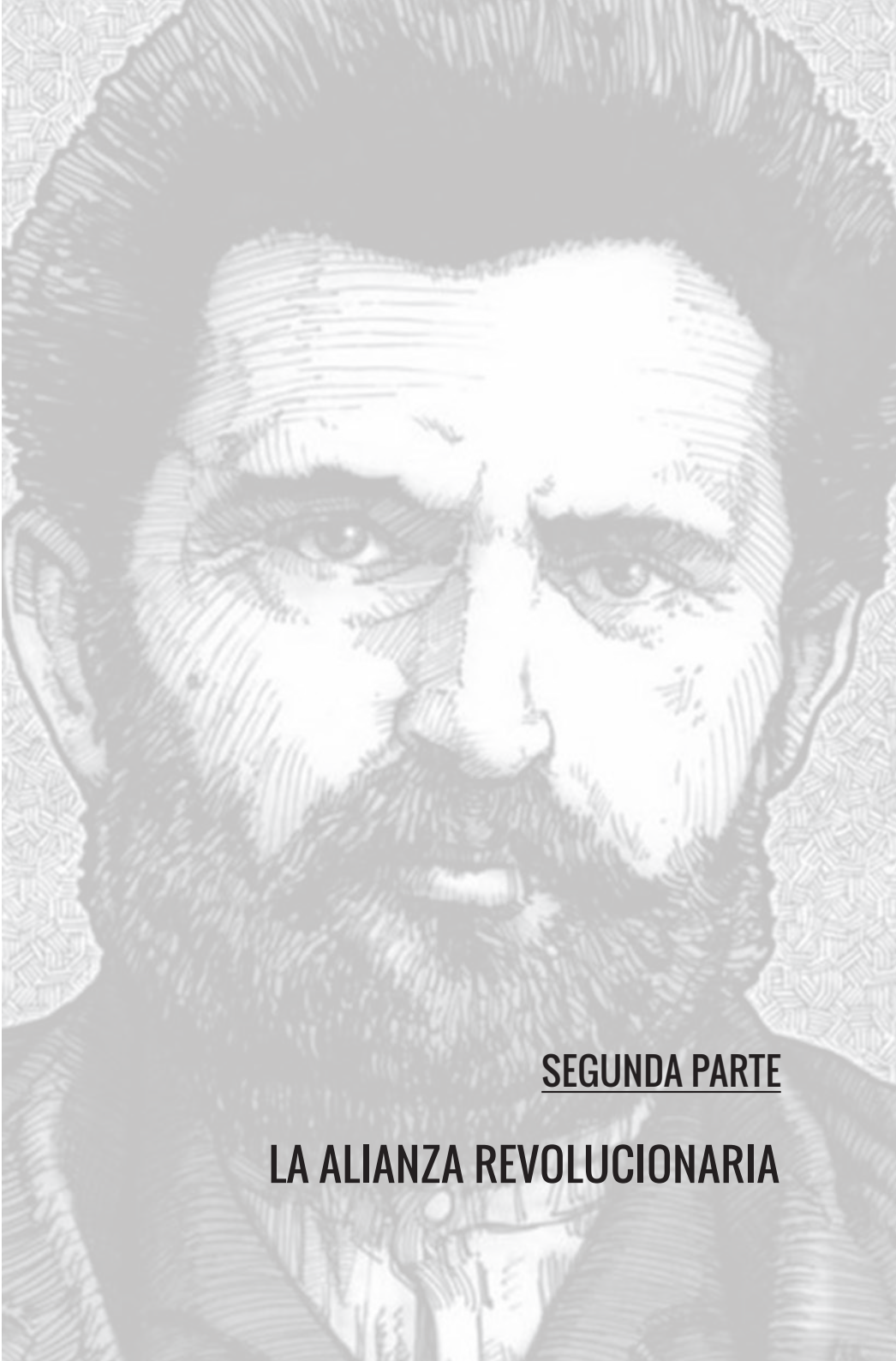
Nosotros no queremos imponer nada a nadie, más no queremos tampoco aceptar imposición alguna.

Felices de ver hacer por otros lo que no podemos hacer nosotros, dispuestos a colaborar, con los demás en todas aquellas cosas que reconozcamos no poderlas hacer mejor, nosotros reclamamos, nosotros queremos, para nosotros y para todos, la libertad de propaganda, de organización y de experimentación.

La fuerza bruta, la violencia material del hombre contra el hombre debe cesar de ser un factor en la vida social.

Nosotros no queremos y no soportaremos *gendarmes*, ni rojos, ni amarillos, ni negros.

¿De acuerdo?



SEGUNDA PARTE

LA ALIANZA REVOLUCIONARIA

Los partidos de la revolución

Nuestro *l. f.* lamentaba recientemente los sucesos acaecidos en Milán entre anarquistas y socialistas y hacía, aunque forzando un poco la nota, un ardiente llamado a la concordia frente al enemigo en común.

Después nosotros llamábamos la atención de los republicanos sobre una noticia policial aparecida en el diario *L'Iniziativa* y una vez más demostrábamos deseos de concordia y cooperación hacia los republicanos que quieren hacer la república seriamente y la entienden como un régimen de justicia y libertad.

Todo esto ha crispado los nervios de nuestro buen y feroz *n. g.* el que nos trata graciosamente por nuestros "buenos sentimientos" y nos pregunta: "¿A qué conduce? ¿A la revolución? ¿Para la dictadura de Lazzari o para la república de Pirolini?"

Expliquémonos claro.

Umanitá Nova es el órgano de todos los anarquistas y por lo tanto en sus columnas tienen derecho de expresión todas las manifestaciones del pensamiento anarquista, aun las de aquellos que conceptúan la anarquía como un bello sueño, tal vez irrealizable o realizable sólo cuando la presente corrompida humanidad haya dado lugar, no se sabe por qué proceso de generación espontánea, a la nueva humanidad dotada en todos y cada uno de sus miembros de las más miríficas virtudes.

Pero los redactores ordinarios de *Umanitá Nova*, y entre ellos el que ahora hace de director, son revolucionarios, es decir, que creen que cada árbol no puede dar sino el fruto que por la naturaleza está designado a ofrecer, que la sociedad capitalista y estatal tiende inevitablemente a reducir las masas proletarias a la miseria económica y a la abyección moral y que para poder crear un ambiente social en el que sea posible el libre desarrollo de la individualidad y la iniciación de una nueva civilización, de una nueva y mejor humanidad, es menester, ante todo, arrasar con la fuerza el orden de cosas actual aprovechándose para ello de las crisis propias del régimen capitalista y de la voluntad activa de las minorías conscientes y rebeldes.

Es natural entonces que nosotros consideremos la cuestión principalmente desde el punto de vista de los intereses revolucionarios, relegando a nuestros colaboradores — anarquistas sinceros y conscientes — la tarea de vigilar la pureza de la doctrina.

Después de todo, las discusiones sobre la utilidad y la necesidad de la revolución están ahora demás.

La revolución existe y va hacia su crisis definitiva. Que no lo vean los gobiernos y las clases privilegiadas (*pero después de todo, ¿es cierto que no la ven?*) se explica fácilmente por la tradicional ceguera de los gobernantes en la víspera de su caída. Que haya anarquistas — y entre los más atiborrados de estudios históricos y sociológicos — que tampoco lo vean puede explicarse con otras razones que no son del caso traer a colación. De cualquier manera esto no altera el hecho fundamental: la revolución se agita, se estremece y está por estallar. Si no estallase, ello significaría que las fuerzas en juego en el seno mismo del movimiento se han neutralizado y han dado pie a la reacción para rechazarnos y poder vivir todavía hasta la próxima crisis. ¿Puede haber alguien entre los adversarios del régimen burgués que no comprenda cómo hoy por hoy el interés supremo debe ser el de salvar la revolución?

Pero la revolución, ¿para qué? ¿Para la dictadura de Lazzari o para la república de Pirolini?

Pero pasemos esto por alto. Pirolini recién se acordará de que para hacer la república es necesario echar al rey cuando el rey ya se haya ido y el buen Lazzari es demasiado viejo para infundirnos miedo.

Hay peligros mayores, que *n. g.* tal vez conozca y se abstiene de hacer notar; ¿pero queremos nosotros por temor de que la revolución no resulte como la deseamos someternos indefinidamente a la dictadura burguesa?

Pero con todo esto nosotros no estableceremos la anarquía sobre la faz del mundo de un día para otro.

Y nosotros, para que ella sea lo más anarquista posible debemos multiplicar nuestros esfuerzos, intensificar nuestra propaganda, consolidar nuestras organizaciones, penetrar hasta el seno mismo de las masas y procurar atraerlas todo lo posible hacia nuestro camino.

Ciertamente, la revolución próxima, la revolución inminente, no será anarquista sino en proporción de nuestro número, de nuestro valor y de nuestra preparación.

La anarquía no se hace por la fuerza; quererla imponer así sería la más garrafal de las contradicciones. La anarquía triunfará en toda su plenitud cuando todos seamos anarquistas. Y dado que en las condiciones actuales es imposible que todos se vuelvan anarquistas, es condición previa al triunfo de la anarquía la revolución que rompa violentamente el actual estado de cosas y haga en esta forma posible la asunción de las masas a condiciones tales que las vuelva capaces de comprender y vivir la anarquía.

Lo que se puede y se debe hacer por la fuerza es la expropiación de los capitalistas y el poner a disposición de todos, los medios de producción y toda la riqueza social, y naturalmente el derrumbe del poder político que está para defensa de la propiedad.

Lo que podemos y debemos defender también con la fuerza es nuestro derecho a la más amplia libertad de organización autónoma y a la experimentación de nuestros métodos. Lo

demás será hecho paulatinamente por el desarrollo progresivo de nuestras ideas en el seno de las masas.

Todo esto no podemos hacerlo nosotros solos porque no somos suficientemente fuertes, y no sería tampoco deseable que lo hiciéramos solos porque entonces nos veríamos fatalmente en la situación de gobernantes y traicionaríamos en esa forma a nuestros propósitos específicos. Por otra parte, como la vida económica no admite interrupciones y es menester comer todos los días, donde y cuando nosotros no fuéramos capaces de proveer con nuestras fuerzas al aprovisionamiento y a las otras necesidades más urgentes, debemos sentirnos más felices que otros lo hagan por nosotros, reservándonos la función de crítica, de contralor y de propulsión.

La revolución, para ser verdaderamente emancipadora, no debe ser la obra particular de una escuela o de un partido sino que debe ser obra de las masas, de cuanta mayor cantidad de masa sea posible.

¿Comprende ahora *n. g.* por qué nosotros hacemos un llamado a todos los trabajadores por encima de cualquier distinción de partido? ¿Comprende por qué los burgueses que temen la revolución se esfuerzan por hacernos aparecer como enemigos de los socialistas? ¿Comprende por qué esos jefes socialistas y republicanos que no desean ni el socialismo ni la república tratan de boicotearnos?

Nosotros estamos convencidos que todos los trabajadores rebeldes, no obstante las diferencias de denominación y las diversas filas en que militan tienen en el fondo los mismos sentimientos, el mismo ardiente deseo de emancipación humana. Y nosotros nos sentimos hermanos todos y deseamos luchar lo más posible de acuerdo con todos.

Si a menudo voluntariosamente atacamos a ciertos dirigentes socialistas es porque los vemos trabajar en contra de la revolución y los más interesados en hacer a un lado a estos traidores del socialismo son justamente los socialistas verdaderos y sinceros.

Si atacamos a ciertos jefes republicanos es porque sabemos que no desean hacer la república, porque los hemos visto enviar a la matanza a sus más ingenuos secuaces mientras ellos quedaban en casa para entrar en maquinaciones políticas con los ministerios, para enriquecerse y para hacer de espías; y de estos jefes, que han manchado y traicionado su bandera, los republicanos sinceros son los más interesados en desembarazarse.

Reflexionen los trabajadores socialistas y republicanos y verán de qué parte están sus amigos y sus enemigos.

Nosotros y los republicanos

Hemos recibido una carta:

Roma, 20 de Abril.

¡Unámonos y venceremos!

Nosotros, jóvenes republicanos, no podemos menos que regocijarnos por la revolucionaria que realiza "Umanitá Nova", pero nos duele que ella se limite a hablar de socialismo y anarquía como si no existiese otra doctrina, otra fuerza viva en medio del pueblo que comprende una y otra y se llama: "mazzinianismo", definida por Bovio de este modo: la anarquía legalizada. Digo que el pueblo comprende una y otra porque nosotros queremos la república **no como un fin, sino como medio** para conseguir progresivamente las más altas idealidades humanas, ya sea socialismo, ya sea anarquismo.

Y para completar vuestro artículo: "Orientémosnos" del 18 del actual nosotros decimos que la tierra no será nunca de los campesinos, las fábricas no serán nunca de los obreros, las grandes haciendas estatales no serán nunca de los pueblos por efecto de la obra exclusiva de los socialistas que hacen la revolución en el Parlamento, ni por la obra de los republicanos que no se cansan de predicar:

> "educación!", ni por la obra de los anarquistas que confían en la acción individual; pero por la sola virtud de la acción colectiva y coordinadora de todos estos buenos elementos fusionados, los cuales con las armas en la mano deben ir en medio del pueblo y darle el gobierno que **Él** quiere.
>
> Quien hoy no esté por esta fusión, tampoco está por la revolución.
>
> T. Abussi.

Nosotros siempre hemos tenido grandes simpatías por los republicanos (no por aquellos del rey y de los capitalistas, se entiende) y especialmente por los que suelen llamarse "mazzinianos".

Hombres de fe y de coraje, ellos sueñan como nosotros un alto ideal de libertad, de justicia, de humanidad renovada y están dispuestos, nosotros lo creemos así, a luchar y a sufrir por su ideal.

Dejando aparte su Dios, que a nosotros no nos interesa, y también su místico patriotismo que los ha convertido, contra sus intenciones, en cooperadores de la monarquía y de los tiburones, parecería que las divergencias entre ellos y nosotros no fueran insalvables. Nosotros no estamos de acuerdo con ellos (además ellos no están de acuerdo con ellos mismos) sobre el mejor modo de resolver la cuestión económica con mayores ventajas para todos. Ellos son individualistas, nosotros somos comunistas; pero como se trata de soluciones prácticas para los problemas de la producción y la distribución sería fácil entenderse en el terreno común de la libertad y la igualdad de condiciones.

Pero está de por medio... la República. Los republicanos que desdeñosamente rechazan como cosa ajena a las repúblicas burguesas y militaristas que hacen las delicias de Europa y América, se conforman con simples palabras.

"El mazzinianismo definido por Bovio: la anarquía legalizada". Bovio era un filósofo y sin embargo quizás supiera lo que quería decir; pero a nosotros, que con la filosofía tenemos pocos tratos, nos parece que *ley* significa imposición de las voluntades de

algunos sobre las de otros y que por lo tanto *anarquía legalizada* sea un juego de palabras sin significado.

"Nosotros queremos la república como medio, no como fin". Pero ¿qué es la República? Y si ella es, según el lenguaje común, un Parlamento (aunque se llame Constituyente) electo por el sufragio universal, en el cual la mayoría hace la ley y la nombra el poder ejecutivo, el cual a su vez organiza la fuerza para hacer respetar la ley, ¿por qué se ha de conjeturar que en Italia los mismos medios darán resultados distintos de los que han dado en todos los países del mundo?

"El pueblo debe tener el gobierno que quiera". Pero ¿quién es el *Pueblo*? ¿Una fracción cualquiera que a través del filtro electoral y las cábalas parlamentarias llega a tener en las cámaras el número de votos necesario para aprobar la ley? *La voluntad del pueblo*, formulada y aplicada por medio de la ley, es una ficción pura.

Hoy el pueblo, esto es: la totalidad de individuos que habitan un territorio está dividido en distintas clases que tienen intereses y sentimientos opuestos y cuyo antagonismo crece a medida que se desarrolla en las clases sometidas la conciencia de la injusticia de que son víctimas. Y las leyes, a pesar del sufragio universal, son hechas siempre por las clases dominantes para que les sirvan como instrumento de dominación y de defensa. Abatid el gobierno, proclamad la república, convocad la Constituyente, mientras subsista aún la división en clases, el privilegio de unos y la inferioridad de otros, el gobierno caerá siempre en manos de los capitalistas y las leyes republicanas estarán hechas, como las monárquicas, para consolidar el privilegio y someter a los trabajadores.

Mañana, cuando el privilegio económico y político esté destruido y todos puedan considerarse hombres libres, desarrollados intelectual y moralmente, no existirá, ni aun entonces, una *voluntad del pueblo*. Sobre cada cuestión habrán siempre mil opiniones, mil voluntades distintas que se armonizarán por espíritu de fraternidad y bajo la presión de la necesidad y coexistirán y se aplicarán libremente por grupos diversos, pero que no deben jamás

estar oprimidas por la fuerza de las leyes bajo el pretexto de una voluntad general que no existe. Si los republicanos desean de verdad ver abolido el privilegio e inaugurada la nueva civilización como lo expresan en sus votos deben, junto con todo el proletariado consciente, derrocar el gobierno y proceder inmediatamente a la expropiación general y a la reorganización de la vida social, por obra directa de los trabajadores, realizando de verdad la igualdad de condiciones y la libertad para todos. ¿Y entonces para qué van a servir la Constituyente y la República?

* * *

Nosotros tenemos tanta confianza en los sentimientos profundos de los republicanos y especialmente de los mazzinianos que no dudamos en invitarlos francamente a reunirse con nosotros.

¿Por qué razones éstos se estancan en viejas y contradictorias concepciones y no abrazan las ideas anárquicas?

¿Su creencia en Dios? En realidad pensamos que pocos de ellos creen en serio; y en todo caso como Dios no es más que un producto del pensamiento humano, no sería tan difícil crearse un Dios que no estuviera en contradicción con la libertad y dignidad humana y así el obstáculo quedaría eliminado. ¿Su patriotismo? Pero ¿no han existido tantos, entre sus grandes hombres, que han dicho que la patria es el mundo y que han combatido por los intereses de toda la humanidad y no sólo por los de Italia, que de la humanidad no es sino una pequeña parte? Todos los argumentos aducidos en favor del patriotismo nacional servirían para defender el regionalismo o los intereses de campanario; puesto que los republicanos han superado los prejuicios del campanario y de la región, ¿por qué se detienen en la nación y no llegan a la *internación*, o más bien a la humanidad hermanada?

Los republicanos tienen vivo — como nosotros — el sentido de libertad; como nosotros quieren la igualdad que es justicia

y es condición de la libertad; como nosotros quieren la revolución. ¿Por qué hablan todavía de una República, de un gobierno, que no podría vivir sin el apoyo de los esbirros, sin la violación continua de la libertad?

Vengan con nosotros. Nosotros les ofrecemos la mano. Acéptenla los jóvenes. Los viejos, incapaces de evolucionar, pertenecen al pasado y los abandonamos a la historia.

Nosotros y los mazzinianos

El mazziniano T. Abussi me manda de Roma, rogándome publicarla, una carta que quisiera ser una respuesta a una nota mía puesta a otra carta suya publicada en un número anterior.

Yo quisiera complacerlo, pues por los mazzinianos tengo una particular simpatía. Pero ¿cómo hacer? No alcanzaría una página de nuestro diario para publicar lo que Abussi escribe. Además necesitaría una página yo para contestarle. Sería, en verdad, una exageración.

Me perdonará por lo tanto Abussi si aún no publicando su carta yo me sirva de ella para encontrar ocasión de dilucidar un poco las ideas en pugna.

Naturalmente, yo no me extenderé en la discusión de la esencia del mazzinianismo. "El mazzinianismo — dice Abussi — no tiene fin porque ideológicamente significa el progreso continuo e indefinido. Él puede ser un día la Anarquía, y ¡quién sabe! quizás algo más que la Anarquía".

Es claro: si uno atribuye a Mazzini todo lo que la humanidad ha concebido y concebirá de grande y de bello, entonces el mazzinianismo lo abarca todo y lo resuelve todo.

Pero esta es una dulce manía de todos los idólatras. Así los marxistas atribuyen todo a Marx y a uno lo tienen por marxista aunque sólo diga que los patrones roban a los obreros (*oh! entonces admite la teoría de la plus-valía*, le gritan a uno con aire de triunfo) o si afirma la verdad milenaria de que para hacer valer la

razón es necesaria la fuerza. Si se dice que el sol brilla, los mazzinianos afirmarán que lo dice Mazzini y los marxistas responderán que lo dice Marx. Así son los idólatras.

Abussi continúa: "El mazzinianismo representa la nueva forma de cristianismo... Lo humaniza y transforma su ética con la nueva síntesis Boviana: *Dio e popolo, vindice la coscienza umana*" ¡Uf! Una advertencia: si Abussi quiere discutir conmigo debe hacerme el obsequio de hablar un lenguaje claro, a ras de tierra, adaptado a mi limitada inteligencia, que es además la de la gente para la cual escribo.

Y deje quieto a Bovio, por favor! Citar a Bovio es muy bueno cuando se quiere hacer abrir la boca a los villanos, pero no sirve cuando queremos ser comprendidos. "Dio e popolo vindice la coscienza umana": haga la prueba Abussi por un momento de traducir la rimbombante frase a un lenguaje vulgar y advertirá... que es todo viento. Pero vamos al grano: esto es lo que los mazzinianos quieren hacer.

Dice Abussi: "Nosotros creemos que la eliminación del privilegio puede acaecer solamente mediante la instauración de un gobierno que sea el ejecutor material de la voluntad del pueblo. Y por pueblo entendemos a los trabajadores todos. Respecto a la manera de hacer expresar su voluntad al pueblo podemos podernos todos de acuerdo. Nosotros creemos que siendo difícil, en las actuales condiciones de la vida social, una distinción exacta entre los verdaderos trabajadores y lo verdaderos burgueses, deben también participar, por un sentimiento de humana generosidad, en la creación del nuevo pacto de convivencia social, los pequeños propietarios, por lo menos aquellos que teniendo un patrimonio proporcionado (en relación a la riqueza colectiva) a las necesidades de la familia, pueden ser considerados como trabajadores ya emancipados. Pero si los trabajadores quieren de otra manera, nosotros estaremos también por la participación de las solas y auténticas asociaciones gremiales".

¿Pero qué embrollo es este? ¿Quiénes son estos *nosotros* que deben ponerse de acuerdo sobre la manera de hacer exprimir al pueblo su voluntad?

¿Quieren los mazzinianos establecer una dictadura (aquello que antes se llamaba gobierno provisorio) para hacer la ley electoral que debe regular la elección de la Constituyente? ¿Y serán estos dictadores los que, a su arbitrio, deberán decir quién es elector y quién no lo es? ¿O serán los "trabajadores" quienes juzgarán cuáles son los "trabajadores auténticos"? Es decir, una asamblea electa sin saber con cuál criterio y qué debe decir quién tiene derecho a voto. Y además, ¿si así expresada la voluntad del pueblo no fuera unánime, tendrá la mayoría, o la que pase por mayoría legal, derecho a imponer la ley a la minoría? ¿Existirán esbirros, cárceles, jueces, en suma, medios para obligar a los trabajadores a obedecer por la fuerza?

Veo que todavía no nos hemos comprendido.

Para hacer la revolución, esto es, para derribar al gobierno monárquico ahora vigente, nosotros contamos con el concurso de los republicanos, como ellos pueden contar con el nuestro.

Pero para hacer la república, pueden estar seguros que no nos encontrarán. Nosotros estamos contra la dictadura y contra la Constituyente.

Nosotros queremos que en el momento mismo de la revolución, apenas lo permita la derrota del poder militar burgués, por libre iniciativa de todas las organizaciones obreras, de todos los grupos conscientes, de todos los voluntarios del movimiento se practique en seguida, inmediatamente, la expropiación y sea puesta en común toda la riqueza existente para proceder, sin perder tiempo, a la organización de la distribución y a la reorganización de la producción según las necesidades y los deseos de las distintas regiones, de las diversas comunas, de los distintos grupos y llegar por lo tanto con el empuje de las ideas y de las necesidades a los acuerdos, a los pactos que sean necesarios para la vida social.

Hablar de los derechos que tendrán o no tendrán los burgueses, grandes o chicos, después de la revolución, nos parece absurdo, puesto que después de la revolución, por lo menos en lo que dependa de nosotros, no habrá burgueses. Lo que hace al

burgués es el hecho de poseer los medios de trabajo y de usarlos, no para trabajar, sino para explotar el trabajo ajeno; y los trabajadores tomando posesión de los instrumentos de trabajo por lo tanto negándose a trabajar para otros, habrán destruido radicalmente la burguesía y transformado a todos los hombres en trabajadores.

Nosotros somos comunistas, pero somos ante todo anarquistas: y los mazzinianos pueden dejar de molestarse para demostrarnos los peligros del comunismo autoritario. Estamos por el comunismo libertario, esto es, por el comunismo libremente aceptado y organizado diversamente según las distintas condiciones y las voluntades de los asociados. Quien prefiera trabajar individualmente o con cualquier otro sistema distinto del comunista, debe poderlo hacer, siempre que no explote el trabajo ajeno. Nosotros estamos convencidos que pronto la práctica demostrará que el comunismo anárquico es el medio de convivencia social que mejor utiliza las fuerzas humanas y deja más ancho campo a la libertad individual — pero sobre esto el porvenir dirá si tenemos razón.

Nosotros no queremos imponer nada por la fuerza y no queremos soportar ninguna imposición forzada.

Nosotros queremos usar la fuerza contra el gobierno porque él por la fuerza nos tiene sujetos.

Queremos expropiar por la fuerza porque los propietarios con la fuerza detentan las riquezas naturales y el capital, fruto del trabajo, y se sirven de ella para obligar a los demás a trabajar en beneficio propio.

Con la fuerza combatiremos a cualquiera que por la fuerza quisiera retener o reconquistar los medios para imponer la propia voluntad y explotar el trabajo ajeno.

Con la fuerza resistiremos cualquier "dictadura" o "constituyente" que quisiera sobreponerse a las masas en revolución. Y combatiremos la república, como combatimos la monarquía, si república significa un gobierno que haga leyes y posea medios militares y penales para obligar a las gentes a la obediencia.

Salvo los casos señalados, en los cuales el empleo de la fuerza justifica como defensa contra la fuerza, nosotros estamos siempre contra la violencia y por la libre voluntad.

Para nosotros la idea fundamental del anarquismo es precisamente la eliminación de la violencia en las relaciones sociales.

¿Conciben los mazzinianos una "república" sin leyes obligatorias, sin fuerza armada, sin sanciones penales? ¿Una "república" en la cual cada uno haga lo que quiera, con la única condición de que no viole la libertad de los demás?

Si es así ¿por qué no le llaman ANARQUÍA?

Nosotros y los socialistas

Todos nuestros lectores, todos los que nos conocen, saben con cuanta pasión nosotros queremos y predicamos la concordia entre los trabajadores subversivos: el *frente único* del proletariado contra la burguesía y contra el gobierno.

Sin embargo a cada momento siempre que se presenta la ocasión de hacer algo, nos encontramos en conflicto con los exponentes del partido socialista.

Es bueno explicarse una vez más.

Nosotros somos revolucionarios porque creemos que sólo la revolución, la revolución violenta, puede resolver la cuestión social. Nosotros creemos que en este período la revolución es más fácil que nunca y que retardarla significa fatigar a los trabajadores, quienes se encuentran en un estado de tensión de ánimos que no puede durar siempre y es dar tiempo al gobierno para organizar mejor las fuerzas represivas y a la burguesía para encontrar nuevamente su equilibrio. Nosotros creemos, además, que la revolución es un acto de voluntad — voluntad de individuos, voluntad de masas; que ella necesita para realizarse de ciertas condiciones objetivas pero que no se realiza necesariamente, fatalmente, por obra sola de factores económicos y políticos.

¿Tienen deseos los dirigentes socialistas de hacer la revolución?

Entre ellos hay los que francamente se dicen reformistas. Esos dicen que la revolución no puede hacerse porque el proletariado

no está maduro, porque no se podría asegurar el aprovisionamiento, porque faltan materias primas, porque las fuerzas del gobierno son tantas que sería locura afrontarlas, etc.

Es una opinión que nosotros creemos equivocada, pero que puede sostenerse con buenas razones. Y nosotros, no sólo no guardamos animosidad contra quien la profesa, sino que reconocemos que su crítica es utilísima para inducir a los revolucionarios a intensificar su preparación y a preocuparse más de lo que seguramente lo hacen de los problemas que se presentarán urgentes y pavorosos al día siguiente de la victoria material del proletariado.

Hay otros, que a menudo son los mismos, quienes se dicen *fatalistas* y creen que la revolución madura por sí misma, que la sociedad burguesa decae y se deshace naturalmente y será sustituida por la sociedad comunista por la fuerza misma de las cosas, que la voluntad humana no cuenta para nada y no puede retardar ni acelerar el curso de las cosas. Con cuánta lógica éstos hacen su propaganda o realizan un actividad cualquiera es asunto que no discutiremos ahora; pero si ellos no se muestran distintos de lo que dicen ser, a nosotros no nos queda otra cosa que hacer que discutir académicamente el asunto con ellos, cuando tengamos tiempo y ganas. Pero si después en la práctica olvidan ser fatalistas y trabajan por la revolución, nosotros pasaremos con placer por encima de todas sus preocupaciones filosóficas y doctrinarias.

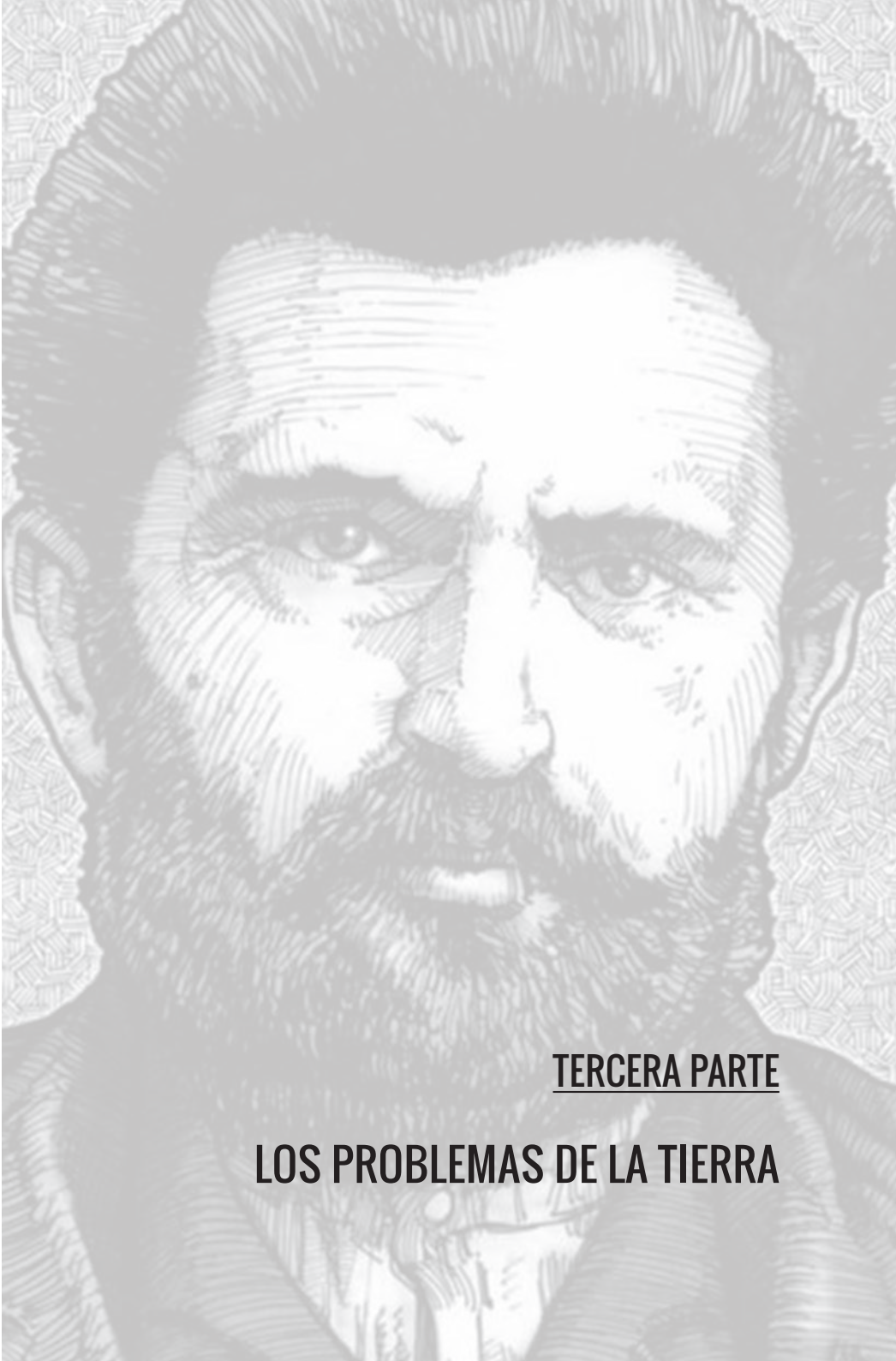
Pero hay dirigentes socialistas que se dicen revolucionarios y hasta insurreccionistas en los mítines, que acarician el ardiente deseo de revolución que hoy agita al proletariado... y después cuando se presenta la ocasión echan agua sobre el fuego que ellos mismos encendieron. Hablan de preparación militar, de grupos de acción, etc; y después, no bien la gente parece tomar en serio sus palabras, se acuerdan de que falta trigo, falta el carbón, falta... la goma.

Es con estos últimos que nosotros estamos en conflicto.

Nosotros estamos prontos siempre para contraer una alianza con todo revolucionario de verdad, revolucionario en el sentido

que cree posible y quiere realizar la revolución en seguida, en la primera ocasión favorable que se presente.

A los otros les pedimos que den honestamente su opinión y que no tomen actitudes de revolucionarios para después retirarse y traicionar cuando la ocasión se presenta propicia.



TERCERA PARTE

LOS PROBLEMAS DE LA TIERRA

La cuestión agraria

El problema de la tierra es quizás el más grave y el más preñado de peligros que ha de resolver la revolución. En justicia (justicia abstracta que se compendia en la frase: *a cada uno lo suyo*) la tierra es de todos y debe estar a disposición de cualquiera que la desee trabajar, cualquiera fuese el método que adopte, sea individualmente, sea en pequeñas o grandes asociaciones, en beneficio propio o por cuenta de la comunidad.

Pero la justicia no basta para asegurar la vida civil y si no está temperada, anulada casi, por el espíritu de fraternidad, por la consciencia de la solidaridad humana, ella levanta cabeza a través de la lucha de cada uno contra todos, hasta llegar a la sumisión y a la explotación de los vencidos, esto es a la injusticia en todas las relaciones sociales.

A cada uno lo suyo. Lo *suyo* de cada uno debería ser la parte alícuota que le corresponde de los bienes naturales y de aquellos acumulados por las generaciones pasadas, más todo lo que es directamente producto de su propio esfuerzo. Pero, ¿cómo dividir justamente los bienes naturales y cómo determinar, en la complejidad de la vida civil y en el encadenamiento de los procesos de producción, aquello que es el producto individual? ¿Y cómo medir el valor de los productos a los fines del intercambio?

Si se parte del principio de cada uno para sí, esperar justicia es una utopía y reclamarla una hipocresía, probablemente

inconsciente, que sirve para ocular el más grande egoísmo, el deseo de falsía y la avidez de cada individuo.

El comunismo, por lo tanto, aparece como la única solución posible: el único sistema fundado sobre la solidaridad natural que liga a los hombres entre ellos y sobre la solidaridad aceptada conscientemente que los hermana, que podrá conciliar los intereses de todos y ser la base de una sociedad en la cual a todos le sea garantizado el bienestar máximo y la máxima libertad posible.

En cuanto a posesión y utilización de la tierra, el problema es más evidente que nunca. Si toda la extensión cultivable fuera igualmente fértil, igualmente buena, estuviera en iguales condiciones para la comodidad de los cambios, se podría concebir su división en partes iguales o equivalentes entre todos los trabajadores, los cuales después se asociarían si así lo creen conveniente y en la forma en que lo crean, con el interés de la producción.

Pero las condiciones de productividad, de salubridad y de comodidad de las diferentes parcelas de tierra son tan variadas que no puede pensarse en un reparto ecuánime.

Un gobierno, nacionalizando la tierra y acordándola a los cultivadores, podría, teóricamente, resolver la cuestión mediante una tasa que rindiera al Estado lo que los economistas llaman renta económica, esto es el tanto que un pedazo de tierra puede, con trabajo igual, producir más que el peor pedazo. Es el sistema preconizado por el americano Henry George. Pero se ve en seguida que tal sistema supone la continuación del orden burgués, sin mencionar la potencia acrecentada del Estado y de los árbitros gubernativos y burocráticos a los cuales habría que recurrir.

Por lo tanto para nosotros que no queremos gobierno y que no creemos posible, ni deseable, económicamente y moralmente, la posesión individual del suelo cultivable, la única solución es el comunismo. Y por esto nosotros somos comunistas.

Pero el comunismo debe ser voluntario, libremente deseado y aceptado, pues si, por el contrario, debiera ser impuesto,

produciría la tiranía más monstruosa para después causar el retorno al individualismo burgués. Ahora, esperando que el comunismo haya demostrado, con el ejemplo de las colectividades que lo practicarán desde el principio, sus ventajas y sea deseado por todos, ¿cuál es nuestro programa agrario práctico para ejecutar inmediatamente después de hacer la revolución?

Quitada la protección legal a la propiedad, los trabajadores, deberán tomar posesión de toda la tierra que no está cultivada directamente, con sus propios brazos, por los actuales propietarios; constituirse en asociaciones y organizar por sí mismos la producción, utilizando todas las aptitudes, todas las capacidades técnicas de las cuales están provistos tanto aquellos que han sido siempre trabajadores como los antiguos burgueses que habiendo sido expropiados y no pudiendo vivir del trabajo de los demás se hayan vuelto, por la necesidad de las cosas, trabajadores también.

Prontamente se efectuarán acuerdos con las asociaciones de trabajadores industriales para el cambio de los productos, sea sobre bases netamente comunistas o sea según los diversos criterios que pueden llegar a prevalecer en las localidades diversas.

Entretanto todos los artículos alimenticios serían secuestrados por el pueblo revolucionado y la distribución a las distintas localidades y a los individuos sería organizada por libre iniciativa de los grupos revolucionarios. La semilla, los abonos, los instrumentos agrícolas, las bestias para el trabajo, deben ser entregados a los cultivadores. Así quedará asegurado el libre acceso a la tierra a todo aquel que quiera trabajarla.

Queda la cuestión de los campesinos propietarios. Si éstos se negaran a asociarse con los otros no existiría razón alguna para molestarlos siempre que trabajasen ellos mismos y no explotaran el trabajo de los demás; tampoco encontrarían trabajadores para explotar porque ninguno querría trabajar para ellos pudiendo hacerlo por su propia cuenta en asociaciones libres. Las desventajas, la casi imposibilidad del trabajo aislado los atraería bien pronto hacia la órbita de la colectividad.

El comunismo, para nosotros, será la consecuencia benéfica, necesaria, del hecho de que cada uno tendrá completo derecho a todos los medios de trabajo y nadie podrá explotar el trabajo ajeno.

Sobre este principio fundamental de la sociedad que nosotros forjamos seremos intransigentes hasta la violencia.

El porvenir de la pequeña propiedad

Los conceptos expresados por Errico Malatesta sobre la grave cuestión de la tierra me parecen inspirados en una excesiva confianza en la consciencia de los individuos y por lo tanto pecan de demasiado optimismo.

Dejando de lado todas las disertaciones teóricas y retóricas y las sutilezas sobre el concepto de propiedad, hallo extremadamente peligroso el sistema de permitir a cualquiera el poder sustraerse a la general socialización, prefiriendo la forma de pequeña propiedad.

Errico Malatesta afirma que cuando se haya impedido la explotación del trabajo ajeno se habrá eliminado todo peligro. A mí no me parece.

¿Y si estos pequeños propietarios se rehusaran, por ejemplo, apenas pasado el tumulto revolucionario, pero con la sociedad comunista no consolidada aún, a proveer las necesidades de la ciudad? ¿O si pretendieran por tal aprovisionamiento condiciones tales que fuera imposible concederlas? ¿O si el campesino propietario encontrara más cómodo producir solamente lo necesario para su propio sustento y el de su familia?

Yo no creo, y quizás parezca excesivamente pesimista, que la consciencia individual esté tan desarrollada como para poder concebir el altruismo comunista, aunque tal

altruismo fuera producido únicamente por el pensamiento de los beneficios individuales reflejos que pueda aportar.

El egoísmo mezquino que no pasa casi nunca de los muy estrechos horizontes del bienestar personal, aun si tal bienestar va en detrimento de la colectividad y por reflejo de todos los individuos, podría ser superado.

Las asociaciones que en cierto modo limitarían la libertad individual, pero que harían sentir los vínculos del deber hacia la comunidad, serían preferidas a la forma individual pero egoísta, quizás más libertaria, pero inactual hoy, a mi modo de ver, dadas las condiciones de tanta primitividad de sentimientos que animan hoy a las masas.

Los socialistas admitiendo el Estado resolverían fácilmente el problema agrario nacionalizando las tierras o poniéndolas bajo el contralor del poder supremo; pero nosotros que no podemos concebir en un régimen de libertad ninguna forma estatal no podemos menos que hallar la solución, no en la pequeña propiedad, sino en el sistema cooperativo. Cada cooperativa de campesinos podrá ser administrada por el Consejo de las tierras, del mismo modo que los Consejos de fábrica dirigirán a éstas.

La dificultad está en el hecho de que mientras en la fábrica todas sus maquinarias son necesarias para la fabricación de un producto y resulta imposible el trabajo individual, en la tierra sucede en cambio que cualquiera que la trabaje puede hacerla producir, aun sin necesidad de la colaboración ajena.

Según mi punto de vista se debería combatir enérgicamente esta idea individualista del reparto de las tierras y no fomentar deseos de constitución de pequeñas propiedades, pero hacer converger todos los esfuerzos y toda nuestra propaganda hacia el sistema de cooperativas, hacia los Consejos agrarios, en los cuales deberían estar representados también los productores de las otras industrias que son necesariamente consumidores de los productos agrícolas,

así como en los Consejos de fábrica deberán estar representados los campesinos ya que a su vez los productores agrícolas son necesariamente consumidores de los demás artículos.

Un comunista anárquico

A mí me parece que el amigo "comunista anárquico" confunde ideas.

Estamos perfectamente de acuerdo sobre la superioridad económica y moral del trabajo asociado sobre el trabajo individual, del comunismo sobre el individualismo.

Tan de acuerdo que yo considero imposible, casi inconcebible, un trabajo productivo realmente individual. El llamado trabajador propietario que cultiva por sí mismo, junto con su familia, un pedazo de tierra consigue tirar adelante solamente porque goza de hecho de la cooperación social y explota directamente o indirectamente el trabajo asalariado. Además de los objetos de consumo personal, él tiene la necesidad de instrumentos de trabajo, de abonos, de medios de transporte, y toda posibilidad de trabajo y de vida arreglada le faltaría si quisiera aislarse de verdad y proveer por sí mismo a todas sus necesidades.

De acuerdo, entonces, sobre la utilidad, sobre la necesidad de propagar las ideas comunistas y criticar la pequeña propiedad.

Pero la cuestión que yo trataba en mi artículo no se refería a lo que es necesario predicar, sino a lo que es necesario hacer el día de la revolución.

Ahora un "comunista anárquico" dice que sería peligroso el sistema de permitir a cualquiera el sustraerse a la socialización prefiriendo la forma de pequeña propiedad.

Sería necesario entonces prohibir. ¿Y quién prohibiría? ¿Y con cuáles medios ejecutaría su prohibición? ¿Violentamente? Entonces ¿qué se volvería el anarquismo?

Nosotros admitimos, invocamos la violencia en tanto sea para defendernos contra la violencia enemiga, pero no podemos desear

el triunfo de una dada organización social mediante la violencia, ni aquella impuesta por una minoría a despecho de la mayoría, ni la deseada por una mayoría, real o ficticia, contra la voluntad de la minoría. Nuestra violencia es, por así decirlo, negativa: sirve para destruir aquellos estados de cosas que por medio de la fuerza organizada en gobierno obligan a los hombres a obedecer a la voluntad ajena y a dejarse explotar por los demás. Y lo que subsistirá a los sistemas actuales, la organización que deberá conciliar la eficiencia económica con la completa libertad social de todos deberá ser el resultado de la libre voluntad de los individuos, iluminada por la propaganda, sublimizada por el entusiasmo, guiada y contenida por las necesidades naturales y sociales de la vida.

La nueva sociedad debe ser una resultante de las cosas, no de las leyes.

El compañero que firma "un comunista anárquico" tiene todavía, a mi parecer, una mentalidad autoritaria. Él ve todos los peligros de la libertad pero no los de la autoridad. Los anarquistas, en cambio, imprecan y combaten la autoridad en todas sus formas coercitivas y aman correr el riesgo de la libertad.

Digo *los riesgos de la libertad*, puesto que no es verdad, como cree "un comunista anárquico", que yo no vea peligros. Existe siempre el peligro de que las masas no posean aquella mínima parte de consciencia, aquel espíritu de fraternidad, de inteligencia práctica, sin el cual no es posible crear la anarquía y hacerla vivir. Más precisamente, porque existe este peligro, nosotros debemos estar siempre alerta contra toda desviación autoritaria.

Por otra parte, yo no creo que en Italia la supuesta negativa de los pequeños propietarios a alimentar la ciudad pueda constituir un peligro serio. Es cosa bien sabida que todos los productos existentes serán secuestrados por las masas alzadas para ser distribuidos a todos en proporción directa de las necesidades y de las cantidades disponibles. La cuestión no se plantea más que respecto a los productos futuros y al modo de obtenerlos. Si de verdad hubiera pequeños propietarios que persistieran en trabajar solos, sin el concurso de los demás, esos a duras penas conseguirían

alimentarse a sí mismos y no tendrían nada que dar o negar a las ciudades.

La alimentación de la ciudad debe estar asegurada por la masa del proletariado agrícola o por aquella parte del proletariado industrial que por las circunstancias se dedicará a la agricultura y en Italia tenemos bastantes terrenos incultos o mal cultivados como para poder ocuparlos íntegramente y dar alimentos a todos. Lo repito: es por la necesidad de las cosas y no por decretos impuestos por medio de los gendarmes como deben ser resueltos los problemas sociales.

Los burgueses se tornarán trabajadores porque no encontrarán quien quiera trabajar para ellos.

Los pequeños propietarios se solidarizarán con los proletarios porque no podrán vivir bien trabajando por sí solos sobre su pequeño pedazo de tierra.

Y si no es así querrá decir que no hemos vencido.

Y seguiremos luchando para vencer.

El Estado y el problema de la tierra

Usted dice: "Los trabajadores deberán tomar posesión de toda la tierra que no está cultivada directamente, con sus propios brazos, por los actuales propietarios; constituirse en asociaciones y organizar por sí mismos la producción".

La diferencia con el régimen actual sería esta en substancia: que no habría más un patrón que paga a quienes trabajan sus terrenos y retiene para sí toda la utilidad que le resta, pagados todos los gastos y esto no hay duda que es un progreso porque es absolutamente injusto que quien no trabaja tome ni siquiera una parte del producto del trabajo ajeno.

También es presumible que el estado económico de los trabajadores de la tierra sería mejor que el actual pero no en mucho, porque todo el excedente del provecho que hoy va a los bolsillos del patrón y que entonces quedaría en beneficio exclusivo de los trabajadores no debería, por prudencia, ser totalmente dividido entre ellos, ya que resultará necesario formar reservas para proveer a los malos años, a las enfermedades, a los infortunios, en resumen a todas las contrariedades de la vida social, además de que es menester resarcirse de las inevitables pérdidas del período revolucionario. Hay también que

observar que las asociaciones que se constituirán entre los trabajadores agrícolas para organizar la producción y la equitativa distribución de los productos del trabajo harán indispensable el establecimiento de normas, ya sea para el trabajo mismo, ya sea para la distribución y el cambio de los productos con los trabajadores industriales, normas que se podrán llamar como se quiera pero que en substancia no serán otra cosa que lo que hoy se llama ley o reglamento. Y el conjunto de la administración, las normas de las relaciones de los trabajadores agrícolas entre sí y las que deben existir entre ellos y los trabajadores industriales constituirán una entidad que podría llamarse también comunismo, pero en substancia sería algo muy parecido a lo que hoy se llama "el Estado".

Y entonces ¿el principio netamente anárquico dónde va a parar?

Sabbreni.

Las observaciones del amigo Sabbreni merecen respuesta.

Ante todo aunque se tratara solamente de la utilidad que hoy queda a los patrones la ventaja que la expropiación de éstos aportaría a los trabajadores sería mayor de lo que Sabbreni supone. Puesto que las reservas para prevenirse contra los años malos, las enfermedades, etc., se hacen también hoy, naturalmente a expensas de los trabajadores, y si en la nueva sociedad son ciertamente mayores es evidente que esto sucedería a exclusiva ventaja de los trabajadores. Estos ganarían siempre todo lo que hoy los parásitos consumen y absorben.

Pero este es el aspecto más pequeño de la cuestión.

El mayor mal del capitalismo — lo decimos continuamente — no está en el hecho, si bien dañoso moral y materialmente, de que algunos hombres vivan sin producir, sino en el hecho de gran importancia de que aquellos que no trabajan dirigen la producción y, naturalmente, lo hacen en provecho propio sin tener en

cuenta las necesidades del público sino cuando les sirven de guía a sus especulaciones.

De esto deriva que el capitalista limita la producción y más bien destruye el producto cuando piensa que la abundancia produciría la baja en los precios y una disminución en la ganancia. De ahí las tierras incultas o mal cultivadas, la desocupación a menudo creciente cuando es más urgente la necesidad de producir, la limitación en el uso de las máquinas, etc. De ahí el despilfarro enorme de fuerzas humanas en trabajos inútiles o dañosos y el despilfarro más grande aun causado por la competencia que industriales y comerciantes hacen entre sí: "réclame", transporte de mercaderías de un lado a otro sin utilidad ni necesidad, falsificación y mala fabricación de mercaderías, cantidad enorme de intermediarios, viajantes, revendedores, etc. Y a todo esto agréguese lo que cuesta la defensa del capitalismo contra las revueltas, actuales o posibles, de los trabajadores y de los oprimidos; polizontes, soldados, jueces, carceleros y encarcelados, etcétera, etcétera.

Destruid todo este caos estúpido y malvado, organizad la producción desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades, utilizar para los trabajos útiles todas las fuerzas humanas y todas las fuerzas naturales que el hombre ha conquistado, sustituid la competencia por la cooperación y las ventajas económicas que gozarán los trabajadores serán inmensas, sin hablar de los beneficios morales que, una vez satisfechas las más urgentes necesidades materiales, tienen una importancia aun mayor.

Pero — objeta Sabbreni, pasando a otra cuestión — si se debe organizar la producción, el cambio y la distribución, se necesitará normas, acuerdos, convenciones, reglas y esto se asemeja desgraciadamente a lo que hoy se llama *leyes y reglamentos*, se necesitará una administración y esto será muy parecido a lo que hoy se llama *Estado*.

¿Dónde va a parar la anarquía?

Sabbreni no ha asimilado todavía, a lo que parece, el concepto central de la anarquía: el libre acuerdo sustituyendo a la violencia, la voluntariedad sustituyendo a la obligatoriedad.

¿Y si la gente no quiere ponerse de acuerdo?

Si el acuerdo es útil y necesario, si sin el acuerdo la vida social y por lo tanto la vida individual se vuelve imposible o penosa, el buen sentido, el interés a falta de motivos superiores, induciría a la gente a ponerse de acuerdo. Y si no, la lucha sería como hoy; y los vencedores se harían propietarios y gobernantes.

En tal caso, naturalmente, no habría anarquía y a nosotros nos quedaría el deber de continuar luchando contra los propietarios y contra el gobierno.

Se podrá criticar nuestro régimen ideal en la hipótesis de que hubiéramos vencido; pero no suponiendo que los hombres quieran todavía someterse a la violencia brutal de un gobierno antes de aceptar de buen grado los temperamentos necesarios a la convivencia social.

La anarquía existirá para todos cuando todos sean anarquistas.

En cuanto a aquellos que son anarquistas hoy o que lo serán el día de la revolución, esos, nosotros creemos, estarán dispuestos a todas las condescendencias, a todas las transacciones, a todas las renuncias necesarias, pero siempre por propia voluntad libre. Ellos no aceptarán jamás, solamente obligados por la fuerza brutal, la imposición de un hombre o de una corporación de hombres que haga leyes y tenga medios para obligar a los demás a respetarlas.

Necesidad del comunismo

A propósito de lo que dije relativo a la conveniencia de dejar su pedazo de tierra a aquellos propietarios trabajadores que quisieran continuar trabajando individualmente, a condición de que no exploten el trabajo de otros, un tal, de cual no he podido descifrar el nombre y que debe ser un *dilettante* en economía política, me escribe diciéndome que yo ignoro la diferencia entre *renta* y *provecho* y que aquel que retuviese para sí todo el producto de la tierra se apropiaría de la renta de la tierra además de la compensación del propio trabajo.

La observación es justa, aunque falta de claridad.

Los economistas, gente que gusta hablar "en difícil" y confundir las cosas más claras a fuerza de términos técnicos empleados a menudo en sentido diverso por los varios autores, acostumbran llamar *renta económica* al valor que un pedazo de tierra produce de más, dado el mismo trabajo, sobre lo que produce el pedazo menos favorecido por fertilidad natural o por posición.

Como el precio del mercado tiende a ser único para la misma mercancía y este precio debe ser siempre tal como para inducir a trabajar las tierras más malas puestas en cultivo es claro que aquel que trabaja tierras mejores y obtiene mayor producto aprovecha el precio determinado por las tierras menos fértiles. Y si se considera compensación suficiente del trabajo lo que recibe el agricultor peor situado, lo que en exceso de esto gana el agricultor

más afortunado puede denominarse producto de la fertilidad de la tierra.

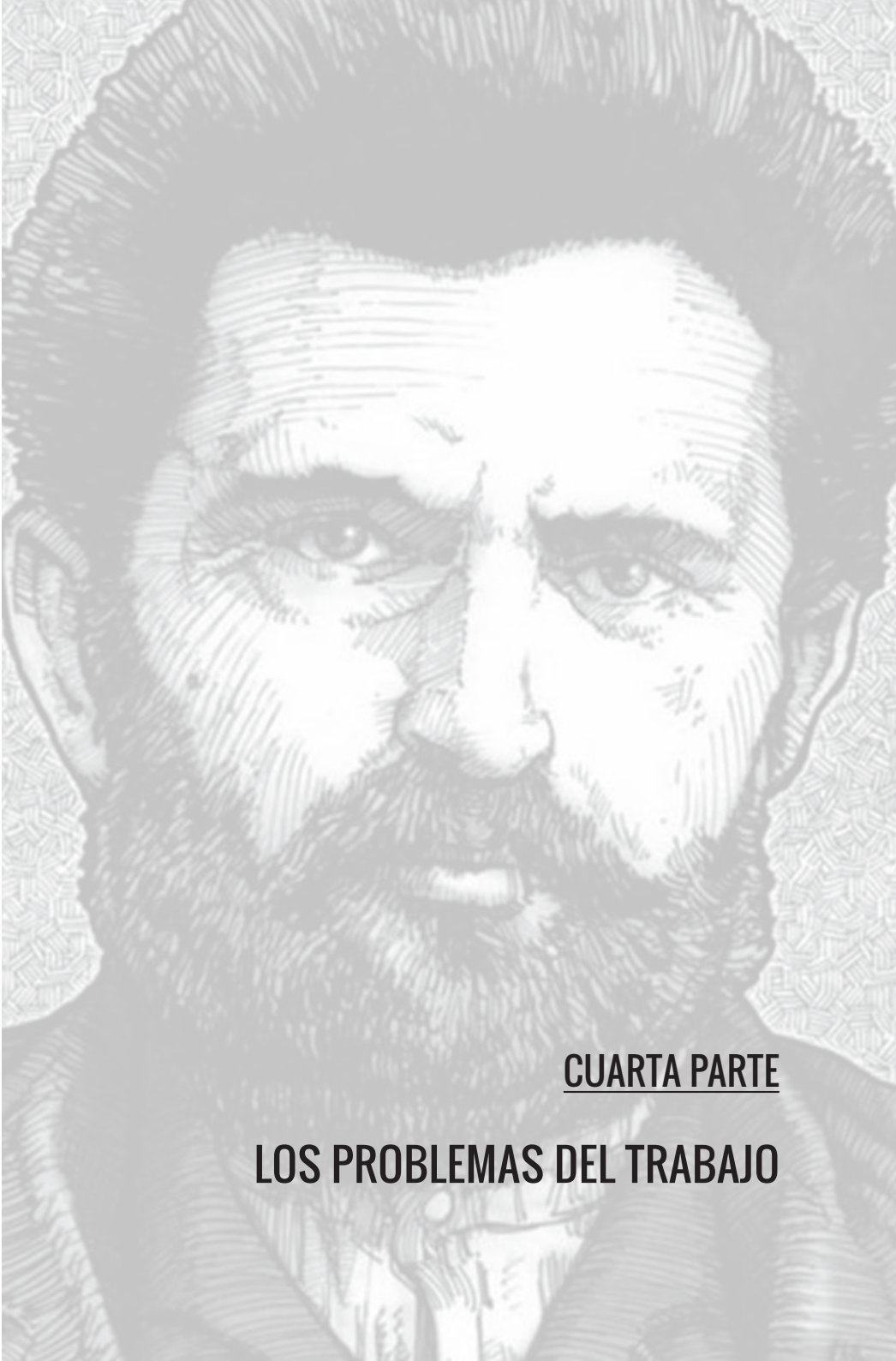
En términos corrientes decimos: si todas las tierras fuesen igualmente fértiles, igualmente buenas y bellas, igualmente bien situadas en relación a los centros de consumo, sería compatible con la justicia y con la paz, si no con la utilidad social, un sistema en el cual cada uno trabajara su pedazo de tierra y gozara de todo el producto que de la tierra sacase.

Pero como las condiciones reales son otras y hay tierras que es una delicia vivir en ellas y dan productos abundantes con poco trabajo, mientras que hay otras malsanas y estériles que llegan apenas a quitar el hambre a quien se mata de trabajo para cultivarlas, no hay otra solución definitiva que el comunismo, en el cual todos trabajan para todos y en el cual la colectividad se ocuparía de bonificar toda la superficie del país y hacerla toda, en cuanto fuera posible, fértil, buena y bella.

Pero el comunismo no se puede imponer a los recalcitrantes so pena de transformarlo en tiranía odiosa que después provocaría la reacción y el retorno al pasado.

En consecuencia déjese también gozar a alguno la ventaja de cultivar tierras más fértiles, si para impedírselo se necesitaría recurrir a la violencia estatal. Su privilegio sería mínimo frente a las ventajas ofrecidas por el trabajo en común y pronto él sería atraído a la colectividad por el interés material de un mayor producto y de una mayor comodidad y por el interés moral de la estima y de la amistad de los coterráneos.

La *renta económica* proveniente de la mayor productividad de su pedazo de tierra — para decirlo en un lenguaje que agradará a mi economista — sería superada y anulada por la *renta económica* producida por la cooperación.



CUARTA PARTE

LOS PROBLEMAS DEL TRABAJO

Frente único proletario

Es doloroso que todavía hoy, en esta víspera de armas, cuando el viejo mundo vacila y no hace falta más que un empuje resuelto para abatirlo definitivamente, haya aún trabajadores que combatan y que casi odien a otros trabajadores por el solo hecho de pertenecer a organizaciones y partidos y distintos y rivales.

Hoy no existe otra esperanza de salvación para la burguesía y el gobierno que la división de los trabajadores. Traiciona la causa de la emancipación humana quienquiera que por cualquier razón avive el fuego de la discordia y no busque de unir en un solo haz a todas las fuerzas de la revolución.

Nosotros somos anarquistas y combatimos exclusivamente por el triunfo de nuestro ideal. Pero el primer paso que debe conducirnos a nuestro radiante ideal es el derribamiento de las actuales instituciones y por lo tanto son nuestros cooperadores todos aquellos que contra esas instituciones combaten.

Si otros, por espíritu de rivalidad y deseo de predominio, tratan de pintarnos como sectarios, nosotros igualmente extendemos la mano a todos los hombres sinceros y solo combatimos aquellos métodos que nos parecen contrarios a la revolución y aquellos hombres que evidentemente traicionan la causa que dicen servir.

Hay en Italia dos instituciones máximas proletarias que tienden ostensiblemente a la destrucción del sistema capitalista: la Confederación General del Trabajo y la Unión Sindical Italiana.

Nuestras mayores simpatías están, ciertamente, con la Unión Sindical, puesto que entre sus dirigentes hay gran número de compañeros nuestros y sus métodos de acción directa responden mejor a nuestra táctica.

Pero en la Confederación del Trabajo hay también muchos compañeros nuestros y las masas afiliadas a la Confederación — y esto es lo que más importa — son trabajadores auténticos animados en realidad por el mismo espíritu que anima a las masas afiliadas a la Unión Sindical. Se necesita, sobre todo, que estas masas de una y otra organización se hermanen y luchen juntas.

Si los reglamentos de la Confederación son tales que impiden la sincera expresión de la voluntad de los asociados, se combate esos reglamentos y se busca de cambiarlos; si muchos de entre los dirigentes de la Confederación son, como a nosotros nos parece, colaboracionistas que se esfuerzan por extinguir todo deseo de revuelta y por sofocar todo movimiento, se combate contra estos dirigentes y se hacen todos los esfuerzos necesarios para que las masas no se dejen conducir como ovejas por los malos pastores.

Pero es menester que las masas permanezcan unidas y sería error fatal querer disgregar una organización para reforzar otra. Es necesario impeler a las organizaciones penetrando en ellas y llevando hasta ellas nuestro espíritu.

Que lo recuerden los trabajadores: cuando los patronos los explotan no hacen cuestión de partidos y son todos iguales para hacerles pasar hambre; cuando los carabineros les abren el pecho con el plomo regio no les preguntan antes a cuál partido pertenecen.

Que sirva esto por lo menos de lección.

Los anarquistas y el movimiento obrero

Los lectores habrán visto en la sección "Notas Romanas" de nuestro número del 15 de Junio una deliberación sobre las relaciones entre los anarquistas y el movimiento obrero que levantará críticas y que, en todo caso, tendrá necesidad de ser aclarada. Por ejemplo: ¿qué significan esos "grupos internos adheridos a la Unión Sindical Italiana" que los anarquistas debían ayudar a formar? Nosotros, lo hemos dicho tantas veces, tenemos las más vivas simpatías por la Unión Sindical Italiana y sabemos perfectamente que en ciertas regiones de Italia es a la actividad desplegada por nuestros compañeros en su seno que se debe la rápida propagación de nuestras ideas y de nuestros métodos. Y la misma simpatía extendemos a todas las organizaciones obreras, como por ejemplo, al Sindicato de Ferroviarios, a la Federación de Trabajadores del Mar, etc., cuando hacen obra de resistencia contra los patronos y el gobierno o cuando afirman prácticamente la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países.

Pero precisamente por esta nuestra simpatía y por los esfuerzos que nosotros hacemos y exigimos a los compañeros que hagan por el movimiento obrero es necesario guardarse bien del peligro de confundir el movimiento anarquista con esta o aquella organización obrera y el anarquismo con el sindicalismo, sea lo que fuere que este último pueda significar como programa en sí.

Veamos el fondo de la cuestión.

Cualquier movimiento para resistir y luchar contra los patronos tiende a despertar en los trabajadores la consciencia de la injusticia de que son víctimas, los acicatea a desear y a pretender condiciones de vida siempre mejores, les hace experimentar la fuerza que se obtiene con la unión y la solidaridad, pone en evidencia y agudiza el antagonismo de intereses que existe entre quien trabaja y quien hace trabajar y es por lo tanto ensayo y preparación de la total transformación social a la cual nosotros aspiramos.

Pero con todo, el movimiento obrero no es por sí mismo revolucionario, no por sí mismo podría conducir a la revolución. Al contrario, si falta en él la obra activa de hombres y partidos que se inspiran en ideales superiores a los ideales actuales e inmediatos y que piensan servirse del movimiento obrero como un medio para propagar sus ideas y para arrastrar a las masas hacia la lucha radical y definitiva contra las instituciones vigentes, la organización obrera se vuelve fácilmente un elemento de conservación social, de conciliación y de colaboración entre clases y tiende a crear una aristocracia y una burocracia obrera que se constituye en el grupo inicial de una nueva clase privilegiada, dejando a la gran masa en un estado definitivo de inferioridad.

Abundantes pruebas de esta degeneración del movimiento obrero existen en América y también en Italia con la Confederación General del Trabajo. Y ha sucedido siempre que las organizaciones obreras, surgidas por obra de hombres animados de una ferviente aspiración al bienestar común y plenos de espíritu de sacrificio y por lo tanto netamente revolucionarios, a medida que se han vuelto fuertes, han degenerado porque se ha desarrollado en ellos el espíritu de cuerpo, los intereses específicos de la organización han sido antepuestos a los intereses generales, las pequeñas ventajas inmediatas obtenidas han sido preferidas a las grandes conquistas futuras que, entretanto, exigen luchas y sacrificios.

Esto se explica fácilmente. Una organización obrera no puede estar compuesta solamente por obreros intelectualmente y moralmente emancipados que tienen un programa ideal y luchan por

su triunfo. En tal caso ella sería simplemente un duplicado de varias agrupaciones políticas y resultaría inútil, ya sea como medio de lucha actual contra los patronos, ya sea como medio de propaganda.

Cada organización obrera hace llamados a la masa y busca de enrolar en su seno cuanta más gente le sea posible. Para esto es necesario mantenerse en un terreno de generalidades y hacer llamado sobre todo a los intereses inmediatos de los trabajadores: pedir las mejoras posibles hoy, no sobrepasar de mucho el nivel de las aspiraciones presentes entre las varias corporaciones en las diversas localidades, tratar con los patronos y la autoridad, hacer en resumidas cuentas, obra de reformistas.

Y el reformismo es un pozo en cuyo fondo existen toda clase de intrigas y de traiciones.

Afortunadamente hay hombres conscientes del peligro y siempre en guardia, hay masas de espíritu rebelde y generoso que desdeñan las pequeñas mejoras y están prontas para la lucha final, pero el peligro existe y para evitarlo es necesario que en medio y por encima de las organizaciones obreras haya el movimiento político, la agrupación idealista para la cual la revolución social (anárquica por lo que a nosotros concierne) sea el fin y todo lo restante nada más que un medio. Y entonces, para nosotros, las desconfianzas y las rivalidades entre las distintas organizaciones parécenos cosa de importancia secundaria. Favorezcamos las organizaciones que más se acercan a nosotros, combatamos las que traicionan, según nosotros, la causa de la revolución, pero también sostengamos la necesidad de que los compañeros traten de infiltrarse por todas partes llevando nuestra propaganda y el espíritu nuestro.

Las masas son, más o menos, las mismas en cualquier organización que se encuentren y aquellas que están fuera de toda organización no son siempre las menos avanzadas.

Deber nuestro es trabajar en las masas, en todas las masas. Y sobre todo deber nuestro es ser siempre nosotros mismos: anarquistas y revolucionarios.

Lucha económica y solidaridad

Recibimos de Génova una carta que demuestra una vez más cómo la lucha económica si no está inspirada por un alto ideal de solidaridad humana y queda confinada a los límites de los intereses actuales e inmediatos de los trabajadores, no sólo no puede conducir a la emancipación definitiva, sino que tiende por el contrario, a crear antagonismos y luchas entre trabajadores y trabajadores a entero beneficio de la conservación del orden burgués.

Son los empleados telegráficos genoveses, quienes reclaman la exclusión de las mujeres de las oficinas de expedición. Ellos protestan contra el hecho de que "se tenga en las oficinas a tantas señoritas que trabajan solamente para comprarse perfumes, polvos, medias de seda, mientras que a tantos millares de desmovilizados, después de haber combatido por el bien y la grandeza de las carteras de sus señores, se les arrebata el puesto que les sería necesario para matar el hambre de sus hijos". Y en su artículo dicen:

"Sí. ¡fuera las mujeres!

"¿La razón? Ante todo, las mujeres en la administración no son todas obreras. Hay muchas mujeres en otras categorías de empleos (mucho más altos) que de la palabra proletariado tienen un sacro horror y que en las agitaciones fueron siempre las que traicionaron la causa o las que comprometieron seriamente el éxito final: los telefonistas y los bancarios tienen la palabra a este

respecto. Considérese que las mujeres en las oficinas no representan ninguna unidad activa, sino ciertamente un elemento de continua discordia, con consideraciones distintas para uno y otro sexo. Hágase un plebiscito entre todos los que están condenados a trabajar con elemento femenino y el *Avanti!* se convencerá, como también todos los socialistas, que hay una aversión justificadísima hacia esa mano de obra que no sirve más que de competencia al hombre y de elemento facilísimo a la defección y por esto tenido para contrabalancear los movimientos que se pueden verificar en la clase proletaria.

"Una empleada no podrá ser nunca una buena madre de familia: o una cosa o la otra; no se puede estar en dos puestos.

"Téngase en cuenta que la mujer por sus especiales condiciones físicas no puede ser empleada en servicios pesados, nocturnos o de gran responsabilidad (telégrafo, ferrocarriles, etc.). De aquí el mal humor de la otra parte obligada a servir de tapadera a cubrir las deficiencias de este personal.

"Pues, al hogar las mujeres a educar mejor a sus hijos y póngase en su puesto a toda esa juventud desocupada que diariamente es rechazada. ¿Por qué se prefiere la hermana al hermano? ¿Es propiamente caballerosidad?!! ¿Es ideal socialista? ¡No! Nosotros no lo creemos porque la mujer pulula precisamente en los grandes institutos burgueses y en las oficinas del Estado, donde es tenida como material para contraponer a nuestras sagradas reivindicaciones y no sólo por ello sino sobre todo porque tiene la sonrisa más simpática y la condescendencia más fácil que el sexo masculino.

"No hablemos del rendimiento que pueden dar: ellas están enfermas las más veces por los naturales trastornos a que se ven sujetas las mujeres y especialmente cuando están en cinta ya no aparecen por seis meses".

Dejando aparte las consideraciones de orden fisiológico y social sobre la productividad y la misión social de la mujer que nos llevarían a una discusión que no cabe en este artículo, ¿quién podría negar razón a gente que tiene hambre, que ve languidecer

a sus hijitos y cuya sola esperanza de ocuparse es la de hacer echar a otro del puesto que ocupa si con envidia y rabia compara su posición desgraciada con la de trabajadores (o trabajadoras) más afortunados y procura, aunque sea también con argumentos que sirven a los patrones, hacerlos echar con el fin de sustituirlos?

Pero entonces no dejan tampoco de tener razón aquellos desventurados que por una u otra causa no consiguen jamás quitarse el hambre sino cuando hay huelga y pueden por poco tiempo hacer de crumiros.

No dejan de tener razón los obreros de un país cuando se oponen a la entrada y a la ocupación de los extranjeros.

No dejan de tener razón los obreros hábiles cuando procuran reducir a monopolio su oficio y no quieren aprendices, no quieren mujeres, no quieren compañeros que no sean de su corporación, etc.

No deja de tener la ama de llaves cuando maldice a los ferroviarios, si por culpa de una huelga de éstos debe pagar las patatas más caro que de costumbre.

No dejan de tener razón todos los que miran a las necesidades urgentes, a los daños y a las ventajas inmediatas y que por esto traicionan la causa general, la causa del porvenir.

Y no dejan de tener razón tampoco aquellos que, tímidos, perezosos o satisfechos, se la toman con los revolucionarios que trastornan su tranquilidad.

Y nosotros no negamos razón a ninguno de éstos.

Nosotros comprendemos a los empleados telegráficos cuando envidian las medias de seda de las señoritas, pero comprendemos también a la señorita que no quiere quedar más en casa para hacer de sirvienta al señor macho, que tal vez vuelve borracho a casa y la apalea.

Comprendemos al huelguista que golpea con santa razón al crumiro (¡pero cuanto mejor haría golpeando al patrón!), pero comprenderíamos igualmente al desagraciado que pudiese decir a los huelguistas: vosotros no os ocupabais de mí cuando me moría de hambre, vosotros no pensabais en dividir el trabajo conmigo cuando estaba desocupado; hoy yo no me cuido de ayudaros a

vencer una huelga cuyo resultado será para mí un agravamiento de mi miseria.

La verdad es que en una sociedad como esta que sufrimos, fundada sobre el egoísmo individual, sobre la lucha de cada uno contra todos y de todos contra cada uno, no es cierto, en tanto nos quedemos dentro de los límites de la moral y del orden burgués, que los intereses de los trabajadores sean solidarios, no es cierto que la lucha por la vida sea naturalmente una lucha de clases.

Los intereses de los trabajadores se vuelven solidarios cuando ellos aprenden a amarse entre sí y *quieren* estar todos bien: la lucha de cada uno para sí se vuelve lucha de clase cuando una moral superior, un ideal de justicia y una mayor comprensión de las ventajas que la solidaridad puede procurar a cada individuo viene a fraternizar a todos aquellos que se encuentran en una posición análoga.

Naturalmente, en régimen individualista, en régimen de competencia, el bien de uno está hecho del mal de los demás. Si una categoría de trabajadores mejora de condición los precios de sus productos aumentan y todos aquellos que no pertenecen a su categoría se ven perjudicados. Si los obreros ocupados consiguen impedir que sean licenciados por los patrones y se convierten así en algo parecido a propietarios de sus puestos los desocupados ven disminuidas las probabilidades de empleo. Si por nuevas invenciones, o por el cambio de las modas, o por otras razones, un oficio decae y desaparece unos serán perjudicados y otros favorecidos; si un artículo viene del exterior y se vende a un precio inferior al que cuesta producirlo en el país los consumidores ganan, pero los que fabrican este artículo se ven en la ruina. Y en general todo nuevo descubrimiento, todo progreso en los métodos de producción, aunque en el porvenir pueda llegar a ser aprovechado por todos, comienza siempre por producir un desarreglo de intereses que se traduce siempre en sufrimientos humanos.

Ciertamente tienen razón los telegrafistas de Génova. En el trabajo y en las recompensas se debiera tener en cuenta las necesidades y ocupar con preferencia a quienes más necesitan de

una ocupación; pagar más a quienes tienen más personas, hijos, ancianos padres o parientes inhabilitados que mantener; dar los trabajos más livianos a los más débiles, los más fáciles a los menos dotados, proporcionando la compensación no a la productividad sino a las necesidades de los trabajadores.

Pero esta es moral que no podrá encontrar su aplicación más que en una sociedad comunista — comunista más en el espíritu que en las formas concretas de organización.

Y es por esto que nosotros, persuadidos de que los antagonismos entre hombre y hombre no podrán superarse sino transformando completamente el sistema social y aboliendo la posibilidad de explotación del trabajo ajeno, nos interesamos mediocremente en las luchas gremiales, en las luchas económicas cuando ellas no se elevan a cuestiones de reivindicaciones de orden moral y de intereses generales.

Tiene razón cada uno en defender su pan cotidiano y en procurar hacerlo lo menos escaso posible; tiene razón cada uno en querer comer y estar lo mejor posible desde ahora, sin esperar la revolución; pero nosotros que no representamos intereses particulares de individuos o de gremios nos ocupamos con preferencia de las agitaciones, de los movimientos que tienden a extender el sentimiento de solidaridad y a preparar la revolución.

Francamente: los empleados telegráficos que hacen antifeminismo porque el antifeminismo conviene a sus intereses no nos resultan simpáticos.

Admiramos, en cambio, a aquellos trabajadores que saben unir a la lucha por sus intereses actuales e inmediatos la lucha por intereses generales y la lucha por razones ideales.

Así los ferroviarios y los trabajadores del mar que, con riesgo propio se rehúsan a transportar hombres y elementos que sirven a fines liberticidas; así aquellos trabajadores de los campos o de las fábricas que por medio de propias oficinas de colocación y de la limitación de la jornada de trabajo intentan hacer participar a todos en el trabajo disponible; así aquellos trabajadores que, como hoy los mineros ingleses, mientras exigen e imponen a los

patrones aumentos que sean tomados de la ganancia patronal y no sean descargados sobre las espaldas de los consumidores; así todos aquellos obreros que se rehúsan o se rehusaran a hacer trabajos nocivos, a fabricar casas que se desmoronan para desgracia de los pobres y sólidas prisiones y cuarteles en provecho del gobierno, a adulterar sustancias alimenticias, a imprimir mentiras contra sí mismos y sus amigos, etc., etc.

Todo esto sirve para elevar la consciencia de los trabajadores y para preparar la revolución moral y material que debe iniciar el mundo nuevo.

Las luchas, en cambio, inspiradas en mezquinos intereses y combatidas con medios mezquinos son dañosas a la preparación revolucionaria y ni siquiera sirven después, en la práctica, para resolver las cuestiones inmediatas.

Los empleados telegráficos no lograrán hacer expulsar a las mujeres, como los carreros no lograrían eliminar los camiones o los ferrocarriles. Podrían lograr, en cambio, hacer emplear a los desocupados si recurrieran, solidarizándose con todos los trabajadores rebeldes, a medios enérgicos, capaces de preocupar seriamente al gobierno.

Libertad de prensa y producción consciente

Nosotros hemos dicho muchas veces que los obreros gráficos debieran rehusarse a componer y a imprimir cosas contrarias a la clase obrera, y en general todo aquello que ellos no encuentran justo y verdadero, e insistimos aún sobre esto que debiera ser considerado como una deuda de honor por cada gráfico consciente, para cada gráfico que se siente hombre, con sus ideas y sus pasiones, y no una simple máquina para borronear papel.

Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos: del mismo modo que los demás obreros debieran rehusarse a fabricar armas, a falsificar substancias alimenticias, a construir casas que se desmoronen a la primera lluvia, del mismo modo, en fin, que cada obrero debiera rehusarse a hacer de cómplice del amo para engañar y defraudar al público, así cada gráfico debiera considerar que deshonra el contribuir a la difusión de la mentira defendiendo a los opresores y a los explotadores del trabajo ajeno.

Pero he ahí que los peores negreros reaccionarios surgen indignados en nombre de la libertad.

"¡Bonita libertad de imprenta! — gritan ellos. — Vosotros os llamáis anarquistas, pero quisierais la libertad solamente para vosotros; para los demás la mordaza, etcétera, etcétera, etcétera".

No, esos "liberales", que si pudieran nos harían podrir en la cárcel por el simple delito de pensar, cuando no hubiera hechos más concretos que atribuirnos, con nosotros se equivocan.

Nosotros les dejaremos plena y completa libertad de prensa, puesto que aborrecemos toda clase de tiranía, aun si ella fuera ejercida en nombre del proletariado, del socialismo o del anarquismo.

Nosotros creemos nefasta y absurda toda clase de censura, porque creemos que nadie puede estar seguro de poseer la verdad y que no hay verdadera libertad sin la libertad del error.

Sin embargo, verdad o error, — compréndanlo los periodistas reaccionarios — deben ser propagados por quienes los profesen.

Ellos son escritores y ciertamente escriben (¡quién sabe qué disparates estoy por decir!) según su consciencia.

¿Admitirían ellos que un director o un editor les hiciera escribir cosas contrarias a sus convicciones?

Y si ellos se consideran deshonrados cuando escriben, por dinero, cosas que sus consciencias creen malas, ¿por qué no aceptar lo mismo para los gráficos?

En una sociedad como la que nosotros queremos todos encontrarían los instrumentos de trabajo y los medios para aprender a usarlos, pero nadie podría imponer a los demás trabajar para sí y producir cosas que ellos consideren inútiles o dañinas.

Cuando los obreros gráficos se rehusaran a servir a la reacción, los reaccionarios podrán aún imprimir; pero tendrán que aprender a hacerlo ellos mismos, con sus propias manos.

¿Nos hemos explicado?

Revolución y producción

Recientemente nosotros decíamos a los trabajadores que si quieren hacer triunfar la revolución definitivamente "deben prepararse para grandes sacrificios, para un trabajo intenso y proficiente, para una vida ejemplar, para duras privaciones hasta el día en que el capitalismo sea definitivamente abatido en el interior y en el exterior y la solidaridad humana establecida en todos los países...

"En espera de aquel día, a fin de asegurar el éxito de la revolución todas las máquinas existentes y toda la tierra disponible deben dar el máximo rendimiento, deben ser explotadas al más alto grado para reestablecer las reservas que poco a poco se agoten y para obtener de la tierra cosechas abundantes y siempre más abundantes!"

La Giustizia de Reggio Emilia responde:

"Si en Rusia se ha debido recurrir a la militarización de los obreros y a la dictadura en las fábricas y no obstante esto la producción ha disminuido hasta el punto descripto en el informe de Rykof, ¿cómo puede "Umanitá Nova" imaginarse que, justamente en el desorden inevitable y en el tumulto de las pasiones desencadenadas por la guerra civil, las multitudes se volverán improvisadamente capaces de cumplir con espontaneidad todos los deberes y los sacrificios que ella señala?

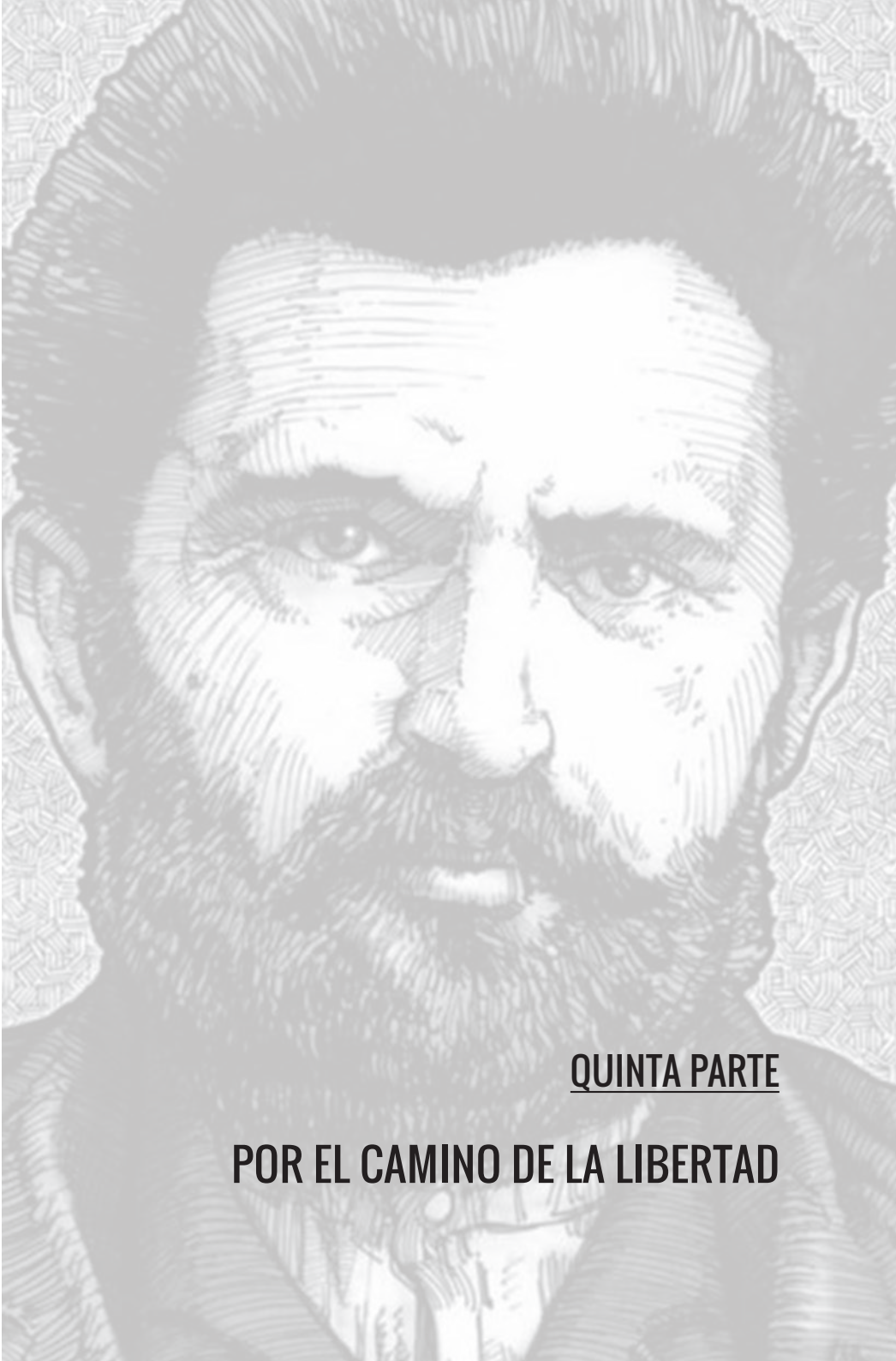
"¿Cuándo se ha visto jamás en la historia algo semejante? ¿Cuándo jamás las guerras y las revoluciones no causaron una más o menos grave y larga parálisis de la producción?".

En Rusia, según nosotros, la militarización de los obreros y la dictadura en las fábricas no constituyen un remedio, sino, por el contrario, una de las causas de la menor producción.

¡Lo que se hace por la fuerza se hace siempre de mala gana y mal!

Y si en la historia no se ha visto jamás aumentar la productividad después de una revolución es, ciertamente, porque ninguna revolución ha dado jamás los instrumentos de trabajo a los propios trabajadores. O más bien, el aumento se ha producido solamente en raras ocasiones en que gente habituada a trabajar para otros se vio de improviso en condiciones de trabajar para sí mismas. Así en Francia, después de la revolución, un gran número de campesinos llegaron a ser patrones de un pedazo de tierra y comenzaron a trabajarlo por su cuenta.

Naturalmente un cambio político que deja en substancia las cosas tal como estaban antes no puede producir en las masas esa revolución moral, esa onda vibrante de entusiasmo que es necesaria para instaurar una nueva sociedad fundada sobre el amor y la solidaridad.



QUINTA PARTE

POR EL CAMINO DE LA LIBERTAD

Los dos caminos
¿Reformas o revolución? ¿Libertad o dictadura?

I

Las condiciones actuales de la sociedad no pueden durar eternamente y ahora ya puede decirse que no han de durar mucho.

En esto convienen todos — al menos todos los que piensan.

Conservadores en el verdadero sentido de la palabra ya no existen más.

Hay, ciertamente, quienes procuran aprovechar del momento, alargar lo más posible el goce de sus privilegios y que no se preocupan de que después de ellos venga el diluvio. Y hay también ceñudos reaccionarios que quisieran empujar el mundo hacia atrás, sofocar en sangre todo conato de liberación y someter las masas al régimen del sable. Pero todo es inútil. La reacción puede servir para teñir aún más de rojo sanguíneo el alba que surge, pero no logrará impedir la catástrofe inminente.

Las masas no quieren someterse ya.

Mientras se creyó que los sufrimientos eran un castigo o una prueba impuesta por Dios y que en el otro mundo serían pagados con usura de todos los males soportados aquí abajo, era posible la constitución y la duración de un régimen de iniquidad en el que unos pocos impusieran su voluntad a los demás y los explotaran y oprimieran a su placer.

Pero esta fe, que no ha sido nunca empero muy eficaz, porque no ha impedido jamás que la gente cuidase de sus intereses terrenales (y por esto la religión no ha logrado impedir las rebeliones ni sofocar completamente el progreso), esta fe, decía, ha disminuido mucho y está en camino de extinguirse. Los sacerdotes mismos, para salvar la religión y salvarse a sí mismos con ella, están obligados a darse el aire de querer resolver la cuestión social y suavizar los males de los trabajadores.

Desde el momento en que los trabajadores comprenden su situación en la sociedad es imposible que ellos consientan por siempre en trabajar y sufrir, producir durante toda la vida por cuenta de los patronos y no tener más perspectiva que la desolación de una vejez sin asilo y sin pan asegurado. ¿Es posible que siendo los productores de toda la riqueza, sabiendo que pueden producir para satisfacer ampliamente las necesidades de todos, quieran resignarse eternamente a una vida miserable, amenazada siempre por el espectro de la desocupación y del hambre? Es imposible que, mejor instruidos, afinados por el contacto de la civilización, aunque hecha a beneficio de otros, habiendo experimentado la fuerza que pueden darles la unión y la audacia, ellos se resignen a permanecer como clase inferior y despreciada y no pretendan una gran parte de los goces de la vida.

Quien es proletario hoy sabe que está, por regla general, condenado a serlo por toda la vida, salvo que haya un cambio general en el orden social; sabe que este cambio no puede venir sin el concurso de los demás proletarios y por ello busca en la unión la fuerza necesaria para imponerlo.

Los burgueses y los gobernantes que los representan y los defienden saben todo esto muy bien y buscan la manera de no ser sumergidos en un terrible cataclismo social, de proveer a la situación en alguna forma, tanto más cuanto que no faltan burgueses inteligentes que comprenden que la presente constitución social es absurda y en el fondo dañina a los mismos intereses de sus beneficiarios.

En consecuencia, ahora o más tarde, brusca o gradualmente, es necesario cambiar las cosas.

Pero ¿cuál será este cambio y hasta qué punto llegará?

La sociedad actual está dividida en propietarios y proletarios. Ella puede cambiar aboliendo la condición de proletario y haciendo a todos copropietarios de la riqueza social, o puede cambiar conservando esta condición fundamental pero asegurando a los proletarios una vida mejor.

En el primer caso los hombres se volverían libres y socialmente iguales, organizarían la vida social conforme a los deseos de cada uno y en esta forma todas las potencialidades de la naturaleza humana podrían desarrollarse en lujuriante variedad. En el otro caso, los proletarios, bestias útiles y bien alimentadas, se acomodarían en la posición de esclavos contentos de sus benignos patrones.

Libertad o esclavitud; anarquía o estado servil.

Estas dos soluciones posibles dan lugar a dos tendencias opuestas que están representadas en sus manifestaciones más consecuentes, la una por los anarquistas y por los llamados socialistas reformistas la otra. Con esta diferencia: que mientras los anarquistas saben y dicen lo que quieren, esto es la destrucción del Estado y la organización libre de la sociedad sobre la base de la igualdad económica, los reformistas, por el contrario, se encuentran en contradicción con ellos mismos, porque se dicen socialistas y su acción tiende en cambio, a sistematizar y perpetuar, humanizándolo, el sistema capitalista y, en consecuencia, niegan al socialismo que significa ante todo abolición de la diferencia entre hombres en propietarios y proletarios.

Tarea de los anarquistas — y de todos los verdaderos socialistas diremos — es el oponerse a esa tendencia hacia el estado servil, hacia un estado de esclavitud atenuada, que castraría a la humanidad sus mejores dotes, privaría a la civilización progresista de sus flores más bellas — y sirve entretanto para mantener el estado de miseria y de degradación en que se encuentran las masas, persuadiéndolas a tener paciencia y a confiar en

la providencia del Estado y en la bondad e inteligencia de los patrones.

Toda llamada legislación social, todas las medidas estatales dirigidas a "proteger" el trabajo y a asegurar a los trabajadores un mínimo de bienestar y de seguridad y así también todos los medios empleados por los capitalistas inteligentes para ligar al obrero a la fábrica por medio de premios, pensiones y otros beneficios, cuando no son una mentira y una trampa, son un paso hacia ese estado servil que amenaza a la emancipación de los trabajadores y al progreso de la humanidad.

Salario mínimo establecido por ley, limitación legal de la jornada de trabajo, arbitraje obligatorio, contrato colectivo de trabajo con valor jurídico, personería jurídica de las asociaciones obreras, medidas higiénicas en las fábricas prescriptas por el gobierno, seguro estatal para las enfermedades, la desocupación y los accidentes del trabajo, pensiones a la vejez, coparticipación en las utilidades, etc., etc., son todas medidas para hacer que los proletarios queden siempre proletarios y los propietarios siempre propietarios; medidas todas que dan a los trabajadores (cuando lo dan) un poco más de bienestar y seguridad, pero que les privan de ese poco de libertad que tienen y tienden por otra parte a perpetuar la división de los hombres en patrones y siervos.

Está bien ciertamente que esperando la revolución — y sirve también para hacerla más fácil — los trabajadores traten de ganar más y de trabajar menos horas y en mejores condiciones, está bien que los desocupados no se mueran de hambre, que los enfermos y los viejos no sean abandonados, pero esto, y más aún, los trabajadores pueden y deben obtenerlo por sí mismos, con la lucha directa contra los patrones, mediante su organización, con la acción individual y colectiva, desarrollando en cada individuo el sentimiento de la dignidad personal y la consciencia de sus derechos.

Los beneficios del Estado, los beneficios de los patrones son presentes envenenados que llevan consigo el germen de la servidumbre. Es necesario rechazarlos.

II

Reconociendo que todas las reformas dejan subsistente la división de los hombres en propietarios y proletarios y por ende el derecho de algunos a vivir del trabajo de los demás y que no producen otro resultado, si han sido obtenidas y aceptadas como benéficas concesiones del Estado y de los patrones, que el de atenuar la rebelión de los oprimidos contra los opresores y el de conducir a la constitución de un estado servil en el cual la humanidad se vea definitivamente dividida en clases dominantes y clases oprimidas, no nos queda otro camino de salida que la revolución: una revolución radical que arrase todo el organismo estatal, que expropie a los detentores de la riqueza social y que ponga a todos los hombres sobre un mismo pie de igualdad económica y política.

Esta revolución debe ser necesariamente violenta, aunque la violencia sea por sí misma un mal. Debe ser violenta porque sería locura esperar que los privilegiados reconocieran el daño y la injusticia de sus privilegios y se decidieran a renunciar voluntariamente a ellos. Debe ser violenta porque la transitoria violencia revolucionaria es el solo medio para poner fin a la mayor y perpetua violencia que tiene esclava a la gran masa de los hombres.

Vengan sin embargo las reformas si es que pueden venir. Ellas pueden ser de beneficio momentáneo y servir para estimular en las masas deseos siempre mayores y mayores pretensiones si los proletarios conservan vivo el sentimiento de que los patrones y los gobernantes son sus enemigos, de que todo aquello que ceden les es arrancado por la fuerza o por el miedo a la fuerza y será prontamente quitado si el miedo cesa. Pero si, en cambio, las reformas fueran obtenidas por acuerdos y colaboraciones entre dominados y dominadores no servirían más que para remachar las cadenas que atan a los trabajadores al carro de los parásitos.

Por lo demás, hoy parece estar superado el peligro de que las reformas adormezcan a las masas y consigan consolidar y perpetuar la organización burguesa. Sólo por la traición consciente de

aquellos que con la prédica socialista han logrado conquistarse la confianza de los trabajadores podrían estas reformas adquirir otro valor.

La ceguedad de la clase dirigente y la evolución natural del sistema capitalista acelerada por la guerra han hecho que cualquier reforma aceptable para los propietarios sea impotente para resolver la crisis que mina al país.

En consecuencia la revolución se impone, la revolución se acerca.

Pero, ¿cómo se debe hacer, cómo debe desenvolverse esta revolución?

Naturalmente, es necesario comenzar por la acción insurreccional que desaloje el obstáculo material, las fuerzas armadas del gobierno, que se opone a cualquier transformación social.

Para llevar a cabo la insurrección es deseable, y puede ser indispensable, que se encuentren unidas, ya que aquí estamos en régimen de monarquía, todas las fuerzas antimonárquicas. Es necesario prepararse lo mejor posible moral y materialmente y es necesario sobre todo aprovechar todos los movimientos espontáneos del pueblo y tratar de generalizarlos y transformarlos en movimientos definitivos, para evitar así el peligro de que, mientras los partidos se preparan, la fuerza popular se agote en hechos aislados.

Pero después de la insurrección victoriosa, después de la caída del gobierno, ¿qué se debe hacer?

Nosotros, los anarquistas quisiéramos que en cada localidad los trabajadores, o más propiamente aquella parte de los trabajadores que tiene mayor consciencia y mayor espíritu de iniciativa, tomara posesión de todos los instrumentos de trabajo, de toda la riqueza, tierra, materias primas, casas, máquinas, artículos alimenticios, etc., y esbozara lo mejor posible la nueva forma de vida social; quisiéramos que los trabajadores de la tierra que hoy trabajan para los patrones no reconocieran más ningún derecho a los propietarios y continuaran e intensificaran el trabajo por propia cuenta, entrando en relaciones directas con los obreros

de productos; que los obreros de las industrias, ingenieros y técnicos incluidos, tomaran posesión de las fábricas y continuaran e intensificaran el trabajo por cuenta propia y de la colectividad, transformando en seguida todas aquellas fábricas que hoy producen cosas inútiles o dañinas en productoras de las cosas que urgen más para satisfacer las necesidades del pueblo; que los ferroviarios continuaran haciendo marchar los trenes, pero para el servicio de la colectividad; que comités de voluntarios o de electos por la población tomara posesión, bajo el contralor directo de las masas, de todas las habitaciones desocupadas para alojar lo mejor posible a todos los más necesitados; que otros comités siempre bajo el contralor directo de las masas, proveyeran el aprovisionamiento y a la distribución de los artículos de consumo; que todos los actuales burgueses sean puestos en la necesidad de confundirse con la multitud de aquellos que fueron proletarios y trabajar como los otros para gozar de los mismos beneficios que los demás. Y todo esto en el mismo día, o en el inmediato siguiente, de la insurrección victoriosa, sin esperar órdenes de comités centrales o de cualquier otra autoridad.

Esto es lo que quieren los anarquistas y es pues lo que naturalmente ocurriría de ser la revolución verdaderamente una revolución social y no un simple cambio político, que después de algunas convulsiones retrotraiga las cosas al estado anterior.

Puesto que, o se quita inmediatamente a la burguesía el poder económico, o ésta retornará en breve al poder político que la insurrección le haya arrancado. Y para poder quitar a la burguesía el poder económico es necesario organizar inmediatamente la nueva ordenación económica basada sobre la justicia y la igualdad. Las necesidades económicas, por lo menos las más esenciales, no admiten interrupción y es necesario satisfacerlas de inmediato. Los "comités centrales" no hacen nada o hacen algo recién cuando ya no se necesita más de su obra.

III

Hay muchos revolucionarios que al contrario de los anarquistas no tienen confianza en el instinto constructivo de las masas, creen tener ellos la receta infalible para asegurar la felicidad universal, temen la posible reacción, temen tal vez más todavía la competencia de otros partidos y otras escuelas de reformadores sociales y quieren por esto apoderarse del poder y sustituir al gobierno "democrático" de hoy con un gobierno dictatorial.

Dictadura pues: pero ¿quiénes serían los dictadores? Naturalmente, piensan ellos, los jefes de sus partidos. Dicen todavía, por hábito contraído o por deseo consciente de evitar las explicaciones claras, dictadura del proletariado, pero esta es una excusa que ya está desacreditada.

He aquí como se expresa Lenin:

"La dictadura significa el derrumbe de la burguesía por obra de una vanguardia revolucionaria (pero esto es la revolución y no ya la dictadura), en contraste con la concepción de que sea previamente necesario obtener una mayoría en las elecciones. Por medio de la dictadura se obtiene la mayoría y no ya por medio de la mayoría la dictadura" (Y está bien; pero si es una minoría la que, posesionándose del poder, debe conquistar después la mayoría, es una mentira hablar de dictadura del proletariado. El proletariado es evidentemente la mayoría).

"La dictadura significa el empleo de la violencia y del terror". (¿Por obra de quién y contra quién? Ya que a la mayoría se le supone hostil y que dentro del concepto dictatorial no puede confiarse en la muchedumbre desencadenada que toma en sus manos la cosa pública, evidentemente "la violencia y el terror" deberán ser ejercidos contra todos aquellos que no se plieguen a la voluntad de los dictadores por medio de los gendarmes al servicio de esos dictadores).

"La libertad de prensa y de reunión equivaldría a autorizar a la burguesía a envenenar la opinión pública". (¿Entonces después

del advenimiento de la dictadura del "proletariado" que debiera ser la totalidad de los trabajadores, habrá todavía una burguesía que en vez de trabajar tendrá los medios de envenenar "la opinión pública" y una opinión pública susceptible de ser envenenada extraña a aquellos proletarios que debieran constituir la dictadura? ¿Habría censores omnipotentes que juzgarán lo que se puede o no se puede imprimir y comisarios a los cuales será necesario pedir permiso para tener una reunión? Inútil es decir cuál sería la libertad dejada a quienes no se sometan a los dictadores del momento).

"Solamente después de la expropiación de los expropiadores, después de la victoria, el proletariado atraerá hacia sí a las masas de la población que antes seguían a la burguesía". (Pero, todavía una vez más, ¿qué es entonces ese proletariado que no es la masa que trabaja? ¿Proletario no significa, pues, quien carece de propiedad, sino quien tiene ciertas dadas ideas y pertenece a un dado partido?).

Dejemos pues esta falsa expresión de dictadura del proletariado, apta para producir tantos equívocos, y discutamos sobre la dictadura tal cual es verdaderamente, esto es el gobierno absoluto de uno o más individuos que, apoyándose en un partido o en un ejército, se apoderan de la fuerza social e imponen "con la violencia y con el terror" su voluntad.

Cual sea esta voluntad depende de las personas que en la práctica consigan posesionarse del poder. En nuestro caso se supone que será la voluntad de los comunistas y, por ende, una voluntad inspirada en el deseo del bien de todos.

Esto es ya algo muy dudoso, puesto que generalmente los hombres mejor dotados de las cualidades necesarias para posesionarse del poder no son los más sinceros y los más devotos a la causa pública; y si se predica a las masas la necesidad de someterse a un nuevo gobierno no se hace más que allanar el camino a los intrigantes y a los ambiciosos.

Pero supongamos, sin embargo, que los nuevos gobernantes, los dictadores que debieran realizar los fines de la revolución sean

verdaderos comunistas, llenos de celo, convencidos de que de su obra y de su energía depende la felicidad del género humano. Serían hombres del tipo de los Torquemada y de los Robespierre que, con fines de bienestar, en nombre de la salud privada o pública, sofocarían toda voz discorde, destruirían todo hálito de vida libre y espontánea; y después, impotentes para hacer verdaderamente el bien, impotentes para resolver los problemas prácticos por ellos sustraídos a la competencia de los interesados, tendrían de buen grado o por fuerza que dejar el puesto a los restauradores del pasado.

La gran justificación de la dictadura sería la incapacidad de las masas y la necesidad de defender la revolución de las tentativas reaccionarias.

Si verdaderamente las masas fuesen rebaño bruto, incapaces de vivir sin el bastón del pastor, si no hubiese ya una minoría suficientemente numerosa y consciente capaz de arrastrar a las masas con la prédica y con el ejemplo, entonces comprenderíamos mejor a los reformistas, los cuales temen la sublevación popular y alientan la ilusión de poder, poco a poco, a fuerza de pequeñas reformas, que no son más que pequeños remiendos, minar el Estado burgués y preparar el camino al socialismo; comprenderíamos mejor a los *educacionistas* que no avalorando lo bastante la influencia del ambiente esperan poder cambiar la sociedad cambiando antes a todos los individuos: no podríamos comprender absolutamente a los partidarios de la dictadura que quieren educar y elevar a las masas "con la violencia y con el terror" y que para eso deberían lógicamente elevar a primeros factores de educación a los gendarmes y a los censores.

En realidad ninguno podría instituir la dictadura revolucionaria si antes el pueblo no hubiese hecho la revolución, mostrando así en los hechos su capacidad de realizarla; y entonces la dictadura no haría más que sobreponerse a la revolución, desviarla, sofocarla y matarla.

En una revolución política cuyo único objetivo es el de derrocar al gobierno dejando en pie toda la organización social

existente puede una dictadura posesionarse del poder, poner a sus hombres en el puesto de los funcionarios arrojados y organizar desde arriba el nuevo régimen.

Pero en una revolución social, en la cual son derribadas todas las bases de la actual convivencia social, en la cual la producción indispensable debe ser reemprendida enseguida por cuenta y beneficio de los trabajadores, en la cual la distribución debe ser inmediatamente regulada según la justicia, la dictadura no puede hacer nada. El pueblo tendrá que proveerse a sí mismo en las diversas comunas o la revolución fracasará.

Quizás, en el fondo, los partidarios de la dictadura (y ya algunos lo dicen abiertamente) no desean ahora nada más que una revolución política, vale decir que quisieran sin más posesionarse del poder y después, gradualmente, transformar la sociedad por medio de leyes y decretos. En tal caso ellos tendrían probablemente la sorpresa de ver en el poder a otros en vez de sí mismos; y en todos los casos debieran antes que nada pensar en organizar la fuerza armada (los gendarmes) necesaria para imponer el respeto a sus leyes. Entre tanto la burguesía, que quedaría siendo substancialmente la detentadora de la riqueza, pasado el momento crítico de la ira popular, llenaría de nuevo la policía de agentes propios, explotaría el desagrado y la desilusión de aquellos que esperaban la inmediata realización del paraíso terrestre... y retomaría el poder atrayéndose a los dictadores o sustituyéndolos por hombres suyos.

Ese miedo a la reacción, empleado como justificativo del régimen dictatorial, depende precisamente del hecho de que se trata de hacer la revolución dejando subsistente todavía una clase privilegiada en condiciones de retomar el poder.

Si en cambio se comienza por la expropiación completa, no habrá entonces más burguesía y todas las fuerzas vivas del proletariado, todas las capacidades existentes, serán empleadas en la obra de la reconstrucción social.

Por lo demás en un país como Italia (para aplicar lo ya dicho al país en que desenvolvemos nuestra actividad), en un país como

Italia donde las masas están saturadas de instintos libertarios y rebeldes, donde los anarquistas representan una fuerza considerable, más que por su organización por la influencia que pueden ejercer, una tentativa de dictadura no podría ser puesta en práctica sin desencadenar la guerra civil entre trabajadores y trabajadores y no podría triunfar sino por medio de la más feroz tiranía.

Entonces, ¡adiós comunismo!

No hay, pues, más que un solo camino posible de salvación: EL DE LA LIBERTAD.

Dictadura burguesa y "dictadura proletaria"

Con el título "Insurrección, libertad y dictadura" Andrés Viglongo me dedicó hace una semana en el "*Avanti!*" de Turín dos columnas de prosa que tenían la intención de ser una respuesta a un precedente artículo mío sobre la preparación insurreccional.

Y yo he vacilado en contestarle porque me parece inútil discutir cuando el contrincante elude el tema, se va por las ramas y hace imposible cualquier discusión. Lo hago ahora porque algunos de mis amigos, persuadidos de que el público da razón a quien habla último, me hacen ver que se sentirían afligidos por mi silencio. He de hacer, pues, ciertas observaciones a lo que Viglongo escribe en defensa de la "dictadura del proletariado".

El argumento principal con el que los comunistas autoritarios defienden la dictadura es la necesidad de sostener la revolución contra las fuerzas reaccionarias que intentaran sofocarla.

Ante todo, repito, por enésima vez, que para claridad de la discusión se necesitaría abandonar esta mentira de "dictadura del proletariado" y hablar francamente de dictadura del propio partido, de dictadura de los jefes del partido comunista, ya que es esto realmente lo que los comunistas quieren. Y entonces se presentaría inmediatamente la cuestión de personas. ¿Quiénes serían, en Italia, los hombres a los cuales se les podría, con seguridad, confiar la suerte de la revolución? Y encontrados, por hipótesis, los hombres que ofrecerían absoluta confianza de sinceridad

y de capacidad, ¿qué garantía tenemos de que la suma del poder quedaría realmente en las manos de aquellos que hoy, en los conciliábulos del partido, han sido designados?

Sería una discusión ardua, peligrosa, imprudente, esa sobre las personalidades que en Italia emergen en el campo revolucionarios o que están al acecho para aprovechar las circunstancias. Y para nosotros sería también una discusión inútil, ya que para nosotros, anarquistas, el problema rebasa toda cuestión de personas.

Después de la victoria insurreccional se necesitará actuar y defender la revolución: de acuerdo.

Pero los peligros a cuyo encuentro marcha la revolución no vienen sólo y principalmente de los reaccionarios que conspiran para la restauración e invocan la ayuda extranjera; vienen también de la posibilidad de que degenere la revolución misma, vienen de los arribistas, de aquellos que siendo o habiendo sido revolucionarios conservan sin embargo una mentalidad y una sentimentalidad burguesas y procuran conducir la revolución hacia fines enteramente diversos de los igualitarios y libertarios.

Si se cree que el proletariado es incapaz de defenderse de los reaccionarios, de los ex-burgueses, sin someterse a una dictadura que después, con un nombre u otro, terminaría siendo necesariamente una dictadura militar, es necesario también admitir que es incapaz de resistir las invasiones del poder y sus consecuencias reaccionarias. Y entonces, ¡adiós revolución!

"El dilema — dice Viglongo siguiendo a Lenin — no es entre dictadura y libertad, sino entre dictadura del proletariado y dictadura de la burguesía."

Es un prejuicio marxista, si no de Marx, creer que el poder político, el Gobierno, sirve siempre y en cualquier lugar a los intereses de la clase de donde proviene: sirve ante todo a los intereses de los gobernantes y crea a su alrededor y en su defensa una clase privilegiada. Observando los acontecimientos a través de la historia se descubre que ha sido siempre el poder político quien ha creado el privilegio económico, ha sido siempre el hombre armado quien ha obligado a los demás a trabajar en su provecho.

Si el proletariado se dejara atar al yugo de una dictadura con la ilusión de que ésta defendería sus intereses le sucederá lo que al caballo de la fábula, el cual, para correr mejor detrás del ciervo, se hizo poner silla y freno... y quedó esclavo del hombre.

La dictadura comenzará por construir un cuerpo armado a su servicio, el cual podrá ser también útil para la defensa contra posibles invasiones o posibles tentativas reaccionarias, pero tendrá por misión esencial la de imponer a los recalcitrantes la voluntad de los dictadores y prolongar lo más posible su permanencia en el poder. La dictadura confiará todas las funciones públicas a vasallos de ella, dará posiciones privilegiadas a los propios amigos y creará una clase de militares profesionales y de burócratas que por fuerza de las cosas sostendrán al gobierno que los ha elevado y, cuando sea menester, los sustituirá con personas que no tengan ya mancha alguna de origen revolucionario. Después los salarios elevados, las posiciones ventajosas, la posibilidad de aprovechar los cargos gubernativos conducirán a la reconstitución de la propiedad individual... y estaremos en el principio otra vez.

Yo no quiero insistir sobre lo que sucede en Rusia porque se sabe poco verdaderamente auténtico y sobre todo porque me repugna lanzar a fondo las críticas en un momento en que la revolución rusa es el blanco de los ataques y de las calumnias de toda la jauría reaccionaria de Europa y América. Diré solamente, para satisfacción de Viglongo, que yo no doy fe a lo que dicen los enemigos, pero que no acepto tampoco ciegamente los panegíricos de los amigos. De ordinario la verdad está a mitad de camino. Dejemos, pues, que el experimento ruso se cumpla y como no es posible esperar con los brazos cruzados a que ese experimento dé sus frutos definitivos, pensemos desde ya sobre lo que es menester hacer en Italia.

En resumen.

Si los comunistas quieren cooperar con nosotros, o si prefieren mejor aceptar nuestra cooperación para la obra de preparación y para el acto insurreccional, nosotros estaremos siempre listos. Después de la insurrección victoriosa, si quieren dejarnos con

nuestra libertad, podremos todavía entendernos para que cada uno haga su propia experiencia con el mínimo de rozamientos posible, sino pensaremos nosotros en hacernos respetar.

Si en cambio los comunistas ponen como punto esencial para cooperar con los anarquistas la aceptación por parte de éstos de su programa y la sumisión a su partido, será entonces mejor no hablar más del asunto y dejar que cada uno obre por sí.

La psicosis autoritaria del Partido Socialista

La dirección del Partido Socialista por siete votos contra cinco "hace suyos los veintiún puntos de la tesis de Moscú sobre la constitución de los partidos comunistas, por cuyos puntos se debe proceder a una radical depuración, alejando del partido a los elementos reformistas y oportunistas, según la forma y el modo que surja de la discusión del próximo Congreso".

La orden del día votada por los otros cinco, aun aceptando la tesis formulada en Moscú, "afirma la necesidad de conformar el criterio político de cada Sección de la Tercera Internacional Comunista a las razones históricas y a las contingencias concretas y de hecho del propio país sometiéndolo a la aprobación de la misma Internacional y reafirma por lo tanto la necesidad de mantener la unidad del Partido Socialista Italiano sobre la base y en los límites justamente impuestos por el 21° punto, según el cual no podrá ser miembro de la Tercera Internacional quien rechace los principios y no acepte voluntariamente la disciplina".

"Entiende que los casos individuales de indisciplina deben ser rigurosamente vigilados y penados, dando a la dirección del Partido un poder más centralizado que el que ha venido ejerciendo hasta ahora."

Queda, pues, para el congreso, que tendrá lugar a fines de Diciembre, decidir si habrá escisión y depuración en masa, o bien simple expulsión individual de los elementos más comprometidos y más comprometedores.

Nosotros nos alegraríamos si terminase el equívoco en que se debate el Partido Socialista y si el actual organismo mastodóntico, hecho a base de elementos que se contradicen y se paralizan recíprocamente, fuese sustituido por agrupaciones homogéneas con propósitos conocidos y de confianza.

Entre tanto, observemos que el Partido Socialista sigue siempre estando enfermo por ese autoritarismo que desde sus orígenes debilitó su contextura interna y comprometió su orientación.

El autoritarismo es una enfermedad del espíritu hecha a base de soberbia y de humildad. Es una pretensión a la infalibilidad propia y una fe en la infalibilidad de los demás que hace a uno, por una parte secuaz, servil y ciegamente obediente de quien es o se cree superior y, por la otra, intolerante hacia toda oposición que venga de quien es o se cree inferior.

Y el Partido Socialista, malgrado que gusta llamarse *científico*, *crítico*, etc., ha mostrado siempre la necesidad de jefes intelectuales por cuyo verbo jurar y de dirigentes prácticos a quienes obedecer.

El jefe supremo era Marx y teóricamente sigue siéndolo. En toda la literatura socialista y en toda la propaganda oral se recurre a Marx y al Manifiesto de los Comunistas de 1848 como a un Profeta y a un Evangelio; y más que sostener las propias razones con argumentos racionales se discute si tal afirmación o tal táctica está conforme o no con los textos sagrados. Es lo que hacen los católicos, lo que hacen los mazzinianos, lo que hacen los juristas, lo que hacen todos los religiosos y todos los autoritarios, que son, pues, la misma cosa en su conformación espiritual.

Pero Marx está muerto desde mucho tiempo ya y, como sucede siempre con los profetas que hablaron en jerga, sus secuaces lo han interpretado de diversos modos, de tal suerte que mal se puede en su nombre llegar a justificar una doctrina y una táctica unitaria. Por eso, ante las exigencias de la política práctica, se fue haciendo a un lado a Marx y así amenazaba con ser olvidado.

Pero vino Lenin — y como tenía el prestigio de la fuerza triunfante todos, entiendo decir todos o casi todos los socialistas que

no se han pasado al enemigo, lo reconocieron como el más verdadero y mayor intérprete de Marx y se pusieron detrás de él.

Ahora se trata de interpretar a Lenin y a las tesis que hizo votar al Segundo Congreso de la Tercera Internacional.

Pero Lenin es ultra-autoritario: él manda, *e il modo ancor m'offende*.

Sucede con Lenin lo que con todos los *parventus*, con todos los recién llegados al poder o a la riqueza.

El *nuevo rico* es siempre más odioso, más insoportable que el señor de nacimiento. Éste, habiendo nacido y vivido en el privilegio, cree tener derecho a su posición, cree que el mundo puede ir diversamente y en consecuencia explota y oprime con perfecta tranquilidad de consciencia y con un sentimiento de seguridad que le da, salvo casos de especial maldad individual, una cierta moderación y una cierta afabilidad de modos que, desgraciadamente, a menudo lo hacen simpático a sus sometidos. El nuevo rico, en cambio, *el piojo resucitado*, siente prisa de goces, tiene necesidad de ostentación y parece que quisiera sofocar con el lujo y con la altanería el remordimiento de consciencia y el miedo a volver a ser pobre.

Lo mismo ocurre con el poder político. Los viejos revolucionarios llegados al gobierno son más tiránicos que aquellos salidos de las clases gobernantes tradicionales; los "liberales" son, a la postre, más reaccionarios y más villanos que los conservadores.

En Rusia no podía ocurrir diversamente.

Gente que había sido perseguida toda la vida, amenazada siempre por el gendarme y por el carcelero y a menudo por el verdugo, consigue de un solo golpe aferrar el poder y tener a su propia disposición gendarmes, carceleros y verdugos! ¿Qué maravilla entonces si queda embriagada, si sufre rápidamente la deformación psíquica profesional y se pone a mandar como un zar y cree poder mandar hasta donde no llegan sus propios esbirros?

Lenin se imagina poder tratar a Turati como a un cabo indisciplinado de su guardia roja!

Es un error.

Marx, con su manía autoritaria y centralizadora, fue una de las causas de la disolución de la Primera Internacional, a cuyo origen había contribuido poderosamente.

Lenin y sus amigos, que han fundado ahora la Tercera Internacional, terminarán matándola por la misma manía autoritaria y centralizadora.

Sólo que, como hoy los tiempos caminan más rápidamente, mientras Marx pudo ver su obra en pleno desarrollo antes de darle muerte, Lenin corre el peligro de matar a la Tercera Internacional antes de que realmente nazca.

A nosotros esto nos disgusta porque la Tercera Internacional, que hubiera podido ser una potente palanca de progreso, por sus pretensiones dictatoriales y por haber conservado en su seno el germen de la corrupción de la acción parlamentaria amenaza ya, si no llega a ser superada por la revolución en acción, con llegar a tener el mismo fin ignominioso que ha tenido la Segunda Internacional.

¡Finalmente!
¿Qué es la "dictadura del proletariado"?

¡Finalmente hay uno que habla claro!

Hasta ahora cuando decíamos que eso que los socialistas llaman dictadura del proletariado no es en realidad otra cosa que la dictadura de algunos hombres que, con el apoyo de un partido, se sobreponen y se imponen al proletariado, se nos trataba poco menos que de calumniadores.

Contra todas las probabilidades y contra todos los hechos ciertos se venía sosteniendo que en Rusia estaba ya resuelto ese problema de la cuadratura del círculo que sería un gobierno representativo verdaderamente de los intereses y de la voluntad de los gobernados.

Por consiguiente Moscú se había convertido en la Meca del proletariado: de allá venía la luz y, junto con la luz, también las órdenes perentorias sobre las ideas que debían profesar y sobre la conducta que debían observar aquellos que, con permiso de sus superiores, quisieran declararse comunistas.

En consecuencia de ese maravilloso descubrimiento efectuado en Rusia de un gobierno hecho a imagen y semejanza del pueblo y para el bien del pueblo (o proletariado como se quiera decir), todo lo que venía de Rusia parecía tener una virtud taumatúrgica y bastaba llamar *soviet a la rusa* a cualquier consejo o comité para que éste fuese elevado a factor supremo de revolución.

Más he ahí que el encanto se ha roto.

Esta vez no somos ya nosotros quienes develamos el secreto: nosotros, anarquistas, maldicientes e irreverentes por excelencia. Esta vez es el diario oficial del Partido Socialista Italiano, el órgano más autorizado, hasta ahora, del verbo de Moscú.

Es el *Avanti!* del 26 del corriente el que dice:

"En Rusia, bajo el régimen sovietista, el Partido dirige verdaderamente toda la política del Estado y toda la actividad pública, así de los individuos como de las colectividades estando todo subordinado a la decisión del Partido, de manera que verdaderamente la dictadura del proletariado es la dictadura del partido y por consiguiente del comité central".

Ahora, pues, sabemos lo que nos toca esperar: la dictadura de la Dirección del Partido Socialista, o de la del por nacer Partido Comunista, o derechamente la de D'Aragona y sus cómplices!

Pero los dirigentes del Partido Socialista, los aspirantes a la dictadura, debieran comprender que esto, al menos en Italia, no es posible: no es posible porque estamos nosotros, los anarquistas y los sindicalistas.

Si nosotros estuviéramos con los socialistas en la misma proporción de fuerzas en que, tal vez, se encontraron nuestros compañeros de Rusia, el hecho sería simple: los dictadores se desembarazarían de nosotros por todos los medios empleados por todas las dictaduras, horcas y cárceles y seguirían adelante hasta que fuesen barridos por la revolución o por la reacción.

Pero nosotros somos ya una fuerza con la cual es preciso contar y estamos además en rápido desarrollo, favorecidos por las circunstancias y por eso que el *Avanti!* llama *el temperamento abundante de las masas trabajadoras*. Y estamos bien decididos a no someternos.

No es el caso que nosotros creamos que las masas tengan siempre razón y que queramos seguirlas siempre en sus mutables actitudes. Nosotros tenemos un programa, un ideal que hacer triunfar y por esto nos distinguimos de la masa y somos hombres de partido. Nosotros queremos accionar sobre la masa, impulsarla

por el camino que creemos mejor; pero como el nuestro es un fin de liberación y no de dominio, nosotros queremos habituar las masas a la libre iniciativa y a la libre acción.

Nosotros creemos que la libertad educa a la libertad y a la solidaridad y por esto aborrecemos cualquier orden autoritario, así en la sociedad común, como en cualquier partido o asociación particular.

Los socialistas quisieran preparar el pueblo a la libertad por medio de la autoridad.

Ahora bien; si por una hipótesis que nosotros rechazamos fuese verdad que para hacer triunfar la revolución y para ordenar la nueva sociedad se necesita concentrar en pocas manos los poderes públicos, si fuese verdad que es menester que alguien mande, entonces, entiéndanlo bien los socialistas, quisiéramos ser nosotros quienes mandaren y no nos someteríamos, sino por la fuerza, al mando de quienes, según nosotros, están en un error.

En consecuencia de esto una revolución hecha con criterio autoritario y con fines dictatoriales conduciría necesariamente a la Italia a una guerra entre revolucionarios y revolucionarios.

Esto no lo queremos nosotros; esto no lo debieran querer los socialistas.

Por eso, teorías aparte, y juzgando las cosas con sentido realista, convendría que los socialistas renunciaran a toda pretensión dictatorial y aceptaran el concepto libertario de la revolución: de una revolución que se desarrollaría variadamente según las varias condiciones materiales y morales de las diversas regiones, de las diversas comunas, de las diversas corporaciones; que tomaría un color diverso según la prevalencia, en los diversos lugares, de un partido o del otro y que llegaría a un fin común por medio de la armonización gradual de los intereses y de las voluntades y no ya por la imposición autoritaria proveniente de arriba.

Si los socialistas aceptasen este programa — libertad para todos — muchas sospechas recíprocas desaparecerían y podríamos cooperar hoy para abatir el régimen vigente y ayudarnos también mañana para un más feliz desarrollo del devenir revolucionario.

La dictadura de... Malatesta

Victorio Ambrosini cae en la farsa.

Habiendo dicho yo que si se demostrase, *contra la firme convicción de los anarquistas*, que para hacer triunfar la revolución y ordenar la nueva sociedad fuese necesario que unos pocos concentraran en sus manos los poderes públicos, y mandaran, seríamos entonces nosotros quienes quisiéramos mandar — constituyendo esto entonces el deseo, más aun el deber, de todo el que cree tener la razón y piensa que la razón se puede o se debe imponer con la fuerza — Ambrosini se ensaña con la frase, sueña en una rivalidad, entre yo y Serratti y a la alternativa *dictadura de Serratti o de Malatesta* opone la dictadura del jefe futuro del futuro partido comunista italiano, el cual después de todo podrá también resultar ser... él mismo, el buen Ambrosini.

Verdaderamente la sola respuesta oportuna hubiera sido una tomadura de pelo, pero habiendo estado yo lejos de Milán he sido precedido en esa alegre tarea por nuestro *Simplicio* y ahora estoy obligado, si no quiero hacer a Ambrosini la descortesía de ignorarlo, a tratarlo en serio.

Simplicio supone en Ambrosini un *artificio polémico*, pero tal vez se equivoque. Ambrosini tiene la mentalidad autoritaria, la mentalidad de capitán de tropa, que no concibe que se pueda vivir sin las órdenes de servicio, las prisiones simples y de rigor y, de tanto en tanto, algún fusilamiento por el pecho o por la espalda

y es perfectamente capaz de haber creído, de buena fe, que yo aspiro, malgrado la contradicción que no lo consiente, a la dictadura anárquica, a la dictadura mía. Ya que yo aspiro a la dictadura — se habrá dicho él — ¿por qué no podrá también aspirar Malatesta?

Ambrosini viene a confirmar lo que yo, lo que nosotros, hemos dicho repetidamente y esto es que en la cuestión de la dictadura lo más importante viene a ser siempre la elección de personas. ¿Quién será el dictador?

Sigamos adelante y quién sabe cuántos Ambrosini revelarán sus pretensiones, diciéndonos naturalmente que son ellos los que gozan de la confianza del proletariado.

Desde luego que quien ejerza después la dictadura será quien tenga la fuerza, la ocasión y la fortuna necesaria para ello. Pero la voluntad del proletariado — y es esto lo que me importa aclarar — no entra para nada.

Ambrosini dice:

"El proletariado para ejercitar la dictadura tiene necesidad de un partido suyo y el partido a su vez tiene necesidad de una persona que encarne la dictadura misma. Pero es necesario que el partido y el dictador reciban el mandato por la confianza del proletariado y que merezcan esa confianza. (*¿O es que se quiere después tener un superdictador para juzgar si los depositarios de la confianza del proletariado merecen en realidad esa confianza?*) A nosotros nos parece, en tanto, que el partido socialista tal cual está organizado actualmente, difícilmente recibiría tal mandato del proletariado... Así que, concluyendo, decimos: entre la dictadura de Serratti y la de Malatesta, nosotros creemos que el proletariado escogerá... la de otro, eso es la de aquel que sepa fundar y guiar al partido comunista italiano".

¡La confianza del proletariado!

Pero ¿qué entiende Ambrosini por "el proletariado"? Si son aquellos que piensan como él, entonces está bien; pero entonces todo *pretencioso* encuentra fácilmente diez personas que le responden y le acuerdan "la confianza del proletariado".

Si en cambio el proletariado es, como parecería justo, el conjunto de todos los proletarios, entonces pobre de Ambrosini y pobres de nosotros. El proletariado, consultado por el único medio posible bajo régimen autoritario, es decir por las elecciones, acordaría "su confianza" a Turati o al fraile Sturzo o peor aún y no ciertamente a los partidos más avanzados que, hasta que no hayan triunfado, serán siempre una ínfima minoría numérica.

Ya en una controversia pública en Turín Ambrosini declaró que el dictador sería electo: lo que demuestra que él tiene en su cabeza la más agradable confusión posible.

Volvemos, pues, a los plebiscitos napoleónicos.

Unos cuantos se posesionan del poder con la fuerza armada, masacran o aprisionan a todos los adversarios... y después convocan al pueblo a elecciones y allí, bajo la presión de las bayonetas, éste acuerda su confianza a los usurpadores.

Ya D'Aragona nos mostró recientemente cómo se obtiene el voto de la gente, después de haberla puesto en el caso de no poder votar más que en una sola forma. Pero D'Aragona, al menos, no masacra ni aprisiona a nadie.

Querido Ambrosini, tú me llamas *papá* y tal vez quieras decir con esto que tú eres un joven a la altura de los tiempos. Pero la verdad es que lo que tú y yo decimos son cosas que eran resabidas en la época (prehistórica, dice *Simplicio* para hacerme rabiar) en que yo era un muchacho.

Mirando el porvenir

Una extensa discusión se ha venido desarrollando en los periódicos sobre nuestro programa anarquista, sobre el camino que los anarquistas quieren seguir en la obra de destrucción del régimen burgués y de reconstrucción de la nueva sociedad, especialmente en lo que atañe a las afinidades y diferencias que éste puede tener con el camino que los socialistas revolucionarios preconizan continuamente.

He de sintetizar mi pensamiento al respecto. No diré novedad alguna, desde luego; yo no puedo hacer otra cosa que responder viejos argumentos a argumentos mil veces repetidos. Pero esto es inevitable, puesto que la propaganda como la enseñanza, no puede y no debe ser más que una repetición, hasta el punto en que la gente se convenza, y entonces la propaganda de una dada idea se hace superflua.

Anarquistas y socialistas somos igualmente enemigos de la sociedad burguesa. Unos y otros queremos abolir el capitalismo, abolir la explotación del hombre por el hombre, queremos que las riquezas naturales y el trabajo humano sirvan para satisfacer las necesidades de todos y nunca para provecho exclusivo de los usurpadores de los medios de producción. Socialistas y anarquistas queremos que los hombres cesen de vivir a costa del dolor ajeno, de ser lobos que se devoren entre sí y que la sociedad entre los hombres sirva para asegurar a todos

el mayor bienestar posible, el mayor desarrollo material, moral e intelectual.

Nosotros, anarquistas y socialistas queremos pues, substancialmente la misma cosa y, aun cuando parecemos adversarios y enemigos, somos naturalmente hermanos.

Pero diferimos, decía Zibordi hace poco, sobre *el medio para demoler* y sobre el *modo de reconstruir*.

Perfectamente: pero es menester no equivocarse sobre los medios que nosotros preconizamos y sobre el modo cómo entendemos actuar la transformación social y llegar a la realización de nuestro ideal.

Nosotros los anarquistas, estamos todos, o casi todos, convencidos de que la sociedad burguesa basada sobre la violencia, no caerá sino bajo los golpes de la violencia de los proletarios y en consecuencia tendemos a una preparación moral y material que pueda conducir a una insurrección victoriosa.

Malamente se trata de hacer creer que nosotros quisiéramos provocar huelgas, escaramuzas, conflictos violentos a cada momento. *Nosotros queremos vencer* y por esto no tenemos ningún interés en gastar nuestras fuerzas y las del proletariado poco a poco. A pesar de las mentiras de los periódicos policiales, es sabido por todos que en los episodios sangrientos de estos últimos tiempos no hubo nunca un verdadero y efectivo conflicto, sino siempre agresiones no provocadas y a menudo asesinatos premeditados de parte de la fuerza pública.

Nuestra prédica, dando esperanza y confianza en un movimiento de acción general, tiende a evitar los hechos particulares, disipadores de fuerzas, y a impulsar hacia una preparación metódica que pueda asegurar la victoria.

Pero esto no quiere decir que nosotros debamos frenar, cuando ocurren, los ímpetus de la ira popular. La historia es movida por factores más potentes que nosotros y no podemos pretender que ella espere nuestra comodidad. Sin embargo, continuando nuestra preparación, nosotros entendemos accionar toda vez que la ocasión se presenta y sacar de cada agitación espontánea el máximo

de resultados posibles a los fines de la insurrección libertadora. Y como estamos convencidos también de que el Parlamento y todos los órganos estatales no pueden servir como instrumentos de liberación y que todas las reformas hechas en el régimen burgués tienden a conservar y reforzar el régimen mismo, nosotros somos decididamente contrarios a toda participación en las luchas electorales y a toda colaboración con la clase dominante; nosotros queremos ahondar el abismo que separa el proletariado del patronato y aguzar siempre más la guerra de clases.

En todo esto nosotros estamos netamente en oposición con los socialistas reformistas, pero podríamos encontrarnos perfectamente de acuerdo con los socialistas llamados maximalistas. Y en efecto, ha habido un período en el cual parecía asegurada una cordial cooperación entre nosotros y los llamados maximalistas; y si las relaciones se han ido después enfriando, ha sido porque va disminuyendo en nosotros la confianza en su verdadera voluntad revolucionaria. A pesar del absurdo de querer hacerse enviar al Parlamento cuando se declaraba que en el Parlamento no se podía hacer nada, nosotros creíamos en las buenas intenciones del *Avanti!* y de la participación en los comicios electorales. Pero después... sucedió lo que ha sucedido y nosotros, en la duda, nos hemos preguntado si todo aquel fuego revolucionario era efecto de transitoria excitación o si era simple añagaza electoral.

De cualquier manera, si los dirigentes socialistas quisieran hacer algo, saben que nosotros no nos quedaríamos atrás. En tanto nos dirigimos directamente a los jóvenes y a las masas socialistas que quieren verdaderamente la revolución.

La reconstrucción anárquica de la sociedad

Pasemos ahora a la cuestión de explicar lo que entendemos hacer después de la insurrección victoriosa.

Esta es la cuestión esencial, ya que es nuestro modo de *reconstruir* lo que constituye propiamente el *anarquismo* y lo que nos distingue de los socialistas. La insurrección, los medios para

destruir, son cosas contingentes y en rigor se podría ser anarquista aun siendo pacifista, como se puede ser socialista siendo insurreccionista.

Se ha dicho que los anarquistas son antiestatales y es justo: pero ¿qué es el Estado? *Estado* es palabra sujeta a cien interpretaciones y nosotros preferimos emplear palabras claras que no den lugar a equívocos.

Malgrado que pueda parecer nuevo a quien no ha penetrado el concepto fundamental del anarquismo, la verdad es que los socialistas son partidarios de la violencia, mientras que nosotros somos contrarios a toda violencia, salvo cuando ella nos es impuesta por razón de defensa contra la violencia ajena. Estamos por la violencia hoy porque es el medio necesario para abatir la violencia burguesa; estaremos por la violencia mañana si se nos quisiera imponer violentamente un medio de vida que no nos conviniese. Pero nuestro ideal, la Anarquía, es una sociedad fundada sobre el libre acuerdo de la libre voluntad de los individuos. Estamos contra la *autoridad* porque la autoridad es la violencia, en la práctica, de los pocos contra los muchos; pero estaríamos lo mismo contra la autoridad si ella fuese, según la utopía democrática, la violencia de la mayoría contra la minoría.

Los socialistas son dictatoriales o parlamentarios.

La dictadura, aunque se denomine dictadura del proletariado, es el gobierno absoluto de un partido, o más bien de los jefes de un partido que imponen a todos su programa especial, cuando no sus especiales intereses. Ella se anuncia siempre como provisoria, pero, como todo poder, tiende siempre a perpetuarse y a engrandecer el propio poder, y termina por provocar la revuelta o por consolidar un régimen de opresión.

Nosotros, anarquistas, no podemos dejar de ser adversarios de toda y cualquier dictadura. Los socialistas, que preparan los ánimos para soportar la dictadura, deben pensar al menos en asegurarse de que vayan al poder los dictadores que ellos desean, ya que, si el pueblo está dispuesto a obedecer, existe siempre el peligro de que obedezca a los más *hábiles*, es decir a los más malvados.

Queda el Parlamento, la democracia.

La limitada extensión de un artículo no nos consiente ahora rehacer la crítica del parlamentarismo y demostrar como él no puede jamás interpretar las necesidades y las aspiraciones de los electores y termina necesariamente por crear una clase de politicantes con intereses propios, distintos de los del pueblo y frecuentemente contrarios.

Nosotros, aun en la mejor y utópica hipótesis de que los cuerpos electos consigan representar la voluntad de la mayoría, no podríamos reconocer jamás en la mayoría el derecho de imponer la propia voluntad a la minoría por medio de la ley, es decir por medio de la fuerza bruta.

El libre acuerdo

Pero, ¿quiere decir esto que nosotros no queremos organización, coordinación, división y delegación de funciones?

Absolutamente no. Nosotros comprendemos toda la complejidad de la vida civil y no queremos renunciar a ninguna de las ventajas de la civilización; pero queremos que todo, aun las necesarias limitaciones de la libertad, sea el resultado del libre acuerdo, en el cual la voluntad de cada uno no es violentada por la fuerza de los otros, sino atemperada por los intereses que todos tienen en ponerse de mutuo acuerdo y no solamente por los hechos naturales independientes de la voluntad humana.

La idea de la libre voluntad parece espantar a los socialistas. Pero, en todo lo que depende de los hombres, ¿no es siempre la voluntad la que decide? ¿Y por qué, entonces, la voluntad de unos más bien que la de otros? ¿Y quién decidiría la voluntad que tiene derecho a prevalecer? ¿La fuerza bruta? ¿Aquella que hubiera conseguido asegurarse un cuerpo de gendarmes suficientemente fuerte?

Nosotros creemos que se podrá lograr el acuerdo y llegar al mejor modo de convivencia social solamente en el caso de que ninguno pueda imponer su voluntad con la fuerza y de que cada

uno pues deba buscar, por necesidad misma de las cosas, además de que lo busca por impulso fraternal del espíritu, el modo de conciliar los deseos propios con los deseos de los demás. Un maestro de escuela, permítaseme el ejemplo, que tenga el derecho de golpear a los discípulos y que se haga obedecer con la palmeta ahorra todo trabajo intelectual para comprender el ánimo de los niños que se le ha confiado y los cría salvajes; un maestro, en cambio, que no puede o no quiere golpear, trata de hacerse amar y lo consigue.

Nosotros somos comunistas; pero el comunismo impuesto por los esbirros, NO. Este comunismo no sólo violaría la libertad que nos es querida, no solamente no lograría producir efectos benéficos porque le faltaría el concurso cordial de las masas y porque tendría que contar tan sólo con la acción estéril y perniciosa de los burócratas, sino que, ciertamente, conduciría a la rebelión, la cual, siendo por las circunstancias anticomunista, peligraría con acabar en una restauración burguesa.

La lucha por la anarquía

¿Esta diferencia de programa entre nosotros y los socialistas nos hará enemigos al día siguiente de la revolución e inducirá a los anarquistas, que probablemente estarán en minoría, a preparar una nueva insurrección violenta contra los socialistas?

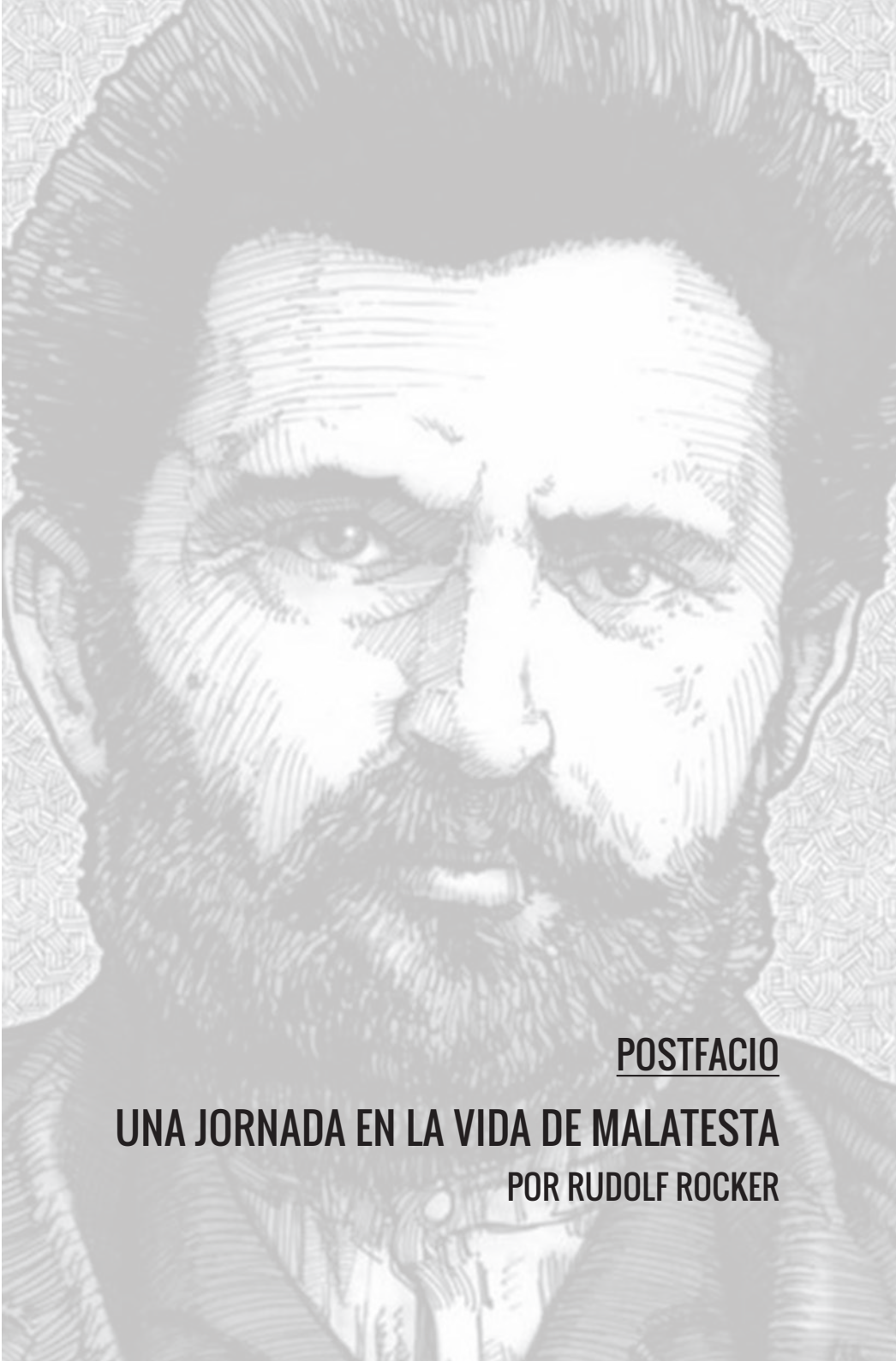
No, necesariamente.

La Anarquía, lo hemos repetido frecuentemente, no se hace por la fuerza y nosotros no podríamos querer imponer a los demás nuestras concepciones sin dejar de ser anarquistas. Pero nosotros, anarquistas, queremos vivir anárquicamente en cuanto a las circunstancias exteriores y nuestras aptitudes nos lo permitan.

Si los socialistas nos dejaran libertad de propaganda, de organización, de experimentación; si no quisieran obligarnos con la fuerza a obedecer sus leyes cuando nosotros supiéramos vivir ignorándolas, entonces no habría ninguna razón de conflicto violento.

Una vez conquistada la libertad y asegurado el derecho a disponer de los medios de producción, nosotros contamos, para el triunfo de la Anarquía, con la sola superioridad de nuestras ideas. Y, entretanto, podemos concurrir todos, cada uno de sus métodos, al bien común.

Pero si, en cambio, los gobernantes socialistas (o los de cualquier otra etiqueta) quisieran, con la fuerza de los gendarmes, someter a los recalcitrantes a su dominio, entonces... SERÍA UNA VEZ MÁS LA COTIDIANA LUCHA POR LA ANARQUÍA Y LA IGUALDAD.



POSTFACIO

UNA JORNADA EN LA VIDA DE MALATESTA

POR RUDOLF ROCKER

Una jornada en la vida de Malatesta

Rudolf Rocker

En Febrero de 1920 Malatesta regresaba a Italia siendo recibido por el proletariado de todo el país como jamás lo había sido hombre alguno en la península. Ya con anterioridad a esta fecha el gobierno italiano había decretado en dos ocasiones la amnistía para todos los perseguidos por cuestiones políticas, pero sistemáticamente se negó a hacerla extensiva a Malatesta sabiendo que éste había sido el verdadero alma de la gran revuelta de Julio de 1914. Sólo cuando los trabajadores amenazaron con la huelga general tuvo que ceder. Pero aun así el regreso de Malatesta no careció de peripecias: Francia no le permitía atravesar su territorio, Inglaterra lo vigilaba constantemente y los capitanes de barcos italianos se negaban a conducir tal viajero. Sólo con la ayuda de los sindicalistas italianos pudo el viejo revolucionario fugarse de Londres y llegar a Italia.

La obra de Malatesta

Comienza así un nuevo gran capítulo en la tempestuosa vida de nuestro viejo camarada. Todo Génova estaba de pie esperando la llegada de Malatesta. Millares y millares de personas acudieron a recibirlo, millares de banderas rojas tremolaron por los aires y las clamorosas exclamaciones de "¡Viva Malatesta!" y "¡Viva

la Revolución Social!" resonaron por muchos kilómetros en los alrededores.

Su gira por Italia fue un triunfo ruidoso. Para las masas populares Malatesta era algo así como un símbolo viviente de todos los anhelos de rebelión. Y en efecto su larga vida da margen a esta creencia: Malatesta es uno de los pocos que aun quedan del viejo movimiento bakuniniano; ha consagrado toda su existencia a la causa de la liberación del pueblo y jamás se dejó atemorizar por peligro alguno; tres veces pesó sobre él la pena de muerte, consumió largos años en cárceles o en el destierro y nunca le asaltó el deseo del más mínimo provecho personal en su cincuentenaria actividad revolucionaria. Muchos otros, que junto a él lucharon en su juventud, vieron enfriarse sus entusiasmos; se hicieron gente "práctica" y quizás hasta consiguieron honores y riquezas. Pero Malatesta fue siempre el viejo combatiente fiel a la bandera de la Revolución Social, el eterno desposeído en cuyo espíritu hay una constante preocupación: la lucha por un futuro mejor.

Malatesta encontró a Italia en una situación revolucionaria inmejorable. Los campesinos y los obreros luchaban contra sus explotadores con extraordinario valor. Grandes huelgas conmovían al país entero y hacían sentir sus efectos a todas las clases sociales. El gobierno empleaba todos sus recursos para salvar el actual orden social y detener la ola revolucionaria, pero esta tarea era de muy difícil realización. El Parlamento aprobaba precipitadamente leyes de mejoras sociales, especialmente de carácter agrario, obligado por la situación revolucionaria; se quería así sacrificar algo antes que perder todo.

Hacia la unión revolucionaria

La llegada de Malatesta dio al movimiento insurreccional una nueva iniciativa. Su táctica fue la de unir a todos los elementos verdaderamente revolucionarios en la lucha contra el enemigo común. El Partido Socialista, obligado por la situación, tuvo que inclinarse cada vez más hacia las tácticas y los métodos de

las fracciones revolucionarias. La Confederación General del Trabajo, esto es el ala derecha del movimiento proletario italiano, tampoco pudo evitar la influencia de la propaganda revolucionaria entre sus asociados y se encontró obligada a marchar siempre adelante, acicateada por anarquistas y sindicalistas y muy a pesar de sus propios dirigentes que no podían ver con buenos ojos la nueva orientación de las masas.

A medida que se iba formando esta unión interna — unión de masas, no unión de jefes — aumentaba el empuje revolucionario y retrocedía en igual proporción la autoridad y el prestigio de las clases dirigentes. El gobierno comenzaba a perder la cabeza, la prensa reaccionaria rugía histéricamente y de todos los rincones de las filas burguesas salía un sólo grito exigiendo la más enérgica represión de la marea revolucionaria, cada vez más alta, y especialmente el arresto de Malatesta, reputado como responsable principal de la situación. Pero a duras penas se encontraba una autoridad capaz de encarcelar al incansable rebelde; el gobierno central, por su parte, temía arrestarlo en una gran ciudad o en la redacción del diario anarquista. Sin embargo en una ocasión una banda de espías lo asaltó en el tren mientras viajaba de Liorna a Pisa. Pero tan pronto como los trabajadores de esas dos ciudades tuvieron conocimiento del arresto de Malatesta declararon la huelga general y todos, como un solo hombre abandonaron el trabajo dejando completamente paralizada la vida de esas ciudades en el transcurso de dos horas. El gobierno, temiendo que el movimiento se generalizara por todo el país, y tratando de evitar consecuencias más graves, ordenó la inmediata libertad de Malatesta. La misma solución e idéntica premura tuvieron todas las intentonas reaccionarias realizadas para coartar las actividades de Malatesta.

Organizaciones anarquistas y sindicalistas

Entre tanto el movimiento se fortificaba día a día. Los anarquistas, comenzaron a sacar en Milán el diario *Umanitá Nova*

bajo la dirección de Malatesta y con un tiraje de 40.000 ejemplares: se trataba de una publicación sin los avisos ni las noticias menudas que llenan las páginas de los demás diarios, una publicación de propaganda netamente anarquista conteniendo, como únicas informaciones, las que se relacionan con el movimiento social.

Al Congreso que la Unión Comunista Anárquica Italiana realizó en Bolonia en Julio de 1920 concurrieron más de 300 delegados representando a más de 200 organizaciones de todos los puntos del país; comparándolo con el congreso del año anterior se notaba un grande aumento tanto en el número de organizaciones anarquistas representadas, como en la importancia de sus resoluciones y en la claridad de los propósitos que guiaban a toda la entidad. Por otra parte, fuera de *Umanitá Nova*, los anarquistas de Italia tienen unas doce o catorce publicaciones más, en su mayoría semanales, repartidas por todas las regiones de la península.

Conjuntamente con la organización anarquista existe la *Unione Sindacale Italiana*, la organización económica que agrupa en sus filas a la vanguardia del proletariado revolucionario y que en todo momento marcha en concordancia con la entidad y el pensamiento anárquico. La Unión Sindical contaba con 125.000 adherentes antes de la guerra, pero debido a las terribles repercusiones que tuvo que sufrir, y debido a la guerra misma, sus filas se redujeron a 30.000 asociados. Más, tan pronto como se hizo la paz en Europa, o eso que ahora se acostumbra a llamar la "paz", creció vertiginosamente esa cantidad hasta llegar a los 350.000. Hoy, según el informe del conocido economista italiano Enrique Leone, la organización sindical cuenta con 600.000 afiliados — no obstante las brutales persecuciones de los últimos siete meses.

Luchas proletarias

Por lo que respecta a la cantidad de sus adherentes la Unión Sindical es más débil que la mastodóntica Confederación del Trabajo (la cual agrupa en sus filas a las llamadas industrias reformistas y cuenta con doble número de afiliados que la entidad

sindical), pero aquella posee en cambio a los anarquistas y sindicalistas, los elementos más valientes, más decididos y de mayor consciencia dentro del proletariado italiano, los que han tomado la iniciativa de todos los movimientos verdaderamente revolucionarios de la península. Todas las grandes luchas entre el capital y el trabajo suscitadas en Italia, desde que terminó la guerra hasta el acto gigantesco de los obreros metalúrgicos en Septiembre de 1920, han sido auspiciados por los anarquistas y sindicalistas, quienes conseguían en cada ocasión arrastrar consigo a las demás tendencias del proletariado. Gracias a la táctica hábil y afectuosa de Malatesta la unificación se hacía cada vez más potente. Malatesta no se cansaba nunca de explicar a los proletarios la inutilidad de las luchas aisladas, de las revueltas estériles. En momentos tan decisivos para la causa revolucionaria, repetía Malatesta continuamente, deben ocupar el primer puesto en la consciencia de todos los hombres libres, aquellos sentimientos que sirven para la unión y quedar relegados bien atrás aquellos que sólo sirven para separar a las distintas fracciones a fin de poder marchar unidos contra el común enemigo de la emancipación humana. Por eso propagó con todo calor y energía la necesidad de una alianza revolucionaria que, coordinando los esfuerzos de todas las tendencias insurreccionales existentes dentro del movimiento obrero, tendría por misión abatir de una vez por todas al régimen capitalista, sin perjuicio de que cada cual trabaje para su finalidad propia y por su propio ideal. Y las masas trabajadoras, aun aquellas filas más atrasadas del proletariado, se sentían de inmediato desbordando en entusiasmo por este hombre que así les hablaba y en cuyas palabras se veía de inmediato que nada había del vulgar político que sólo busca pescar en río revuelto, sino en cambio la convicción profunda y ardiente de servir más y mejor a la causa de la humanidad.

Debido a la poderosa influencia de este movimiento, el Partido Socialista y la Confederación del Trabajo se inclinaban cada vez más hacia la izquierda, aunque muy a pesar de sus jefes, quienes, sin embargo, no se atrevían a nadar contra la corriente por temor

de perder su prestigio entre las masas. Pero ridículo hubiera sido pensar que políticos rutinarios de tan conocida calaña, en cuya actuación parlamentaria habían perdido toda noción de un verdadero movimiento insurreccional y en cuyas mentes anquilosadas no anidaba otro pensamiento que el de la propaganda electoral, fueran a cambiar de ideas de la noche a la mañana. Pero, como hablando peligraban sus intereses, prefirieron callar.

La reacción capitalista

Por su parte la burguesía buscaba un aliado que la defendiera en esa lucha en que se jugaba el ser o no ser. Los medios legales ya no surtían efecto alguno para detener el movimiento que, semejante a un formidable terremoto, conmovía los cimientos de toda Italia. Pero el aliado, tanto tiempo esperado por la burguesía, llegó al fin en persona de los famosos *Fasci di combatimento*, es decir la unión de los elementos más salvajes y brutales de la reacción militarista y nacionalista, capitaneados por el poeta D'Annunzio y el ex socialista Mussolini. Mantenidos financieramente por los grandes capitalistas, dirigidos por oficiales de la Guardia Real, integradas sus filas con la escoria de la sociedad, los "*fascisti*" (que representan para Italia lo que los famosos "cien negros" de la Rusia de Nicolás el último) se dedicaron a atemorizar a la clase trabajadora asesinando a conocidos revolucionarios, incendiando locales sindicales, destruyendo imprentas y bibliotecas y cometiendo salvajadas de tal índole que sólo en el cerebro de esas gentes pudo caber por un instante la idea de realizarlas.

Y la burguesía italiana, que se hubiera vendido al diablo mismo a fin de salvar sus privilegios, vio una vez más renacer su autoridad. Pero, a decir verdad, la actuación sangrienta de los "*fascisti*" sólo tuvo influencia cuando, a raíz de la tradición de los dirigentes reformistas de la Confederación del Trabajo en la gran lucha por la ocupación de las fábricas, el proletariado se dividió en fracciones y éstas se combatieron entre sí.

El arresto de Malatesta

Entonces, y recién entonces, pudo Malatesta ser impunemente arrestado. Ninguna acusación concreta se le formuló, pero se le retiene en la cárcel junto con muchos otros valientes camaradas. El proletariado en tanto comprende quizás que en ese acto del gobierno está sellada su derrota, pero sólo le resta sufrir en silencio: las persecuciones brutales lo han amilanado, las divisiones internas de partido lo han debilitado.

Así ha terminado una jornada más entre las muchas que cuenta la larga vida del incansable revolucionario. El Estado y el Capitalismo italianos parecen gozar momentáneamente de un aparente triunfo. Pero en una oscura celda de Italia está aun Malatesta... y los ojos de todos los proletarios van hacia él.

Rudolf Rocker
Del «Freie Arbeiter Stimme» de Nueva York
29 de Abril de 1921

La elaboración de este libro acabó la noche del solsticio de verano de 2015, en Santiago de Chile. Lo imaginó Artes Gráficas Cosmos. Para su composión se usó la tipografía Oswald en los títulos y Minion Pro en los párrafos. Su edición digital comenzó a distribuirse el día 24 de diciembre de 2015. Su edición física se lanzó en octubre de 2016.

Constituye este libro una selección de los artículos escritos por Enrique Malatesta en el diario anarquista de Milán "Umanitá Nova" entre el 26 de Febrero de 1920, en que apareció el primer número de la publicación, y el 18 de Octubre del mismo año, en que Malatesta fue arrojado a una cárcel por orden del gobierno italiano.

Escritos al correr de la pluma, entre las otras mil actividades del incansable agitador, quizás mientras recorría campiñas y ciudades haciendo propaganda subversiva, o mientras discutía entre el proletariado sobre las enseñanzas del nuevo verbo, que es verbo de solidaridad, o mientras asistía a reuniones o convenios para resolver alianzas revolucionarias, o mientras organizaba el diario colocado bajo su dirección, revelan sin embargo estos artículos, serenidad admirable de espíritu y cristalina claridad de conceptos. Es que tal ha sido siempre la vida misma de Malatesta, pese a las sinnúmeras contingencias de la lucha. Así se explica quizás que su diaria labor de propaganda esté simplemente hecha a base de amistoso diálogo; jamás en sus campañas agitadoras, en sus artículos o en sus discusiones se encontrará ni la pose del apóstol ni la acritud del polemista, sino tan solo... la conversación del amigo, la dialéctica ágil hecha con pasta de razonamientos imperturbables y de cálidas convicciones.

rebeldeαlegre

http://rebeldealegre.blogspot.cl/

Editorial Eleuterio
de Grupo de Estudios Gómez Rojas

http://eleuterio.grupogomezrojas.org/